

**Sacha Batthyany**

La matanza de Rechnitz.

Historia de mi familia



Lectulandia

En la noche del 24 al 25 de marzo de 1945, Margit von Thyssen y su marido, el conde húngaro Ivan Batthyány, invitaron a su castillo a los jefes locales del partido nazi, a miembros de la policía política, de la Gestapo, de las SS y de las Juventudes Hitlerianas. Una de las diversiones de esa velada fue matar a doscientos judíos. Tras conocer ese suceso, Sacha Batthyany, sobrino-nieto de la protagonista, guiado por el diario de su abuela, empieza una investigación que le llevará a través de Europa y hasta Sudamérica y le hará reflexionar sobre el pasado, el presente, su familia y él mismo.

¿Nuestros antepasados definen quiénes somos?

**Lectulandia**

Sacha Batthyany

# **La matanza de Rechnitz**

**Historia de mi familia**

ePub r1.0

Titivillus 05.08.18

Título original: *Und Was Hat Das Mit Mir Zu Tun? Ein verbrechen im März 1945. Die Geschichte meiner Familie*

Sacha Batthyany, 2016

Traducción: Fernando Aramburu

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Ayno, Milos y Uma*

## PRÓLOGO

Agnes salió de su dormitorio. Se había maquillado, arreglado el pelo y puesto guapa para mí. Sus hijas la rodeaban, contentas de ver el buen aspecto de su madre.

—Éste es el visitante venido de Europa —le dijeron—, el nieto.

—¿Quién? —preguntó ella en voz un tanto alta.

—El nieto, ya sabes.

No, Agnes no lo sabía. Yo se lo noté.

Nos saludamos y tomamos asiento a la mesa redonda de la sala, en algún lugar de Buenos Aires. Yo conocía a Agnes por el diario de mi abuela, que llevaba conmigo en un bolsillo. Ambas crecieron en un pueblo diminuto del oeste de Hungría. Durante su niñez se veían a diario a pesar de que llevaban un tipo de vida diferente. Los padres de Agnes poseían una tienda de comestibles selectos; los de mi abuela, un palacio pequeño con un patio cubierto de grava en cuyo centro se alzaba un castaño. «La vida era tranquila en el campo —dejó escrito mi abuela a propósito de su infancia—, una vida determinada por las estaciones del año.» Hasta que llegó la guerra.

Hasta aquel día de principios de 1944, cuando desapareció del pueblo el viejo orden centenario y, con él, todo un mundo. Primero llegaron los alemanes; después, los rusos. El palacio ardió por completo. La familia de mi abuela perdió sus tierras, su categoría y su posición social.

Y Agnes terminó en Auschwitz.

Con idea de prepararla para mi llegada, le contaron que yo estaba de paso y había leído pormenores acerca de ella en un diario.

—Sobre tus padres —le dijeron.

Sobre una época de hace setenta años. Ahora yo había venido a leerle algunos pasajes.

—Qué maravilla —dijo.

Yo estaba sentado junto a ella y podía ver el tatuaje que le había grabado un guardián de Auschwitz y que ahora desaparecía en las arrugas de su piel. Las cifras apenas eran legibles: ¿802... 6? ¿O esta última era un 8?

—¿Manzana o cuajada? —me preguntaron.

—¿Qué?

Agnes tenía dieciocho años cuando la deportaron al campo de concentración. Hoy pasa de los noventa. Tenía a mano su andador, al lado de la silla. Vi fotos en una pequeña estantería: su difunto marido, la boda de sus hijas, toda una vida.

—Manzana —dije, y tendí mi plato. Y después que cada cual hubo comido un pedazo de *strudel* relleno de manzana, empecé a leer: sobre el tren de Budapest que se divisaba de lejos a causa de su nube de hollín..., y Agnes hizo un gesto de aprobación; sobre las grullas a la entrada del pueblo; sobre las guindas sumergidas en almíbar, colocadas en la tienda de sus padres junto a la caja registradora, y sobre su

padre, el señor Mandl, con sus mejillas coloradas.

—Oh, sí, así las tenía —me interrumpió alegre. Y los demás nos alegramos con ella aun cuando no estuviéramos de ánimo para ello, pues conocíamos la verdad.

¿Hicimos lo adecuado? Me lo pregunté un día después en la sala de embarque del aeropuerto. No había allí nadie, ni un alma, a excepción de un hombre subido a un vehículo de la limpieza que iba de un extremo al otro de la terminal, dejando tras de sí, en la alfombra, bien una línea más oscura, bien una más clara.

Yo sólo soy el mensajero. Me lo había inculcado antes de salir de viaje. Tengo algo que pertenece a Agnes. Por eso vine. Sin embargo, ya no me sentía seguro. ¿Era yo un simple correo?

Habían transcurrido siete años desde que me puse a seguir las huellas de los secretos de mi familia de cuando la guerra. En repetidas ocasiones viajé a Hungría y a Austria, volé a Moscú y ahora a Buenos Aires; pero antes que nada me convertí en el padre de tres hijos, lo que provocó que todo se mezclase. Aprendí a cambiar pañales y a preparar papillas, así como todo lo concerniente a mis raíces familiares. Pasé días enteros en un pequeño pueblo llamado Rechnitz con el objeto de averiguar más detalles acerca de una matanza de ciento ochenta judíos, caminé por la nieve de Siberia en busca de los restos de un campo de trabajo y aterricé por último en Sudamérica. Sobre todo ello hablaba cada semana con mi psicoanalista. Hablábamos de Stalin, del Holocausto y las fosas comunes, mientras otros comían su pizza de mediodía. Hasta hace poco no le pregunté:

—Dígame, ¿estoy de veras enfermo?

A lo cual respondió:

—¿Cómo voy a saberlo?

Tuve la sensación de vivir en una máquina del tiempo, fundidos el ayer y el hoy. Salté del pasado al presente y vi desde la altura cómo iba yo paseando por el eje de mi biografía. Siete años. Tal es la esperanza de vida de un topo europeo, especie sobre la cual leí mucho en el diario de mi abuela, ya que ella se comparaba a menudo con este animal.

Así pues, yo estaba allí sentado y miraba al exterior. Veía pistas de aterrizaje ennegrecidas por la goma de las ruedas; más allá, campos sucios, la extensión interminable de Argentina.

Al despedirse, las hijas de Agnes apretaron en mi mano un libro delgado con recuerdos de los años de la guerra. Ahora estaba en mi bolsa, junto al diario de mi abuela. Las historias entrelazadas de la vida de dos mujeres tan distintas, historias que seguían proyectando luz hasta el presente y cuyas páginas yo estaba pasando ahora. Pensé que aún faltaba por contar mi historia. Saqué del bolsillo de mi chaqueta el cuaderno de notas, alisé con la mano una página nueva y escribí la fecha en el ángulo superior izquierdo: octubre de 2013.

¿Qué saldrá de esto? ¿Una carta? ¿Dirigida a quién? ¿A mí? ¿Cómo se empieza una cosa así?

A todo esto, mi vuelo fue anunciado.



# 1

Todo empezó un jueves de abril, unos siete años antes de mi viaje a Buenos Aires. Yo trabajaba por entonces en la edición dominical del *Neue Zürcher Zeitung*. Fue a primera hora de la mañana. Apenas habían llegado unos pocos. Todo estaba en calma. Me encontraba escribiendo un texto sobre un donante holandés de esperma cuando una vieja compañera, que por lo general no hablaba mucho conmigo, puso sobre mi escritorio una página de periódico y me preguntó:

—Pero ¿qué clase de familia tienes tú?

Levanté la mirada y le sonreí. A continuación fijé la vista en el artículo que había arrancado para mí. Yo esperaba algo del siglo XIX, con vestidos de volantes quizá o con caballos. Algún puente bautizado con el nombre de un antepasado mío: un Ádám, Zsigmond o Ladislaus Batthyány. Mi apellido es conocido en Hungría. Los Batthyány fueron condes, príncipes, obispos. Uno era presidente del Consejo de Ministros del país en 1849; a otro, Ladislaus Batthyány-Strattmann, lo beatificó en 2003 el papa Juan Pablo II por sus méritos como médico en Roma. Se puede rastrear la historia de la familia hasta las campañas contra los turcos en el siglo XIV. Ahora bien, aquí, en Europa occidental, apenas se conoce el apellido. ¿Por qué iban a conocerlo? La mayoría lo consideran un apellido tamil. Las numerosas íes griegas suenan a Sri Lanka. Tan sólo por Navidad me lo suelen sacar a colación, pues por esos días, a las once de la mañana, ponen en televisión la trilogía de Sissi, en la cual la emperatriz, interpretada por Romy Schneider, baila con un conde Batthyány, que viste un uniforme color azul celeste y lleva un montón de brillantina en el pelo.

Algo así esperaba yo, pues, algo inofensivo, cuando dirigí la mirada al periódico. En lugar de eso, leí el titular: LA ANFITRIONA DEL INFIERNO. No lo entendía; en cambio, reconocí al instante a la mujer de la foto. Tía Margit. Se supone que en marzo de 1945 participó en una matanza de ciento ochenta judíos en la ciudad fronteriza austriaca de Rechnitz. Al parecer organizó una fiesta, bailó y bebió y, a medianoche, por diversión, apuntó con una pistola a la cabeza de hombres y mujeres desnudos y disparó.

—Gracias —dije. Puse el texto a un lado y volví a fijar la atención en el cursor intermitente de la pantalla. Aún disponía de dos horas para despachar el texto sobre el donante holandés de esperma.

¿Tía Margit? ¿La de la lengua?

Cuando era niño, solíamos ir tres veces al año a comer con tía Margit, siempre a los restaurantes más caros de Zúrich. Mi padre echaba pestes por el camino y fumaba un cigarrillo tras otro dentro de nuestro Opel blanco. Mi madre me peinaba con un peine de plástico. La llamábamos tía Margit, nunca Margit, como si *tía* fuese un título nobiliario. Se había casado con el tío de mi padre, si bien el matrimonio fue un desastre desde el principio. Margit era la Thyssen multimillonaria y alemana; él, el

conde húngaro venido a menos. Era alta, con un torso robusto sobre piernas delgadas. En mi recuerdo lleva siempre un vestido abotonado hasta el cuello y fulares de seda con dibujos de caballos. Su bolso de cocodrilo es rojo burdeos y tiene cierres dorados. Y cuando habla de la brama del corzo o de sus travesías en barco por el Egeo, saca en los intervalos entre las frases la punta de la lengua, como hacen los lagartos. Yo me siento lo más lejos posible de ella. Tía Margit odiaba a los niños. Y mientras clavo el tenedor en el hígado troceado de ternera, vuelvo de continuo la mirada hacia ella. Quiero verle la lengua.

Después de su muerte, raras veces hablábamos de ella y mis recuerdos relativos a los almuerzos en el restaurante se difuminaron hasta el día en que, leyendo el periódico, tuve noticia de aquella localidad austriaca llamada Rechnitz. De una fiesta. De una matanza. De ciento ochenta judíos que, antes de ser asesinados, tuvieron que desnudarse para que sus cadáveres se descompusieran con mayor rapidez. ¿Y tía Margit? Estaba envuelta en el asunto.

Llamé por teléfono a mi padre y le pregunté si estaba al corriente de aquel hecho. Guardó silencio y oí que descorchaba una botella de vino. Lo veía ante mí, en aquel sofá desgastado que tanto me gusta, en su sala de estar de Budapest.

—Margit tuvo un par de líos amorosos con nazis. Es lo que se contaba en la familia.

—En el periódico se dice que organizó una fiesta y, como culminación, de postre, encerraron a ciento ochenta judíos en un establo y hubo reparto de armas. Todos estaban borrachos como cubas. Participaron los que quisieron. También Margit. La tildan de *anfitriona del infierno*. En algunos periódicos ingleses la llaman *killer countess*. Y el *Bild* tituló: LA CONDESA THYSEN HIZO MATAR A TIROS A DOSCIENTOS JUDÍOS DURANTE UNA FIESTA DE NAZIS.

—Eso no tiene sentido. Hubo un crimen. Ahora bien, juzgo improbable que Margit tuviera nada que ver con ello. Era un monstruo, pero incapaz de hacer una cosa semejante.

—¿Por qué dices que Margit era un monstruo?

Con anterioridad al artículo de periódico sobre Rechnitz y tía Margit, la historia de mi familia nunca había despertado en mí especial interés. Apenas me rocé con ella. Habría sido diferente en caso de haber nacido en Hungría, allí hay lugares y monumentos dedicados a mis ancestros. Pero yo no crecí en Budapest sino en una vivienda de cuatro habitaciones en la periferia de Zúrich, y cuando cumplí ocho años nos mudamos a cien metros de distancia, a una casa adosada de color gris con la forma de un cubo de Rubik, al que por aquel entonces, años ochenta, todo el mundo daba vueltas. Teníamos una mesa de pimpón en el jardín y una nevera enorme como las de los americanos, dejada allí por los propietarios anteriores. Olía de maravilla cuando uno abría el congelador e introducía la cabeza hasta el fondo, más allá de los

guisantes congelados. Aún recuerdo mejor el olor de la gasolinera en la que a veces, de atardecida, mis padres paraban al volver de casa de unos amigos a los que visitábamos todos los domingos. Mis dos hermanos y yo nos apretábamos en el asiento trasero y yo abrigaba siempre la esperanza de que tuviéramos que repostar. En tal caso daba vueltas a la manivela para bajar la ventanilla y, con los ojos cerrados, respiraba por la nariz. La gasolina y el aire fresco y todos nosotros juntos en aquel coche, de camino a casa; nunca me sentía tan a buen recaudo como en aquel momento. Y cuando llegábamos a casa, me hacía el dormido para que mi padre me llevara en brazos a la habitación. Su camisa olía a vino y a cigarrillos y a verano. Así era mi infancia.

Como las ballenas que se recogen en aguas tranquilas para dar a luz, así se apartaron mis padres del mundo y se establecieron aquí. Pero a diferencia de las ballenas, que más tarde vuelven a las profundidades del océano, mis padres se quedaron varados en el borde de la ciudad.

Quizá se ocultaban de su pasado. De sus recuerdos de Hungría, de la guerra, de la huida y los escondites.

A buen seguro, lo único que buscaban en este sitio sin mácula era un nuevo comienzo y olvidar los hechos del pasado. Deseaban hacer de este ángulo ciego su hogar. Y casi lo consiguen.

Suiza es ideal para empezar otra vez desde cero y deshacerse de la carga de los viejos tiempos, pues nada en dicho país recuerda a Hitler o a Stalin. Los dos sistemas totalitarios del siglo pasado, el nacionalsocialismo, el comunismo, los campos de concentración, el gulag, no son sino capítulos en los libros escolares de Historia. Apenas hay un monumento consagrado a las víctimas de la guerra; apenas una familia, con excepción de las familias inmigrantes, cuya historia esté vinculada con atrocidades. No se oyen preguntas del tipo: «Dime, abuelo, ¿qué hiciste en la guerra?». Nadie fue deportado o gaseado. Eso no hay que *digerirlo*, ahí *no emerge nada*, como acostumbran decir los periódicos cuando se habla de otros países. No existe ningún fracaso colectivo, ninguna crisis salvo la de los bancos. Suiza sólo conoce años de bienestar, seguridad y despreocupación, especialmente en mi juventud, a comienzos de los años noventa, cuando todo se volvió aún más multicolor y las personas de la periferia urbana daban paseos de fin de semana en bicicleta alrededor de algún lago y a eso lo llamaban ir en *bike*.

Se podría pensar que un panorama tan excesivamente idílico termina por ajarse, que tamaña falta de preocupaciones se contagia en forma de felicidad familiar. Pues no, en absoluto.

A decir verdad, ni mi padre ni mi madre se sentían en Suiza, en el más acolchado de los países europeos, como en casa. Aprendieron, desde luego, a expresarse en suizo-alemán e iban a esquiar, se compraron una tostadora de sándwiches cuando a todo el mundo le daba por comprársela, y en invierno comían asimismo *raclette*, esparciendo el queso fundido sobre las patatas, quizá con un poco más de pimentón

que otra gente. En realidad tan sólo participaban en la vida de este país cuando no les quedaba más remedio. Saludaban a los vecinos, pero preferían llegar al coche sin que nadie los viera. En secreto se burlaban de Suiza y de los suizos, al menos es lo que a mí entonces me parecía. Las ocasionales observaciones xenófobas de algunos vecinos (qué apellido tan curioso el nuestro, que para ser extranjeros hablábamos un alemán aceptable, que nuestro coche oxidado desentonaba en la zona) no les preocupaban demasiado, pues sabían que nunca echarían raíces aquí. Suiza sólo era para ellos un país de mentirijillas, sin vida genuina; en cualquier caso, sin una vida con altos y bajos, con felicidad y sufrimiento. Pues quien no haya perdido unos cuantos parientes en la guerra, quien nunca haya visto cómo una potencia invasora, ya sean los alemanes o los rusos, arrasa con todo, nunca podrá afirmar que entiende verdaderamente algo de la vida. El sufrimiento era la moneda de cambio. La felicidad y el idilio no contaban. El pasado siempre era más importante que el futuro; lo antiguo, siempre mejor que lo moderno.

Y, a su manera, los dos debieron de soñar con una vida distinta en esta pequeña casa de la periferia de Zúrich, este lugar sin ayer del que mi padre no tardó en marcharse.

Dos años después de la caída del Telón de Acero, juntó sus pertenencias y se largó a Budapest. También mi madre abandonó Suiza sin que diera la impresión de echar en falta nada, lo cual nunca me tomé a mal. De repente estaban los dos lejos. Me dejaron, sin embargo, la sensación de vivir en el país equivocado.

Yo me quedé más que nada por pereza. Me matriculé en la universidad porque así lo hacían todos y llegué a periodista. No tardé en escribir sobre las bandas de niños armados de Liverpool, dormí en la caravana de un cabecilla del Ku Klux Klan de Texas, anduve durante días por un arrabal de Zúrich debido a que tenía que informar acerca de la violación en grupo de una muchacha de trece años y tomé asiento en el sofá del donante holandés de esperma, junto con una pareja de lesbianas que deseaban tener un hijo. Fui testigo de cómo él les entregaba una cajita y una jeringa con la que una de las mujeres se introdujo su esperma.

—Me voy a comprar —dijo él, de pie en el umbral—. ¿Queréis algo? ¿Cola? ¿Patatas fritas?

Tras lo cual, ellas menearon la cabeza perplejas. ¿Cola? Lo que querían era un hijo.

Huelga decir que Hungría era el país de mis padres. Pero esto, a mí, ¿qué más me daba? Me hallaba en los principios de la treintena, acababa de enamorarme. La Segunda Guerra Mundial, un crimen de guerra contra ciento ochenta judíos, todo aquello no podía resultarme más lejano. Teníamos nuestros propios problemas, pensaba yo: la migración, la falta de puntos de referencia, la globalización. Escribía sobre temas del tipo: demasiado consumismo, demasiada pornografía, demasiadas posibilidades.

Ahora bien, después de que la historia de mi familia hubiera acudido a mi

encuentro la mañana aquella en que reconocí a mi tía Margit en el periódico, empecé a hacer pesquisas y escribí a parientes de Viena, Budapest y Múnich. «Hola —les decía yo de entrada—, no nos conocemos pero somos parientes lejanos. ¿Habéis leído lo que se supone que ocurrió? ¿Sabéis algo?» Me agencié actas sobre tía Margit y su marido Ivan, el hermano de mi abuelo; leí libros sobre los Thyssen y sobre la historia de Hungría; pasé días enteros en archivos de Berlín y Berna, de Budapest y Graz, y tuve continuas conversaciones por teléfono con mi padre. Tía Margit fue la causa impulsora de mi viaje a la Historia. Por ella me ocupé de mis orígenes por primera vez en mi vida.

Fue una matanza de ciento ochenta judíos lo que me acercó a mi familia.

## 2

Un domingo de la primavera de 2009 viajé por vez primera a Rechnitz con el propósito de averiguar qué relación había tenido mi tía con el crimen. Llegué a Viena a primera hora de la mañana en el tren nocturno de Zúrich; alquilé un coche y conduje por un paisaje de bosques y viñedos. Las uvas colgaban aún pequeñas y duras de las cepas. Rechnitz no es un lugar hermoso. No es mucho más que una calle principal, a izquierda y derecha de la cual se alzan casas bajas con ventanas estrechas y cortinas opacas. No hay un centro ni una plaza mayor, y el palacio que el empresario ricachón alemán, coleccionista de arte, Heinrich Thyssen legó a su hija Margit, nuestra tía Margit, ya no existe. Los rusos lo destruyeron con bombas en el curso de su avance militar de 1945, después de lo cual los lugareños se apropiaron de los muebles, los cuadros y las alfombras.

Todos los años, la asociación Refugius celebra un acto en recuerdo de los judíos asesinados. A la entrada del pueblo, en el Kreuzstadl, presunto escenario de los hechos convertido hoy en monumento, se canta y se reza. También los discursos de este año sostienen que el crimen no debería caer en el olvido. Yo me coloqué un poco aparte. No conocía a nadie y me dediqué a observar: lucía el sol, los dientes de león habían florecido, la hierba me llegaba hasta los tobillos y aún conservaba restos de humedad. Enterrados en algún lugar había ciento ochenta cráneos. Después de tantos años de búsqueda, la fosa común no ha sido hallada hasta la fecha.

La noche del 24 al 25 de marzo de 1945 estaba iluminada por la claridad de la luna. Dentro del palacio de Margit Batthyány-Thyssen, en Rechnitz, Burgenland, cerca de la frontera austriaco-húngara, se celebra una fiesta de conmlitones. Miembros de la Gestapo y jefes nazis del lugar como el suboficial mayor de las SS Franz Podezin, como Josef Muralter, como Hans-Joachim Oldenburg, conversan con integrantes de las Juventudes Hitlerianas y con empleados del palacio, y toman champán. La guerra está perdida para los nacionalsocialistas. Los rusos ya han llegado al Danubio, pero eso no tiene por qué enturbiar el ambiente. Son las ocho de la tarde. A la misma hora, cerca de doscientos trabajadores forzados judíos de Hungría están en la estación de ferrocarril de Rechnitz. Los han utilizado en la construcción del muro del sudeste, una línea defensiva gigantesca que se extiende desde Polonia, a través de Eslovaquia y Hungría, hasta Trieste, y debe frenar el avance del Ejército Rojo. A las nueve y media de la noche, el empresario del transporte Franz Ostermann hace subir a su camión a una parte de los judíos y los entrega, tras un breve recorrido, a cuatro hombres de la Sección de Asalto, las SA, los cuales dan palas a los prisioneros y les ordenan cavar una zanja en forma de L.

Los judíos húngaros empiezan a cavar. Están cansados y sin fuerzas. La tierra es dura. En el palacio de tía Margit se bebe y se baila. Más tarde, esa misma noche, el

suboficial mayor de las SS Franz Podezin recibe una llamada telefónica. A causa del ruido en el salón de la fiesta, se retira a una habitación contigua. El diálogo no dura ni dos minutos. Podezin dice:

—Sí, sí. —Y termina con las siguientes palabras—: ¡Maldita guarrada!

Encarga a Hildegard Stadler, directora de la Liga de Muchachas Alemanas de la localidad, que conduzca a entre diez y trece participantes de la fiesta a una habitación.

—Los judíos de la estación —les comunica— han contraído el tifus y hay que liquidarlos.

Nadie le lleva la contraria. El armero Karl Muhr reparte fusiles y munición entre los invitados. Pasa un poco de las once. Tres coches esperan en el patio del palacio. No hay sitio para todos los componentes del grupo. Algunos van a pie. El lugar no queda lejos.

Llamé a mi padre por teléfono.

—Tú sabías —le dije— que tía Margit estuvo allí aquella noche y tenías conocimiento de la matanza.

—Sí.

—¿Y nunca se te ocurrió pensar que ella pudiera estar envuelta en el asunto?

—¿Esto es un interrogatorio?

—Sólo pregunto.

—Nunca pensé que hubiera una relación entre la fiesta y la matanza, como últimamente se afirma en los periódicos. Espera un segundo.

Tosió. Oí como sacaba un cigarrillo del paquete.

—Fumas demasiado.

—¿Qué tal la pequeña?

—Le está saliendo el tercer diente y gatea. ¿Cómo es posible que no hubieras hablado con Margit sobre la guerra?

—¿Qué podía preguntarle? Oye, tía Margit, ¿te apetece otro trago de vino? Y por cierto, tía Margit, ¿mataste judíos?

—Sí.

—No seas iluso. Eran visitas de cortesía. Hablábamos del tiempo y ella arremetía contra algunos miembros de la familia. «Semilla podrida», decía cuando hablaba de los Thyssen y los Batthyány, que, a juicio suyo, no estaban en sus cabales. *Semilla podrida* era su expresión predilecta. ¿Te acuerdas de su lengua?

El transportista Franz Ostermann viaja siete veces en total entre la medianoche y las tres de la madrugada de la estación de ferrocarril a Kreuzstahl. En cada viaje, transporta sobre el remolque de veinte a treinta judíos que entrega a los cuatro

hombres de las SA. Los judíos tienen que desnudarse. Su ropa queda tirada delante de la zanja. Desnudos, se arrodillan junto al borde de la fosa en forma de L. Allí está Podezin, también Oldenburg, ambos fanáticos nacionalsocialistas. Disparan a los judíos en la nuca. Josef Muralter, miembro del NSDAP, grita al tiempo que aprieta el gatillo:

—¡Al fuego con vosotros, cerdos! ¡Traidores de la patria!

Los judíos se desploman, caen en el hoyo y quedan tendidos unos sobre otros. En el palacio se descorchan más botellas de champán. Alguien toca el acordeón. Margit es joven. Le gusta divertirse. Se pone los vestidos más hermosos. A un camarero llamado Viktor le llama la atención que los huéspedes que han vuelto a la sala a las tres de la madrugada gesticulan con vehemencia. Tienen las caras rojas. El suboficial mayor de las SS Podezin, el presunto cabecilla que hace un rato ha disparado a la cabeza de hombres y mujeres, baila ahora con absoluto desparpajo.

No todos los judíos fueron ejecutados aquella noche. A dieciocho los dejaron por el momento con vida, asignándoles la tarea de tapar la zanja con tierra. Servicio de sepultureros. Transcurridas doce horas, al atardecer del 25 de marzo, fueron asimismo asesinados por orden de Hans-Joachim Oldenburg, el amante de Margit, y enterrados cerca del matadero, en la parcela de Hinternpillen.

Tras la guerra, siete personas fueron acusadas de asesinato múltiple y torturas o, por mejor decir, de crímenes de lesa humanidad. Josef Muralter, Ludwig Groll, Stefan Beigelbeck, Eduard Nicka, Franz Podezin, Hildegard Stadler y Hans-Joachim Oldenburg. Sin embargo, en 1946 el proceso se estancó como consecuencia del asesinato de los dos testigos principales. El primero era Karl Muhr, el armero del palacio. Él fue quien entregó los fusiles la noche del 24 de marzo y vio las caras de los que se disponían a cometer el crimen. Un año más tarde, Muhr yacía en el bosque con una bala en la cabeza, junto a su perro muerto, mientras su casa ardía; el casquillo hallado por la policía en el lugar de los hechos desapareció. El segundo muerto fue Nikolaus Weiss, un testigo ocular. Había sobrevivido a la matanza y se escondió en el cobertizo de una familia de Rechnitz. Un año más tarde, de camino a Lockenhaus, su coche fue tiroteado y quedó fuera de control. Weiss falleció en el acto.

Después de estos dos asesinatos al estilo de la Santa Vehma, los habitantes de Rechnitz vivían con temor a las represalias. Nadie hablaba. El silencio se ha prolongado hasta hoy. A los setenta años del crimen, este pueblo se ha convertido en un símbolo del modo como Austria afronta su pasado nacionalsocialista. Decir Rechnitz equivale a no querer saber nada.

El 15 de julio de 1948, Stefan Beigelbeck y Hildegard Stadler obtuvieron la absolució. Ludwig Groll fue condenado a ocho años de prisión rigurosa; Josef Muralter, a cinco años de cárcel, y Eduard Nicka, a tres. Podezin y Oldenburg, los dos culpables principales, se hallaban huidos. La policía de Burgenland los suponía



en Suiza, acogidos por la condesa Margit Batthyány-Thyssen en una vivienda más arriba de Lugano.

La Interpol de Viena informó a las autoridades luganesas mediante un telegrama fechado el 28 de agosto de 1948: «Existe el riesgo de que los dos se marchen a Sudamérica. Rogamos su detención». La orden de arresto contra ambos prófugos fue emitida el 30 de agosto de 1948, sin que condujera a ningún resultado.

El doctor Mayer-Maly, fiscal austriaco responsable del esclarecimiento de la matanza, dijo en su conclusión final: «Aún no han sido encontrados los verdaderos asesinos».

A finales de agosto, viajé por segunda vez a Rechnitz. Ahora las uvas estaban rojas; los árboles, en su esplendor estival. Visité a Annemarie Vitzthum. Tenía ochenta y nueve años y era con toda probabilidad la última asistente a la fiesta de Margit que seguía con vida.

—Me vestí de tiros largos para la ocasión —se acordaba—. Tomamos asiento en torno a una mesa redonda, en una pequeña sala de la planta baja, en compañía de los condes. La condesa Margit parecía una princesa con su hermoso atavío.

Continuamente entraban y salían hombres de uniforme, pero no puede recordar sus nombres.

—Había mucho jaleo. —Así se lo explicó también en 1947 al fiscal durante el interrogatorio—. Todo el mundo bebía vino y bailaba. Nunca había visto nada igual. Yo era una simple muchacha, tan sólo la telefonista.

Un soldado la acompañó a medianoche a su casa. Hasta ese momento, la condesa no abandonó el palacio. Lo de los judíos, dijo la señora Vitzthum mientras comíamos tarta *streusel* hecha por ella, no lo supo sino más tarde. Le parecía horrible.

Acto seguido, visité a Klaus Gmeiner, el guardabosque de tía Margit. Fue el último que la vio viva. Margit poseía mil hectáreas de terreno en Rechnitz, todos los años iba allí a cazar.

—Era una tiradora extraordinaria, con experiencia de caza en África. Se alegraba mucho cada vez que abatía una pieza. Un muflón o un corzo. Nunca como entonces se la veía tan feliz.

En todo ese tiempo no se habló una sola vez de la época de los nazis, según Gmeiner, quien, como tantas otras personas del pueblo, profesaba a Margit una admiración sin límites. Seguro que ella no tuvo nada que ver con el crimen.

—Estábamos cazando al acecho —contó con respecto a la tarde previa a su muerte—. Le acertó a un muflón con un disparo preciso en el lomo.

Recuerda con exactitud que el animal anduvo tambaleante veinte, quizá treinta pasos en dirección a ella, antes de desplomarse. Y también que aquel atardecer ella se quejó porque muchas personas le pedían dinero.

—Ésa fue su última frase.

Al día siguiente no acudió al desayuno.

—¿Qué tal en Rechnitz? ¿Has averiguado algo? —me preguntó mi padre por teléfono. Sonaba cansado. Hacía unas pocas semanas, un perrito había aparecido de repente ante la puerta de su chalé de fin de semana, a orillas del lago Balatón. Un mestizo que no se apartaba de su lado.

—¿Qué hace el chucho?

—Da un montón de trabajo.

—Pero a ti te gusta, ¿no?

—Cuéntame algo de Rechnitz.

—La gente del pueblo me llamaba señor conde. A algunos les faltó poco para hacerme una reverencia.

—Es horrible tanto aspaviento.

—Algunos testigos afirman que Ivan, el marido de Margit, también asistió a la fiesta.

—En la familia siempre se ha dicho que aquella tarde se encontraba en Hungría.

—Cada cual da una versión distinta de la historia. La familia asegura no saber nada y nunca formuló preguntas sobre el papel desempeñado por Margit. La prensa busca desesperadamente titulares relacionados con la condesa sanguinaria. Y los habitantes de Rechnitz están deseando barrerlo todo debajo de la alfombra. Para ellos, tía Margit es una santa.

—¿Y qué es lo que quieres tú?

### 3

Al comienzo de mis indagaciones yo quería averiguar lo que había sucedido realmente. Busqué en archivos, escribí cartas, leí las actas del proceso judicial de Rechnitz, di con el informe de los servicios de seguridad del Estado suizo sobre Margit y me pregunté quién en mi familia sabría algo acerca del crimen y por qué ninguno hablaba de ello. A menudo escuché a mis abuelos conversar sobre tías fallecidas hacía largo tiempo, sobre las rarezas de algún tío, sobre el antiguo esplendor de Hungría, cuando la gente aún tenía buenos modales y buen gusto. ¿Por qué no pronunciaban nunca una palabra sobre Rechnitz? ¿Por qué nunca mencionaban la tumba? Yo pensaba encontrar tal vez algún indicio del lugar donde estaban enterrados los ciento ochenta cadáveres. Probablemente alguien hablará contigo, pensé, pues formas parte de la familia.

Así las cosas, una tarde de invierno se produjo por casualidad un encuentro que tuvo grandes consecuencias. Yo había ido a la ciudad con unos amigos. En un restaurante nos topamos con un conocido, sentado a una mesa con el escritor alemán Maxim Biller. Nos sentamos con ellos y en un momento dado nos pusimos a conversar sobre tía Margit. Biller había oído hablar de ella, lo que me sorprendió, y fue él la primera persona que me preguntó:

—¿Y qué tiene que ver esto contigo?

¿La condesa nazi, como hasta el día de hoy la motejan en los periódicos, y yo?

No me esperaba una pregunta de ese estilo. No me la había planteado hasta entonces porque sonaba por demás absurda.

—En un sentido estricto —respondí, azorado, a Biller—, ella no está siquiera emparentada conmigo. Margit era una allegada por matrimonio, una Thyssen. ¿Qué tiene, pues, que ver todo esto conmigo? —repetí con la idea de ganar tiempo—. Nada. No veo por qué no habría de ser así si hace tanto que ocurrió.

Si me lo preguntara hoy, le diría otra cosa, pues con el paso del tiempo cambié de enfoque. Cada vez me interesaba menos averiguar qué había sucedido en realidad. Ya no era el periodista que llega de fuera, toma notas, recopila datos y dirige preguntas a otros. Ahora se trataba exclusivamente de mí.

Leí información sobre asociaciones de nietos de la guerra, sobre gente de mi edad que se sentía sin raíces, sin rumbo, a causa de acontecimientos acaecidos setenta años atrás, como si hubieran nacido en el vacío. «Heredaron las emociones no asumidas por sus padres —leí—. Ahora intentan liberarse de las cadenas del pasado.» Muchos se sentían culpables por no haber logrado aliviar la pesadumbre ni el desconcierto de sus padres. Leí sobre casos de severidad extrema contra sí mismos, sobre la escenificación de un mundo perfecto a fin de compensar un sentimiento de carencia. Uno escribió: «Quiero arribar por fin a mi vida». Y otro se preguntaba: «¿En qué clase de hombres nos ha convertido el hecho de que nuestros padres guardaran silencio, guardaran siempre silencio?». Me reconocí en aquellos renglones, aun

cuando no abrigaba el deseo de incorporarme a ninguna comunidad del sufrimiento. A mí no me van los grupos de autoayuda.

«Cada generación tiene sus obligaciones», ponía en una página web que se ocupaba del tema. «La generación de los padres se remangó dispuesta a retirar los escombros de fuera. Retirar los escombros del alma... es tarea de los nietos.» ¿Es así? ¿No resultaba demasiado simple? Yo ya había leído que los traumas se transmiten, especialmente los de los abuelos a los nietos; pero, a decir verdad, no terminaba de creérmelo. Como si el granizo de bombas que mi padre conoció de niño fuera un pretexto para mi melancolía ocasional, como si los diez años que mi abuelo pasó en el gulag de Siberia fueran la razón de mi extravagancia. Y, sin embargo, ahí había una conexión. ¿O se trataba de una figuración mía?

¿Acaso no era yo el que siempre se sentía culpable por que a él le fuera tan bien en Suiza? ¿No echaba yo en falta de vez en cuando una pequeña guerra? O por lo menos una crisis. ¿Y cuántas veces, siendo periodista, no habré escrito sobre emigrantes? Acompañé a una familia en su viaje desde Iraq, estuve varios días con africanos en los internados del sur de España y acampé en un almacén de Atenas con refugiados de Bangladesh. ¿Cuál es la razón de este interés mío por los seres humanos en fuga? ¿De dónde venía mi atracción por sus penalidades?

Tú te criaste en Zúrich, me decía a mí mismo, lejos de los carros de combate y de los cráteres de los impactos. ¿Qué pasa, entonces? En la escuela ponías a secar plantas: caltas, endrinos; el herbario era el orgullo de tu profesor. Y luego aquel golpe de revés en septiembre de 1988, en el tercer set, ejecutado con una sola mano en situación de apuro, el partido ganado, los calcetines rojos a causa de la arena; he ahí tu vida, ¿no es suficiente? No, nunca lo fue. Siempre hubo algo que faltaba. Ese mundo immaculado que me rodeaba, tan blanco como los polos que vestía, con sus cuellos que a mediados de los ochenta llevaba levantados, no era el mío. Y era así como cabía interpretar de verdad aquella frase conforme reflexionaba más y más sobre ella: soy un nieto de la guerra. Mi padre pasó la guerra en el sótano, a mi abuelo se lo llevaron los rusos a Siberia, mi abuela perdió su segundo hijo y mi tía había sido responsable de la matanza de ciento ochenta judíos. Habían sido culpables y víctimas, perseguidos y cazadores; primero alabados, después proscritos: bastardos de la Historia. Al final atravesaron la vida agachados. Perdieron primeramente la autoestima, a continuación, la voz. «Fuimos una familia de topos —escribió mi abuela Maritta en su diario—. Nos replegamos, ya no creíamos en nada y nos hundimos en nosotros mismos, la cabeza bajo tierra, siempre agachados.»

¿Y qué pasaba conmigo?

Me acordé de una de las últimas visitas a la casa de mi abuela en Budapest. Debió de ser en 2006. Por entonces yo aún no sabía nada de Rechnitz. Mi abuela estuvo en sus últimos años obsesionada con la idea de poner por escrito la historia de su vida. En los primeros meses lo intentó con una máquina de escribir, un modelo de los años setenta con cinta. Sin embargo, pronto el tecleo le resultó demasiado fatigoso, por lo que continuó escribiendo a mano, con una caligrafía propia de los tiempos en que aún circulaban carruajes por la calle.

—¿Qué tal vas con tus recuerdos? —le pregunté, y al punto se levantó y se fue a la cocina, al fondo del largo pasillo, a preparar té. Oí que enredaba en el cajón de los cubiertos buscando cucharillas—. ¿Tienes ya algunos capítulos? —le dije sin esperar ninguna respuesta.

Y no es que por aquel entonces yo ardiera en deseos de leer sus anotaciones. Se lo pregunté por cortesía, pues apenas compartíamos temas de conversación. Simplemente traté de sortear el mutismo que nos abrumaba cada vez que nos veíamos.

Sacó leche de la nevera y la vertió en una pequeña taza. Parece que se le derramó.

—*Nem jó* —exclamó: no está bien.

Oí como, impelida por el enojo, se golpeaba con la palma de la mano en el muslo, como limpiaba el suelo y retorció la esponja. La tetera pitaba. En las baldas bajas de la estantería había fotos de parientes cuyos nombres nunca logré retener. Siempre tenía que agacharme para contemplarlas, la espalda completamente encorvada como haciéndoles una reverencia; quién sabe si estaban allí abajo con dicha intención. En las paredes colgaban grabados amarillentos con el contorno de Hungría antes de la Primera Guerra Mundial, el gran imperio de antaño. Desde que yo era niño, mi padre y mi abuela no hablaban de otra cosa, y yo asentía cortés, aunque a mí aquello nunca me interesó. Y si en alguna ocasión se me ocurría preguntarles qué tal era todo por aquella época, por ejemplo, durante las cacerías, o por qué los húngaros eran tan antisemitas, según una afirmación muy extendida en los años pasados, recibía siempre la misma contestación: «*Nem érted*», tú no puedes entenderlo. Crecí con esa frase. Todavía la llevo pegada a la nuca.

—Tú no puedes entenderlo —oigo asimismo decir a los difuntos de las fotografías enmarcadas, ante los cuales paso encorvado.

—Pero he leído al respecto. ¿Qué más queréis? —les replico.

—Eso no tiene ningún valor —responden—. Olvídalo —dicen a coro.

—Yo...

—¿Tuviste que sufrir?

—¿Sufrir?

—¿Sabes qué son los caninos del ciervo?

—¿Caninos del ciervo?

—¿Alguna vez has perdido tu casa, tu patria, tu país?

—Pero...

—Nada de pero —me interrumpen en el tono de los oficiales del ejército imperial y real—. Es que precisamente no puedes entenderlo.

—¿De qué estábamos hablando? —me preguntó mi abuela.

Había vuelto de la cocina con el té, una bandeja, dos tazas blancas con las asas curvas, un azucarero con desportilladuras y un cacillo de leche. No la oí llegar. Yo tenía la nariz pegada a la fría ventana de la sala, veía la entrada del castillo de Buda, banderas húngaras al viento y un violinista con atuendo barroco y peluca que hacía una reverencia cada vez que un turista echaba en la caja un par de forintos.

—Te preguntaba si ya se puede leer algo de los recuerdos de tu vida —le respondí al tiempo que la miraba. Ella se salió por la tangente con una sonrisa.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó.

Estas visitas solían durar tres días. Nos sentábamos en el sofá azul de la sala caldeada en exceso, y el tiempo se negaba a transcurrir. Dedicábamos las horas a tratar de mantener el hilo de la conversación. Y así hasta la última cena.

—Caramba, qué buena está esta sopa —dije, y me oí hablar como un jubilado que sale en la televisión austriaca.

—La acabo de hacer —respondió.

Y la frase sonó tan impostada en su boca como mi frase en la mía. Ni que estuviéramos jugando a abuela y nieto. También nuestros paseos de los días anteriores, la recogida de castañas, ¿no tuvieron algo de decorado teatral mientras saltábamos cautelosamente de un tema de conversación a otro, abordándolos todos con mucho tacto, como si caminásemos sobre un campo de minas?

Al despedirnos, ella acostumbraba agarrarme un instante el brazo.

—*Nagyon szeretlek* —me susurró al oído, te quiero mucho, a continuación de lo cual, con similares maneras conspirativas, apreté su hombro huesudo. ¿Estábamos haciendo algo prohibido?

Vi por última vez a mi abuela en un hospital del centro de Budapest, uno de esos edificios enormes con la fachada renegrada que, vista desde la calle, no se sabe bien si corresponde a una ópera, a una cárcel o justamente a una clínica. La encontré escuálida por demás y, acostada en la cama, daba la impresión de estar muy ida. Fui a un pequeño quiosco, a la vuelta de la esquina; le compré yogur, Red Bull, galletas y chocolate, pues mi padre había dicho que la comida del hospital era muy mala y ella necesitaba recobrar fuerzas. A mi regreso con todos aquellos productos de palabras coloridas impresas en sus envases, *Energy*, *Power*, me escrutó asustada y meneó la cabeza. Se acababa.

En su lecho de muerte, le suplicó a mi padre con voz débil que le hiciera la promesa de quemar sus anotaciones. Fue su último deseo. Y él le sostuvo la mano, pero no cumplió su palabra. Ella murió en la gélida madrugada del 1 de mayo de

2009. Yo estaba en un café de Zúrich, observando varios camiones con mangueras de agua que ocupaban posiciones en la calle y esperaban a los manifestantes como todos los años en el Día del Trabajo, cuando recibí un mensaje de texto enviado por mi padre. Sólo una línea para comunicarme que mi abuela había fallecido durante la noche. Pagué la cuenta y pasé junto a jóvenes con pañuelos palestinos que sostenían pancartas y exigían la muerte de los bancos, y junto a activistas kurdos, tibetanos, feministas y adolescentes gritones con jerséis de capucha; abrí la puerta del piso y saqué de la cuna a mi hija, que entonces tenía tres meses.

—Tu bisabuela ha muerto —le susurré.

Dormida, apretaba los puñitos contra sus ojos, y yo me arrepentí de la frase en el mismo momento de haberla dicho.

En lugar de destruir el diario, mi padre guardó las hojas en una carpeta color verde caqui, agregó cartas y fichas que encontró en uno de los cajones inferiores del secreter, puso todo en una bolsa de la compra y lo metió en un armario de su casa sin haber leído nada. Ni una palabra. Era consciente de no haber cumplido el último deseo de su madre y tampoco quería darle demasiadas vueltas al asunto. Cuando me entregó la bolsa, pasados dos años de la muerte de ella, no dijo gran cosa. Estábamos sentados a una mesa del rincón en el Da Lello, su restaurante italiano predilecto de la calle Márvány de Budapest, cuando me tendió en silencio todo lo que había quedado de su madre.

# DIARIOS I

Maritta

*Durante todo el día reinó el nerviosismo. Goga, Sophie y el resto de las sirvientas y doncellas atravesaban deprisa los corredores llevando paños nuevos, agua hervida, fruta. Los perros aullaban. Nadie pronunciaba la palabra parto; empleaban la expresión francesa, más distinguida, l'événement, que no pegaba ni con cola allí, en Sárosd, aquel pueblo circundado por una ciénaga, en el último rincón de Europa occidental, donde no había nada salvo un par de campesinos que labraban sus tierras con asnos, muchachas cíngaras que se quedaban continuamente preñadas y cuyos hijos a veces, en invierno, morían congelados, y un palacio con gruesos muros amarillos, torrecitas y miradores, en el que moraban mis padres y mi hermana mayor. También Peti y Zoli, el viejo cochero y el guarnicionero con la pierna izquierda rígida, hablaban de levenma. Lo decían con una a grave como cuando, estando de caza, voceaban tiro! y obak! en vez de tire haut! y au bas! Fueron en busca del carro de combate olvidado después de la Primera Guerra Mundial en las colinas cubiertas de vides, lo ataron a los caballos y lo arrastraron por el patio cubierto de grava, donde dejó anchos surcos. Aquel día de bochorno, el 31 de julio de 1922, iban a soltar petardazos, a ver si así se marchaban las nubes de tormenta. De atardecida, a las siete y media, llegó el momento. Cinco disparos estruendosos hacia el cielo. Así fue como yo vine al mundo, envuelta en la más fina tela de batista.*

Agnes

*Mi nombre es Agnes, pero me llaman Agi. Nací en el año 1926 en Sárosd, un pequeño pueblo húngaro en el que, a la sazón, residían seis familias judías. La nuestra era una de ellas. Yo tenía un hermano dos años más joven, Sándor. Mi padre se llamaba Imre; mi madre, Gitta. Éramos lo que suele denominarse una familia normal, hoy se diría de clase media, ni rica ni pobre. Teníamos una niñera alemana, de ahí que yo hablase algo de alemán. Asistí a la escuela primaria del pueblo. Más tarde, mis padres me enviaron a un internado de Budapest, donde me sentía muy sola, lloraba a diario y añoraba mi vida pasada. Poco a poco, conforme transcurría el primer año, me fui acostumbrando al internado. Y cuando cumplí los catorce, mis padres alquilaron para mí una habitación en casa de una familia.*

*Mi hermano Sándor vivía también en Budapest, pero no nos veíamos con frecuencia. Por las mañanas íbamos a la escuela; por las tardes estudiábamos o trabajábamos. Yo, además, era aprendiz en la famosa pastelería Ruszwurm, en el Cerro del Castillo; mis padres pensaban que quizá nos llegarían tiempos duros y era*



bueno que aprendiese algo adecuado. En el peor de los casos, según decían, tendría que emigrar a Australia, ya que allí vivía una prima nuestra. Yo no quería saber nada de todo aquello. ¿Qué podía pasarme?

Maritta

Al verme, mi padre hizo un gesto de aprobación y sonrió; estrechó sus manos; echó una rápida mirada al interior de la alcoba, hacia la cama; vio manchas de sangre y a su mujer, que era atendida por enfermeras; miró la pared, donde colgaba un viejo grabado. Jesús en la cruz con el cabello hasta los hombros y gesto de dolor. No hablaría de decepción, pero vamos a decir que no fui un gran acontecimiento.

Jamás oí un reproche y, sin embargo, estaba claro: nada habrían deseado mis padres más ardientemente que un hijo varón, un heredero; como mujer, no valías nada en 1922, en Hungría, en provincias, y me atrevo a dudar que hoy en día sea distinto. Por supuesto que me tocó una vida privilegiada. Bebí la leche de una vaca seleccionada ex profeso para mí; tenía, a diferencia de los otros niños del pueblo, zapatos para los inviernos rigurosos: en verano, vestidos blancos de volantes; una sirvienta, cocineros y un profesor de francés llamado Louis, que me enseñó modales.

Ahora bien, privilegiada no significa mimada. Estos términos no deben confundirse. No era como hoy, que los padres pudientes les cumplen a sus hijos hasta los deseos más descabellados. A nosotras no nos permitían desear nada. Ni quejarnos podíamos. Nada de lamentos, se nos decía. Uno de los principales mandamientos rezaba: mantened la compostura. La niñera de mi hermana y mía tenía una disposición sobremanera espartana: apenas juguetes, escasa calefacción, golosinas sólo en ocasiones excepcionales. El dinero en efectivo me fue en gran parte desconocido hasta la juventud. Tenía algo de prohibido, incluso de vulgar. En cambio, debía cumplir a rajatabla los horarios: comer, rezar, leer. Nuestra vida privilegiada significaba también que se esperaba mucho más de nosotras. Y, sobre todo, no nos estaba permitido presumir. Éste era otro mandamiento: siempre tenerse en menos, nunca debía decirse que una sabía hacer algo especialmente bien.

El 4 de junio de 1920, dos años antes de venir yo al mundo, Hungría firmó el Tratado de Paz de Trianon. Todavía hoy pasa por ser la mayor tragedia en la Historia del país. Hungría perdió más de dos tercios de su antiguo territorio. Los aliados repartieron el país, al término de la Primera Guerra Mundial, entre los Estados vecinos: Rumanía recibió Transilvania; a la República de Checoslovaquia le fueron cedidos 63 000 kilómetros cuadrados; a los nuevos reinos de Serbia, Croacia y Eslovenia, la actual Voivodina, y Austria recibió el Burgenland. Aquella Hungría antaño tan poderosa quedó reducida a un Estado enano. Trianon supuso un mazazo para el país. Amigos y conocidos aún recuerdan aquel día negro. Describen su dolor como si hubieran perdido los brazos y las piernas en las cercanías de París, donde se

firmó el tratado.

Todavía en los años treinta, la jornada escolar solía empezar con una oración que pedía la restauración de la Gran Hungría: «Creo en un Dios, creo en una patria, creo en la infinita verdad divina, creo en la resurrección de Hungría».

Puedo acordarme muy bien de la rabia que todos llevábamos dentro. El país entero clamaba; sin embargo, era incapaz de emitir el menor sonido. La mutilación de nuestra patria hizo de mí y de mis compatriotas húngaros unos fanáticos. Estábamos ansiosos de libertad. Abrigábamos tristeza y obstinación en el fondo de nuestros corazones.

Como tantas otras familias, nosotros también teníamos adosada a la casa una pequeña placa donde campeaba un mapa. Como fondo podían verse los suaves contornos del antiguo imperio, desde Cracovia hasta Trieste, desde el sur del Tirol hasta Belgrado, y en medio, al modo de una herida, este engendro de país que es hoy. ¿Debe quedar así?, ponía debajo del mapa. A continuación, la respuesta: Nem! Nem! Soha! ¡No! ¡No! ¡Jamás!

Mientras que en muchas partes de Europa, durante el periodo de entreguerras, se desarrollaron estructuras democráticas, Hungría quedó convertida en un país atrasado. Un Estado corporativo semifeudal, lo que no significaba otra cosa sino que la sociedad estaba organizada en estratos, cada uno de los cuales cumplía una función. Al margen de una élite intelectual, cultural y científica en Budapest, formada mayormente por judíos, la sociedad húngara estaba constituida por una aristocracia de terratenientes, a la que pertenecía mi familia, y por cientos de miles de peones agrícolas.

Eran los tiempos del almirante Miklós Horthy, el regente. Horthy accedió al cargo montado en un corcel blanco como, en otro tiempo, nuestro legendario príncipe Árpád. Los historiadores actuales discuten hasta qué punto Horthy era antisemita, por cuanto se opuso a que los judíos pudieran emprender estudios universitarios antes incluso que fueran promulgadas las leyes raciales en Alemania. Combatió largo tiempo al lado de Hitler, del que no se distanció hasta la segunda mitad del año 1944. Hay que reconocer en su favor que al final intentó prohibir los trenes de deportados a Auschwitz. Un tren permaneció por orden de Horthy parado delante de la frontera e incluso volvió atrás, si bien ante Eichmann, que por entonces residía en Budapest, fue incapaz de poner a salvo a los judíos. Esto es lo único que yo puedo decir de Horthy: sus veinticuatro años de regencia me inspiran respeto y agradecimiento; mi infancia maravillosa y mi juventud despreocupada coincidieron con dicho periodo histórico.

La generación de mis padres era feudalista hasta el fondo de su alma. Hay que imaginarse la vida de aquella época en el campo como en una película sobre las plantaciones de algodón en los estados americanos del Sur. Estaban los terratenientes por un lado y los esclavos por otro. A los afortunados los contrataba alguna familia con buenas intenciones, pero muchos tenían mala suerte y recibían un

trato de perros. Mi padre era ciertamente severo con sus trabajadores, pero siempre honrado. Un patriarca. Todas las mañanas teníamos que desayunar con él en la larga mesa. Nos exigía llevar el pelo recién peinado y la blusa sin arrugas. En las paredes colgaban cuadros de nuestros antepasados, varones con condecoraciones militares, mujeres con vestidos de pliegues y, sobre los dinteles arqueados de las puertas, imponentes astas de ciervo. Todos los días nos servían una taza de café de malta. Los niños lo aborrecíamos, pues sabía amargo. En mi platillo reposaban dos trozos de azúcar que no podía disolver en el café: eran un modo de recordarme que no se me hacían concesiones, tenía que devolverlos a un recipiente que estaba en el centro de la mesa y en cuya tapadera había una frase grabada: Pour les pauvres. Ignoro dónde estará hoy el recipiente y tampoco sé cómo llegó a nosotros, sólo sé que formaba parte de mi adolescencia como los bastonazos de mis profesores. Cuando el recipiente estuviera lleno, se decía, daríamos los azucarillos a los pobres del pueblo. Sin embargo, yo veía como se endulzaba con el azúcar el pan que ofrecíamos a los invitados en el salón. Los niños de hoy se lo echarían en cara a sus padres, les dirían que incurren en contradicciones y que eso es una hipocresía. Nosotros, en cambio, guardábamos silencio.

Al palacio en el que vivíamos no debíamos llamarlo palacio, pues también esta palabra tenía una connotación de vulgaridad. Se prefería hablar de finca. La casa formaba una U en torno a un patio de grava, en cuyo centro se alzaba un castaño con el tronco rodeado por un banco. Tenía por lo menos treinta habitaciones. Y junto a la pared orientada hacia el sur se extendía una cerca de madera que llegaba hasta el borde inferior de las ventanas. Por ella subían rosas trepadoras, rojas, amarillas, blancas, con los colores de la bandera húngara. La fragancia de las rosas flotaba en el aire durante medio año. Y cuando de pronto desaparecía y en lugar de a rosas olía a ciénaga, a tierra mojada y a podredumbre, entonces ya se sabía que había llegado el otoño.

Agnes

Todo transcurría como de costumbre hasta aquel 19 de marzo de 1944. Era domingo. Una amiga me llamó por teléfono y preguntó:

—¿Ya lo has oído? Los alemanes han tomado Budapest.

No me lo podía creer, ya que no se veía señal alguna de ello por las calles. Aquel domingo almorcé en casa de una conocida y tenía intención de ir más tarde al cine con mi hermano, cosa que hacíamos raras veces. Emprendíamos pocas actividades juntos, pero justo aquel día él había dicho:

—Vamos al cine si no tienes nada que hacer.

Ocupamos nuestros asientos en la sala. Llevábamos ya un rato de película cuando de pronto se encendió la luz y fuimos conminados a abandonar el cine.

*Dijeron que lo sentían mucho, pero que la sesión había terminado; que los alemanes nos habían invadido. Incrédulos, nos levantamos y salimos a la calle. El camino hacia mi casa pasaba junto a un gran edificio que albergaba la oficina del partido de la Cruz Flechada. Ya con anterioridad me había resultado desagradable deambular por allí, con mayor razón aquel día. Aquellos hombres de camisa negra, que conversaban apostados delante del edificio, me daban miedo.*

*Mi padre tenía que viajar al día siguiente a Budapest para ocuparse de algunos negocios, pero yo lo llamé por teléfono y le dije que se quedara en casa. No creí que la situación pudiera volverse peligrosa; así y todo, juzgué que lo más prudente sería no venir. Quizá, pensé, los alemanes bombardearían la vía férrea como habían hecho en otras partes de Hungría.*

*—¿Por qué no quieres que vaya? —me preguntó mi padre.*

*Se conoce que las nuevas noticias aún no habían llegado al pueblo.*

*—Porque es mejor así —mentí.*

*No quería que se preocupara en vano. Sin embargo, mi tono de voz debió de delatarme, pues él percibió mi inquietud. Recuerdo sus últimas palabras:*

*—¿Y qué va a ser de nosotros?*

Maritta

*Había cumplido dieciséis años y tenía sobre todo una cosa en la cabeza: mis libros. La política no me interesaba. Mi vida seguía determinada por los asuntos cotidianos, por más que Austria se hubiera incorporado a Alemania en 1938. No obstante, en Hungría nadie consideraba peligroso aquel hecho. Yo leía y leía durante toda la noche y escribía unos poemas horrorosos sobre la nostalgia de la tierra natal. En cuanto al amor, no tenía ni idea. Nunca se hablaba al respecto en el convento de las Damas del Sagrado Corazón donde pasé mis tres últimos años de enseñanza media. A edad temprana tomé la decisión de dejar para más adelante el asunto de los hombres. Mi madre era tan bella, a mi hermana la cortejaban tanto, que yo me replegué a propósito y los miraba a escondidas. Ahora bien, puesto que era así como se estilaba, yo también debía presentar a mis padres posibles pretendientes, lo que me colmaba de preocupación. Es que, sencillamente, no había ninguno. Hasta que en un baile conocí a uno que, cosa extraña, manifestó desde el primer momento su amor por mí e hizo la promesa de amarme durante toda su vida. Feri fue el único hombre de mi vida. Nuestro matrimonio duró hasta su muerte. Fue un matrimonio extraño.*

*En aquel entonces se hablaba del trasfondo financiero de una persona. No se hacía con ello referencia a su fortuna. Se concedía más importancia a su crianza, formación, conducta, presencia y un determinado dominio del idioma. Una sola palabra bastaba para revelar la posición social y el origen familiar de una persona.*

Lo que caracterizaba a un ser humano: de eso se trataba, y no de lo que poseyera. Feri parecía ser el esposo idóneo para mí. Eso es al menos lo que me decían de todos lados. Él era un Batthyány; yo, una Esterházy. Ambos procedíamos de grandes familias húngaras. A mí me preocupaban poco estos chismes. Prefería mis libros. Pero si una alianza matrimonial significaba que yo tendría después más tiempo para leer, entonces estaba dispuesta a dar mi consentimiento. Al poco de la boda, en febrero de 1942, nos establecimos en Budapest y no tardé en quedarme embarazada. Feri fue llamado a filas y conducido al frente de Polonia. Como en Budapest me sentía sola, al llegar el verano me fui con mi pequeño hijo a casa, a Sárosd.

Recuerdo aquel viaje de vuelta al hogar como si hubiera ocurrido ayer. Durante el corto trayecto, atenta al compás del traqueteo, a la rápida sucesión de los postes del telégrafo, se difuminaron mis temores por la suerte de mi marido, que combatía en algún lugar de Polonia. Se desdibujaban en las parcelas, los prados, las hileras de álamos, los saúcos. Las grullas danzaban en el horizonte. Después, una voz pronunció el nombre del pueblo. El tren se detuvo. Los letreros de la estación desaparecieron tras el vapor hollinoso, que rápidamente se deshizo y dejó a la vista a Peti, el cochero, que me estaba esperando al final del andén. Llevaba una pluma de avutarda en el sombrero, levantó la mano... y su saludo fue suficiente para devolverme por completo una sensación familiar de la infancia.

Hacía un año que no veía a Feri. Recibí varias cartas del frente. Estaba en Polonia, más tarde lo llevaron a Ucrania. El pobre era incapaz de hacer daño a una mosca. Feri era un hombre miedoso, y quienes lo conocían bien afirmaban que era cándido y bueno como un niño. Y lo era. En sus cartas me describía su amor y su anhelo de emprender a mi lado una vida en común. Y yo también lo echaba de menos, aunque no podría afirmar que mi corazón ardiese.

Agnes

Aquel 19 de marzo, a las once de la noche, sonó en mi piso el timbre del teléfono. Era mi padre. Llamaba para comunicarme que debía viajar a casa en el primer tren de la mañana. Supuse que entretanto habrían llegado al pueblo las noticias relativas a los alemanes. Mi hermano se negaba a volver, pensaba que quizá sería mejor para los dos que permaneciéramos en Budapest en lugar de ir a Sárosd, donde todo el mundo nos conocía. Budapest era grande, decía; allí podríamos escondernos.

—Yo me largo a toda costa. Pero volveré con nuestra madre y nuestro padre.

—Conforme.

Vino conmigo a la estación para llevarme la maleta.

En las plazas grandes había soldados alemanes con perros. Los policías húngaros registraban los tranvías. Se abrió la puerta, entraron y ordenaron a todos los judíos que se apearan. Un policía me dijo:

—Joven, si no es usted judía, mejor márchese corriendo.

Le pregunté:

—¿Y mi hermano?

—Tiene que bajarse.

—Entonces yo también me bajo.

De este modo terminamos en la peor cárcel que había entonces en Hungría, la de Kistarcsa, no lejos de Budapest. Hacía frío. La nieve cubría las calles, los árboles, los tejados de las casas. ¿Cómo se habrían sentido mis padres en la estación al ver que no nos apeábamos del tren? Hasta el día de hoy no he logrado imaginármelo. A tal extremo llega el dolor.

Delante de la cárcel nos separaron. Las mujeres fuimos conducidas a un recinto estrecho, sin ventanas; a los varones los hacinaron en el patio.

Yo tenía una manzana en el bolsillo. La partí por la mitad a fin de darle a Sándor un trozo en cuanto lo viera, pero eso no ocurrió.

Dos días después era la fiesta judía del Pésaj.

Nos dieron sopa suministrada por organizaciones judías. Recuerdo que no teníamos platos ni cucharas. Nuestra hambre llegaba a tal extremo que no pudimos esperar a que la sopa se templase. Algunas intentaron tomarla con las manos, pero estaba tan caliente que se quemaron. Yo llevaba conmigo una polvera. La llené de sopa. La polvera me servía de plato. Era muy pequeña, como si yo fuese una muñequita.

Maritta

A mi regreso en Sárosd, enseguida noté cambios en la casa. En un momento determinado se instalaron en ella soldados alemanes. Ocupaban unas cuantas habitaciones. Delante de nuestro querido castaño, rodeado de un banco circular, se veían sus automóviles. Entretanto, también se había marchado el último hombre que podía habernos echado una mano en la finca. La mayoría habían sido llamados a filas, luchaban en el frente, estaban heridos o habían desertado. Faltaban el guarnicionero y el mozo de cuadra, el jardinero y su hijo. El césped estaba cubierto de maleza, las rosas se habían marchitado. Nadie cuidaba las vacas. Las carpas murieron en el estanque y las tierras habían sido completamente abandonadas. Mi padre preguntó a los alemanes si le permitirían dar trabajo a los judíos del pueblo, lo que en efecto sucedió. Desde aquel día, llegaban cada mañana alrededor de veinte judíos al patio. Llevaban una estrella amarilla en la chaqueta. Los hermanos Goldner ayudaban donde los caballos; los Medak y los Mandl, en el jardín. El resto iban a trabajar al campo. A algunos los conocíamos. Los saludábamos y ellos nos correspondían. Sin embargo, aquellos que no nos conocían evitaban mirarnos a los ojos, por miedo. ¿Qué les habíamos hecho nosotros? Teníamos sobre todo amistad

*con los Mandl. Poseían una tienda de alimentos selectos y eran los dueños de la única gasolinera de los alrededores. Y cuando éramos niñas nos metían caramelos en los bolsillos. El matrimonio Mandl tenía dos hijos de mi edad, Agi y Sándor, con los que antaño solíamos jugar.*

*Se notaba que había guerra en Europa porque cada vez participaban menos hombres en las cacerías. Los habían llevado al frente. Los húngaros combatían codo con codo con los alemanes y la asociación de caza iba perdiendo miembros como mi tío perdía el pelo. Las conversaciones se volvieron susurrantes, se contaban menos chistes, el ron no salía de las botellas. Combatían con Hitler en Rusia. Ya no disparaban a las liebres. Disparaban a seres humanos.*

Unos meses después de aquella tarde con Maxim Biller, me tendí por vez primera en el diván del consultorio de Daniel Strassberg. Sabía que su madre había sobrevivido al Holocausto y que su padre, al término de la guerra, había llevado a escondidas judíos a través de la frontera suiza hasta Marsella, desde donde escapaban en barco a Palestina; por entonces aún no existía el Estado de Israel. Leí que había emprendido investigaciones sobre la manera como se transmiten las historias de familia y supe que era el psicoanalista adecuado para mí. Se trata de un experimento, le dije cuando lo visité por vez primera en su consultorio, próximo a la universidad. Vi el diván color crema en el centro de la habitación y no pude menos de pensar en una mesa de operaciones. Me fijé en los libros en las estanterías, Freud, Lacan, y en el aire flotaba el olor agradable a grandes cantidades de tabaco de pipa fumado.

—Desearía saber cuánto de los viejos tiempos llevo en los huesos —le dije—. Quiero averiguar cómo nos moldean los hechos del pasado.

—Podemos intentarlo —me dijo, pero antes debía olvidar lo del experimento y no acudir nunca preparado a las sesiones—. Esto no debería degenerar en un juego —añadió, y yo hice un gesto de aprobación aunque no estaba seguro de entender lo que me estaba diciendo y no tenía la menor idea de lo que me esperaba.

En adelante, me tumbaba dos veces por semana en su diván y miraba fijamente al techo. Los miércoles y viernes mi ropa olía a humo frío.

Cada sesión comenzaba con el mismo ritual. Yo tomaba asiento en la sala de espera y pasaba las páginas de viejas revistas. Cuando oía que él abría su puerta y se acercaba arrastrando los pies por el pasillo, me ponía en pie y después le estrechaba la mano discretamente, aunque él me conocía mejor que la mayoría de mis amigos, aunque lo veía con más frecuencia que a mis padres. Así y todo, nuestra cercanía tenía algo de secreto. No nos podíamos dar palmaditas en la espalda luego de no habernos visto por espacio de un par de días. Tampoco podía darle las gracias al término de la hora de sesión, aunque en repetidas ocasiones me tentó hacerlo. En cuanto me levantaba del diván, se acababa la intimidad. Y en el mundo real éramos extraños el uno para el otro. Si por casualidad nos hubiéramos encontrado ante el puesto de quesos de un supermercado, no habría sabido de qué hablar con él. ¿Del queso gorgonzola? Aquello habría sido como una traición. Era como si dos personas que se citan en secreto por las tardes en la habitación de un hotel, de manos a boca se toparan a las siete de la mañana bajo la luz deslumbrante de las lámparas de neón del metro y se llevaran un susto de muerte.

Antes de tumbarme, ahuecaba el cojín rojo burdeos en el que se podía ver el hoyo hecho por la cabeza de quien me había precedido. Mientras tanto, Strassberg se dejaba caer en su sillón, detrás de mí. Por lo común, los primeros minutos transcurrían con poca fluidez. Yo me frotaba los ojos, me estiraba los bajos del jersey sobre el vientre. Sentía que Strassberg me estaba observando, si bien ignoro por qué



estaba yo tan seguro de esta circunstancia. Quizá él estudiaba el tamaño de sus uñas, quizá dirigía una última mirada al móvil. No sé qué hacía mientras se lo contaba todo acerca de mi vida, dirigiendo la mirada al techo y de allí a los libros y percibiendo el olor a tabaco de pipa en el aire. Cerraba los ojos para concentrarme. Fuera circulaban los tranvías. El número 7 y el número 15, con el que de joven solía ir a casa, a nuestra pequeña casa de las afueras. Viajaba con el 15 hasta la última parada, continuaba en autobús por los campos amarillos de colza en verano, blancos de nieve en invierno. Después caminaba un par de minutos hasta detenerme delante de la puerta de nuestra casa, pintada de verde por deseo de mi madre antes de instalarnos. Ella dispuso además que le colocaran un grueso picaporte de latón. Nadie en nuestra calle poseía uno similar, sólo nosotros. Nuestra puerta le habría ido bien a una finca de Europa del Este, puede que también a una de la lluviosa Inglaterra, en alguna colina de Devon, antes que a nuestra casita de los años setenta en un arrabal de Zúrich. Era la puerta inapropiada en una casa inapropiada. Todo lo cual se lo iba contando yo a Strassberg sin pararme a reflexionar, las palabras manaban de mi boca produciéndome una sensación de ligereza; era una de esas aves que corren deslizándose sobre el agua y sólo de vez en cuando rozan la superficie... El olor a pipa se disipaba. Los libros, las grietas del techo desaparecían de mi vista. Tampoco había tranvías. En casi la totalidad de las sesiones se producía ese trance en el que yo me olvidaba de todo a mi alrededor. Hasta que algo tiraba de mí, un ruido, un pensamiento, y de nuevo se dibujaban en la pared los contornos de la estantería con libros y el ruido de la calle penetraba en la habitación. Acababa de deslizarme sobre el agua; ahora me llegaba al cuello.

Strassberg callaba.

—Todo esto carece de importancia —dije, y traté de recobrar la sensación de arrobamiento como se procura por las mañanas darse la vuelta en la cama y seguir durmiendo, o como se intenta al atardecer, con ayuda de un cuarto vaso de vino, alargar el efecto de los tres anteriores. Pero ¿alguien lo ha conseguido alguna vez?

—¿Conoce usted la película *Regreso al futuro*, de los años ochenta? —le pregunté —. La de un chico que vuela con un coche al pasado.

—Sí, la conozco.

—En su viaje de vuelta atrás en el tiempo lleva una foto del presente. En ella se ve a sus padres, a él y a sus hermanos. Sin embargo, los niños se borran rápidamente de la imagen. En teoría no es posible que existan por cuanto sus padres aún no se han conocido.

—Me acuerdo.

—Así me he sentido siempre, como los niños de la foto: como si sólo existiese a medias, como si me estuviera volviendo invisible. ¿Tiene esto algún sentido?

—¿Por qué no?

—Como si estuviera desapareciendo y no dejara huellas cuando camino por la nieve.

Silencio.

—Pero cuando viajé a Rechnitz y empecé a formularle preguntas a mi padre, se me fue de golpe la sensación de estar desapareciendo. Quizá por eso he acudido a usted.

—No lo entiendo.

—Para existir.

Strassberg no dijo una palabra. Esperé, pero nada sucedió.

—Sueno peor que una revista femenina, ¿verdad?

Entonces él respiró profundamente y retuvo el aire. Lo hacía de costumbre al final de la hora.

—Por desgracia, el tiempo se ha terminado —dijo, un tanto tenso, y expulsó el aire como si le resultara desagradable cortar la conversación, lo que entendí perfectamente. A modo de despedida nos dimos la mano con tanta rapidez como fue posible.

## DIARIOS II

Maritta

*Avanzada la tarde, estoy en mi habitación, acostada en la cama, leyendo. ¿Qué libro? Dios mío, ya no me acuerdo. ¿Quizá Guerra y paz? Sí, debía de ser ése. Tolstói. Un grito me arranca de la lectura, pongo el libro a un lado, me levanto y miro por la ventana. Mi hijo duerme a mi costado, en la cuna. Mi segundo hijo duerme en mi vientre.*

*La grava del patio ha sido removida. Veo huellas de neumáticos. No hay hojas en el suelo. ¿Por qué habría de haberlas si estamos a principios del verano? Nuestra casa está ocupada hasta el último aposento. Soldados, refugiados, heridos. Los perros están fuera de sí. Mi madre lleva semanas ingresada en un sanatorio. Desde la ventana de mi habitación distingo a mi padre. Está en la entrada. Delante de él, el señor Mandl agita los brazos. Viste una gabardina de color claro, demasiado holgada. Bajo las escaleras y salgo al patio. La grava cruje bajo mis pies. El señor Mandl me mira a los ojos. Mi padre no se vuelve.*

*—Están de camino al campo de concentración. Van a morir —dice el señor Mandl.*

*Se trata de Agnes y Sándor, los hijos de Mandl. Se encuentran ya en uno de los trenes. La señora Mandl se agarra con fuerza al rastrillo y le grita a mi padre como yo nunca le grité.*

*—¡Ayúdenos! ¡Ayúdenos, haga algo!*

*Pero mi padre no hace nada. Luego oigo dos disparos.*

*¿Y qué hago yo? Corro a confesarme en la iglesia del pueblo. Y cuando voy a sentarme en la silla, me desmayo.*

*—La excitación —dice nuestro cura.*

*Y yo hago un gesto de asentimiento, aunque sé que no es verdad. Siento frío. De esto me acuerdo bien. Toda mi vida he sido friolera, también en verano, pero la gelidez de aquel confesionario nunca la olvidaré. Y cuando volví en mí, me vino este pensamiento: Podría haber salvado al menos a los Mandl. Al menos a ellos.*

## 6

Un día de niebla y frío húmedo, en noviembre de 1956, mi abuela, su marido Feri, que había regresado un año antes del gulag, y mi padre, que por entonces tenía catorce años, huyeron de Hungría. Los tanques soviéticos llevaban una semana traqueteando por Budapest. Los soviéticos tenían enfrente a diez mil combatientes patriotas, sobre todo estudiantes. Muchos húngaros abandonaron por entonces el país. De noche se escabullían por los campos para esquivar a los soldados, cruzaban a nado los ríos y saltaban las alambradas. Mis abuelos y mi padre viajaron en taxi hasta la frontera húngaro-austriaca y pasaron tranquilamente las barreras, como si estuvieran dando un paseo dominical. Debido a que mi abuelo tenía pasaporte austriaco, el cruce de la frontera no les supuso ningún problema. Llevaba dos maletas y a mi padre de la mano.

—Estoy en Budapest y veo caballos muertos en la calle.

Desde que yo era niño, mi padre empezaba con esta frase la historia de su huida. De Austria continuaron viaje a Suiza. A casa de tía Margit e Ivan, que los acogieron en su Villa Mita, en Lugano, al pie del monte Brè.

—Me acuerdo del chófer que nos esperaba en la estación. Después me llevaron a una habitación, pues tenía fiebre. Al día siguiente me despierto, el sol da de lleno en la cama, hay palmeras en el jardín. Mi tío Ivan entra y me pregunta si tengo ganas de dar una vuelta en su Ferrari, y yo pienso: ¿estoy en el cielo?

Existen pocos documentos sobre aquel tiempo en Lugano, apenas un par de cartas de mi abuela a una prima de Viena, en las cuales se queja entre líneas porque no aguanta más en casa de Margit e Ivan. «También el paraíso tiene sus inconvenientes», escribe sin mostrarse más explícita. De pequeña le inculcaron que no debía lamentarse.

Villa Mita se levanta a orillas del lago Lugano. Desde la sala de estar se avista, enfrente, la orilla italiana, y en los días hermosos se distinguen las torres de las iglesias de algunas aldeas, pero no en las tardes de mediados de febrero de 1957. Al menos así me las imagino yo: las nubes están suspendidas a baja altura, el viento riza el agua, alfombras de color claro cubren el suelo de la sala, los sofás son de cuero blando, en las paredes cuelgan astas de ciervo y algún adorno exótico. ¿De marfil tal vez? ¿La piel de un antílope? A fin de cuentas, los dos, Margit e Ivan, habían estado a menudo de safari en África desde que en 1945 se mudaron de Rechnitz a Lugano.

¿Cómo discurrirían aquellas tardes?

«Es tiempo de tomar un jerez», diría a lo mejor Ivan. Está de buen humor. Él siempre creyó que debía alegrar a los demás. Ivan es alto, lleva pantalón beis y camisa del mismo color, una sortija azul de sello en un dedo y un encendedor Dupont de oro en el bolsillo.

«Preferiría una cerveza», diría tal vez mi abuelo Feri, hermano menor de Ivan.

En mi imaginación, está sentado cerca de la chimenea y mira sus zapatos.

Observa entre los calcetines y el pantalón una franja de pantorrilla pálida, sin vello. Seguro que se sentía bien junto al fuego, gozando del calor. En los campos de Siberia, donde había pasado los últimos diez años, perdió por congelación el dedo meñique de un pie.

Mi abuela está sentada junto a la ventana, fuma y lee el periódico. No puede soportar el buen humor de Ivan y pone los ojos en blanco. Las primeras semanas tras su llegada a Lugano intentó disimular su malestar, pero ya no lo consigue. ¿No veis que hay personas que están muriendo? Puede que pensara algo así en silencio. Vuelve a mirar la primera plana del *Neuen Zürcher Zeitung*. Ese día empiezan los procesos judiciales contra los implicados en el levantamiento popular de Hungría. Once personas se sientan en el banquillo de los acusados. «La principal acusada es la estudiante de medicina Ilona Tóth, de 25 años»<sup>[1]</sup>, lee, aplasta su cigarrillo, se limpia la nariz con un pañuelo de papel que guarda dentro de la manga del jersey, arranca una esquina, hace con ella una bolita y se la introduce en la boca. ¿Qué tiempos son estos en los que a una persona la llevan a juicio por defender la libertad?, piensa mientras niega con la cabeza. «La mentira ha efectuado su entrada triunfal», escribe en la carta dirigida a su prima. 200 000 refugiados, 2500 muertos, éstos son los números que a ella le pesan. La fracasada lucha de liberación de los húngaros continúa en la primera plana semanas después de la entrada del ejército soviético en Budapest. «¿No os importa?», gritaría si no fuera porque las palabras se le quedan atoradas en la garganta. Se enciende un nuevo cigarrillo. Es que a algo tiene que agarrarse.

—¿Qué te apetece beber, querida? —pregunta Ivan, que busca su mirada y acaba de contar lo maravilloso que será, cuando llegue mayo, poder saltar directamente de la sala al lago—. Magnífico, os lo digo yo, magnífico.

—Un vaso de vino estaría bien.

Ella le sonrío. Preferiría morir a quedarse aquí hasta mayo.

En realidad, debería sentirse feliz. Su marido ha vuelto del cautiverio. Por primera vez desde su boda hace quince años están los dos juntos en libertad. A su hijo le va bien; por fin tiene la oportunidad de conocer a su padre. ¿Qué ocurre entonces?, se habrá preguntado a buen seguro. Mira hacia el exterior, a las ramas desnudas de los árboles, a la hierba fría del jardín, a las olas que rompen en la orilla. Es, como tantas veces, la carga de los años, que le vuelve a pesar sobre los hombros. «Un enfriamiento interior», lo llama ella. También ha escrito al respecto. No obstante, como todos sus textos, poemas, relatos cortos, también éste lo tira al fuego.

Ivan le trae el vino y coloca el vaso sobre un platillo de caoba con un dibujo de caballos. Se lo regaló a Margit por Navidad. Habla de vinos nobles, pero mi abuela seguro que no lo escucha. Lo que es por ella, preferiría volver a la cama con sus libros, estar bajo la manta con Thomas Mann, su gran amor.

A las seis y media, Margit baja las escaleras. En mi fantasía, se contempla

brevemente en el espejo antes de hacer entrada en el salón con la certeza de que en ese momento todos pararán de hablar. Y así ocurre también aquella tarde. Feri aplaude.

—Ahí llega.

Habla alemán con acento austriaco.

—Tienes un aspecto divino —dice Ivan.

—Anda, déjate de cumplidos. —Le hace un gesto displicente con la mano, aun cuando considera que él está en lo cierto. Lleva un vestido de Chanel del más suave *tweed*, perfecto para el tiempo que hace, que resalta sus piernas y disimula su trasero tal como a ella le gusta. Probablemente sus huéspedes nunca han oído hablar de Coco Chanel. Ni tan siquiera de París. Definitivamente, le gustaría mucho más participar en una animada velada en el Ritz que estar aquí rodeada de estos refugiados húngaros.

—¿Qué, cómo te sientes hoy, querida mía? —le dice a mi abuela en un tono compasivo, yo así me lo imagino. Ligeramente burlón, como hablan las enfermeras con los pacientes.

O no; un momento, así no fue. Margit baja las escaleras, piensa en París y en el Ritz, se acerca a la ventana y se esfuerza por adoptar un tono neutro.

—¿Qué, cómo te sientes hoy, querida mía?

Es mi abuela la que habrá percibido un matiz de menosprecio en la frase. Sí, así debió de ser.

—Le he dicho a Jóska que cenaremos a las siete —dice Margit—. ¿Qué vais a beber? Ivan, sé bueno y tráeme un jerez.

Ivan se dirige al comedor. Se oye crepitar el fuego. Ivan descorcha una botella. Vuelve y también llena de nuevo su vaso. Todos brindan.

—Qué tiempo de perros —dice Margit con su voz nasal, y apenas saca un poco la lengua.

—Acabo de contarles lo bien que se está aquí en mayo —dice Ivan.

—¿Qué temperatura hace fuera? —pregunta Feri—. Menos de tres grados seguro que no. Eso se olería. Hoy no habrá nieve<sup>[2]</sup>.

El reloj de la pared da siete campanadas. Se ponen de pie, van a la habitación contigua y se sientan a la mesa ya puesta.

IVAN: El hermano mayor de mi abuelo. En febrero de 1957 tiene cuarenta y seis años. Lleva el cabello peinado con elegancia hacia atrás. A Ivan le gustan los coches rápidos y los trajes caros, en especial los de color azul oscuro, y es incapaz de resistir el encanto de las mujeres jóvenes. Es conocido por sus dotes de animador. Como muchos húngaros, propende a las exageraciones y se afana por soltar agudezas. No ha trabajado en toda su vida, habla con fluidez cuatro idiomas y viaja con frecuencia, por lo general a Viena, donde todo el mundo le da tratamiento de señor conde, como mandan los cánones. Ha participado en numerosas expediciones de caza mayor por África. En Uruguay adquirió con el dinero de su mujer una hacienda de 2800 hectáreas y, de paso, la nacionalidad uruguaya. Ivan es socio del Club de Golf de Lugano y del distinguido Club Corviglia de Esquí de St. Moritz.

TÍA MARGIT: Una de las mujeres más ricas de Europa. Asimismo de cuarenta y seis años de edad. Hija de Heinrich Thyssen y de la baronesa Margareta Bornemisza de Kászon. Nieta del barón alemán del acero August Thyssen. Loca por los caballos y nunca tan feliz como cuando va de caza.

MARITTA: Mi abuela. Treinta y cuatro años de edad. Fumadora empedernida. Sobrevivió en las catacumbas de la ciudad a la batalla de Budapest, que costó la vida a 160 000 personas. Madre de un hijo de catorce años (mi padre). Después de la guerra, su familia perdió todas sus propiedades, su posición social y su país. Antes de huir a la zona occidental, vivió retirada en provincias, recogida en casa de unos labradores.

FERI: Mi abuelo. En 1957 tiene cuarenta y dos años de edad. Fue llamado a filas en 1942, destinado a Polonia, después a Járkov, en Ucrania. Combatió en el ejército húngaro junto a los alemanes en la batalla del Don, en la que murieron 60 000 seres humanos, la mayoría por congelación en las trincheras. Poco después de acabada la guerra, los rusos lo capturaron a menos de cincuenta kilómetros de su casa, lo hicieron prisionero y lo confinaron en Siberia occidental. En los últimos tiempos estuvo en la pequeña ciudad de Asbest, donde tenía que extraer mineral con alto contenido de asbesto y perdió el pelo. Recibió la libertad al cabo de diez años. Es un católico devoto.

TIEMPO: Mediados de febrero de 1957. El presidente norteamericano Dwight D. Eisenhower anunció, a raíz de la crisis del canal de Suez, que Estados Unidos protegería con todos sus medios a los países prooccidentales de las infiltraciones comunistas. En Argelia hace estragos la guerra de liberación; en Budapest han empezado los juicios espectáculo contra los implicados en el levantamiento popular. Pocas semanas después se estrena en Múnich *La escuela de los dictadores*, de Erich Kästner. Elvis actúa en *El rock de la cárcel* y en Liverpool se inaugura el Cavern Club, donde tiempo después ganarán fama los Beatles. El regente húngaro Miklós Horthy, que gobernó el país durante la guerra, manteniendo su pacto con los alemanes hasta mediados de 1944, ha muerto apenas una semana antes.

LUGAR: Villa Mita, 6906 Castagnola, Lugano.

Así pues, estas cuatro personas, todas aún relativamente jóvenes, todas con su particular pasado, acuden juntas a la mesa. Fuera se extiende el lago oscuro. Jóska entra con una sopa humeante, de carne. A Feri le resulta difícil contener la alegría. Ivan coloca su silla en la posición adecuada. Margit se hace servir antes que a los demás. Caldo marrón oscuro, aros de puerro de color verde pálido, trozos sueltos de carne con filamentos rojizos. «Vaya, qué buena sopa», dice Feri finalmente. «Hecha en casa es como mejor sabe», contesta Ivan, incapaz de soportar el silencio.

IVAN ¿Os he contado ya que nos vamos a naturalizar suizos?

FERI No lo sabía. ¿Pronto?

IVAN No tenemos prisa, pero creo que el año que viene solicitaremos la nacionalidad.

FERI ¿Tan sencillo es?

IVAN Es pan comido. Tampoco somos unos don nadie<sup>[3]</sup>.

TÍA MARGIT Imaginaos: para convertirse en suizo hay que responder a preguntas de historia y geografía. ¿Quién era Guillermo Tell? Y, por el amor de Dios, ¿por qué tenían que hablarse tres idiomas en este diminuto país?

MARITTA Cuatro. Te olvidas del...

TÍA MARGIT Tres o cuatro, ¿qué más da? En cualquier caso, es absurdo que yo tenga que leer libros de Historia. Como si tuviera tiempo para algo así<sup>[4]</sup>.

MARITTA Hay cosas peores.

TÍA MARGIT ¿Te parece? El país debería estar contento de recibirnos, teniendo en cuenta los impuestos que pagamos. Aportamos, además, un toque internacional al Tesino. Convertimos a Lugano en un lugar de encuentro: actores, artistas importantes<sup>[5]</sup>. Quizá podría ayudarnos el del hotel de St. Moritz. Ese..., ¿cómo se llama? Vamos, Ivan, échame una mano. Es para desesperarse.

IVAN ¿Badrutt?

TÍA MARGIT No, ése hace mucho tiempo que se murió. ¿O no? Ay, criaturas, de todo tiene una que ocuparse.

FERI ¿Quién se murió?

Jóska, el mayordomo que Margit e Ivan trajeron de Rechnitz, un hombre callado, introvertido, debía de estar al corriente del asesinato de los ciento ochenta judíos, pero nadie le preguntó nunca. Retira la vajilla de la sopa y sirve el plato principal: estofado de ternera con patatas salteadas. Ivan escancia vino tinto. La conversación decae, lo cual trae sin cuidado a las dos señoras. Ivan, por el contrario, busca a toda costa temas nuevos.

IVAN Aún queríamos tratar de un asunto. Habíamos pensado, al ver que os habéis adaptado tan bien aquí, que tú, Feri, podrías..., o sea, naturalmente, sólo si la salud te



lo permite, quiero decir...

TÍA MARGIT Lo que Ivan trata de decir es que necesito un secretario privado, alguien que se ocupe de mis cosas. Las casas, los papeles, los títulos. Se ha vuelto todo muy complicado. No era así antes de la guerra.

FERI ¿Yo tengo que trabajar para vosotros? (*Mira a su mujer.*)

IVAN Podéis buscar un piso agradable en Lugano. Tú sientes frío desde que estuviste en Siberia, y el Tesino pasa por ser el aposento del sol en Europa.

MARITTA Muy amable por vuestra parte que os preocupéis por nosotros. (*Dirige la mirada a su cigarrillo.*)

FERI Así pues, yo...

IVAN Tú serías nuestro contable.

MARGIT Mi contable.

IVAN A eso me refiero.

MARITTA Pero nosotros no deseamos convertirnos en una carga para vosotros. Y qué será de...

TÍA MARGIT ¿Vuestro hijo? Lo mandaremos al internado de Rosenberg en St. Gallen. Ya hemos iniciado los trámites. No hay nada mejor. Tienen hasta pistas de tenis. El muchacho juega al tenis, ¿verdad?

MARITTA Al fútbol.

TÍA MARGIT Actualmente todo el mundo manda sus hijos a St. Gallen. El internado no es que sea barato, pero nosotros nos hacemos cargo. Los niños necesitan una buena formación, especialmente ahora que la economía vuelve a florecer. Seguramente estás de acuerdo conmigo, ¿no es así, querida? (*Mira a Maritta.*)

MARITTA Estoy un tanto sorprendida de que vosotros ya... Pero, naturalmente.

TÍA MARGIT El niño debe ir a la escuela<sup>[6]</sup>. No puede seguir tumbado a la bartola ni sustraerse a los retos de la vida. Parece muy abatido todo el tiempo. ¿Dónde está el vino? (*Agarra la campanilla y la hace sonar.*) ¡Jóska!

MARITTA No se sustrae. (*Tía Margit continúa haciendo sonar la campanilla enérgicamente.*)

TÍA MARGIT ¿Qué has dicho?

JÓSKA ¿Señora condesa?

TÍA MARGIT El vino, Jóska, el vino.

MARITTA Quizá no podáis entenderlo porque...

JÓSKA Por supuesto, señora condesa.

MARITTA... ha visto mucho en la vida para los catorce años que tiene. Apenas conoce a su padre. (*Mira a Feri.*) No ha sido fácil para nosotros. En Hungría no es como en Suiza.

TÍA MARGIT Todos hemos sufrido, hija, no sólo vosotros. También nosotros hemos tenido grandes pérdidas.

IVAN Dejad que se remansen los viejos tiempos. Las mujeres no deberían hablar de política. No os sienta bien. Es preferible que celebremos. Ante nosotros se abre un futuro espléndido. ¿Sabéis qué es lo mejor de Suiza? Su situación geográfica. Portofino, Viena, París... A todo se puede llegar en pocas horas.

De este modo transcurre la velada. Después del vino viene el coñac, acompañado de chocolate. Eduard von der Heydt<sup>[7]</sup>, un amigo de la familia, lo había traído una semana antes de Ascona.

En mi fantasía, Ivan y Feri hablan de su excursión del día siguiente a Italia a través de la frontera natural. Ivan cuenta que allí los bosques están infestados de jabalíes. Feri no entiende por qué el otro quiere caminar con este frío por la zona. Él preferiría pasar el día cerca de la chimenea, pero por cortesía aprueba el plan. Se disculpan y se levantan de la mesa para estudiar el mapa del norte de Italia.

Las dos mujeres se quedan solas. Fuman, toman sorbos de sus vasos respectivos y conversan sobre asuntos triviales. ¿Y si no lo hicieran? ¿Y si rompieran su silencio y se franquearan la una con la otra? Pero ¿por qué habrían de hacerlo?

A Margit no le interesa hablar de Rechnitz. ¿Y a santo de qué habría de sincerarse mi abuela con ella? ¿Tal vez porque están achispadas? No.

¿Tal vez porque no quieren hacer lo mismo que sus maridos, fingir que todo está en regla? Eso ya es más plausible.

¿Qué ocurriría si durante unos pocos minutos cayeran los velos? ¿Si todas las palabras que mi abuela lleva atoradas en la garganta le salieran despedidas de repente: su pena entera, la rabia contra sí misma por no haber ayudado al matrimonio Mandl, los años de plomo bajo el comunismo, las dificultades que arrastra con su esposo y con este nuevo orden internacional, el odio al consumo, a platillos con dibujos de caballos, a personas alegres como Ivan que tienen la desfachatez de tomarse la vida a la ligera?

¿Qué habría ocurrido si en este día de mediados de febrero de 1957, digamos que a las 22 horas y 15 minutos, se hubiera pronunciado la siguiente frase?

MARITTA No lo soporto más. Soy incapaz de seguir arrastrando esta culpa.

TÍA MARGIT ¿Qué culpa? No sé de qué estás hablando. (*Se calla.*)

MARITTA Yo, sí. (*Se calla.*)

Espoleada por la frialdad de tía Margit, que ahoga todo rastro humano, mi abuela habla de aquella tarde en el patio interior y da rienda suelta a su rabia. De este modo, se propone provocar a Margit. Está buscando una reacción. Habla de los Mandl, del grito cuando suplicaron a su padre que los ayudase. *Cómplice*, esta palabra la habrá pronunciado una vez, dos. Así habría sucedido seguramente. ¿Por qué no?

MARITTA Todos nosotros somos cómplices. Sí, eso es lo que somos. Cómplices.

Pero afirmar que debíamos obedecer es demasiado fácil. ¿Hasta dónde llega nuestra participación en las atrocidades cometidas?

El reloj de pared suena dos veces. Son las diez y media.

TÍA MARGIT ¿Sabes lo que no puedo soportar de vosotros los aristócratas? Que todo lo remitís a vosotros mismos. ¿Creéis que sois mejores? Primero lo miráis todo de arriba abajo, y cuando los tiempos se ponen difíciles, dobláis las rodillas como corderitos recién nacidos. ¡Jóska! (*Silencio.*)

JÓSKA ¿Señora condesa?

TÍA MARGIT Una botella de champán.

JÓSKA Enseguida.

TÍA MARGIT No tienes idea de cómo lo pasamos en Rechnitz por entonces, poco antes de terminar la guerra. Y mientras todos se cagaban en los pantalones, mi marido el primero, alguien tenía que guardar la calma y hacer el trabajo. ¿Sabes por qué prefiero los caballos a los seres humanos? Porque a ellos les gusta que los adiestren. Falta de actitud, querida, de eso está enfermo el mundo.

Jóska descorcha una botella y llena dos vasos estrechos. Ivan y Feri vuelven, discutiendo sobre si deberían o no viajar por Arogno. «¿Con qué coche?», se le oye murmurar a Ivan. «*Mi van, ha eszik a hó?*», susurra mi abuelo en lengua húngara. «¿Y qué hacemos si nieva?»

—¿De qué habéis hablado, mis palomitas? —pregunta Ivan, y mira a la mesa. Ve manchas de vino tinto en el mantel, ceniza junto al cenicero y dos vasos de champán—. ¿No me digáis que otra vez de política?

—Sobre la vida —responde tía Margit—. Y sobre la colocación de Feri como secretario privado. Maritta piensa que quizá sería mejor afincarse en Alemania en lugar de quedarse con nosotros. ¿No es así, Maritta?

Mi abuela asiente y fuma y mira absorta.

—Ya veré si puedo hacer algo —dice tía Margit—. Sin duda será posible encontrar un puesto de trabajo en una acería Thyssen, en algún sitio de la Cuenca del Ruhr<sup>[8]</sup>.

—¿Cómo le va al perro? —le pregunté a mi padre por teléfono.

—Está loco —respondió—. Es indomable. En el coche, pasa de un salto a la parte delantera y se sienta sobre mis rodillas. Lo llevaré a la perrera.

—El pobre. No te vendría nada mal un poco de movimiento.

—Mejor cuéntame algo de ti. ¿Cómo van tus pesquisas sobre tía Margit?

—Al parecer ha corrido la voz de lo que estoy haciendo. Recibo llamadas telefónicas de los parientes. ¿Cómo es que tienen mi número? ¿Se lo has dado tú?

—¿Estás de broma?

—«¿Para qué despertar los viejos fantasmas?», me preguntan. Dicen que habrá más perjuicios que beneficios si continúo con las averiguaciones sobre tía Margit. Me amenazan.

—¿Y tú qué les respondes?

—Yo respondo que superar el pasado sólo es posible si no se deja de relatar lo que ocurrió. La frase, claro está, no es mía, sino de Hannah Arendt.

—Ah, ésa.

—¿Tú también crees que mis esfuerzos detectivescos no conducen a nada?

—No. Pero dudo de que nuestros parientes sepan algo.

—De eso se trata precisamente. Nadie sabe nada porque nadie hizo preguntas. ¿No es extraño? Todos teníais noticia de la matanza y sabíais que tía Margit estuvo allí. Pero fuisteis demasiado corteses para formularle preguntas. No queríais perder su beneplácito.

—Espera.

Oí el chasquido de un encendedor, sonó un ruido como de cascarilla, seguro que se le había caído el auricular, y de nuevo su voz:

—¿Sigues ahí?

—Pues claro que sigo aquí. Es por el dinero, ¿verdad?

—¿Qué?

—El dinero os volvió mudos. Tía Margit soltó la mosca y por ese motivo tenía el poder. Ella decidió sobre qué se habla... y sobre qué no se habla. Tía Margit os tenía a todos en un puño.

Viajé por última vez a Burgenland a finales de otoño. Había niebla. Las casas, los campos, el cielo, todo estaba gris. Hacía tiempo que la uva había sido vendimiada. Faltaba poco para Todos los Santos. La familia se reunió en torno al panteón familiar, situado bajo la iglesia conventual de Güssing, con el fin de recordar a los antepasados fallecidos. Un recinto oscuro en el que se acumulaban los ataúdes de docenas de ascendientes, algunos cubiertos de polvo, otros más limpios.

—¿Te gustaría yacer aquí? —me preguntó a la luz de una vela uno que se había

presentado como primo mío.

Tras subir las escaleras, nos sentamos a una larga mesa de madera. Tías, tíos, primos, gente a la que apenas conocía.

La mayoría se acordaban bien de Margit e Ivan, de sus viajes, sus casas, los caballos de Margit y la vanidad de Ivan. Y cuanto más tiempo permanecía sentado con ellos a la mesa, más a gusto me sentía. Su manera de hablar, sus bromas, los muebles antiguos, los objetos de porcelana, esos azucareros de plata; todo me resultaba familiar.

—Es una sandez lo que dicen los periódicos —aseguraron los mayores. También la obra de teatro de Elfriede Jelinek, *El ángel exterminador*, que trata de Rechnitz y de tía Margit, ofrece una imagen falseada. Porque Margit no tiene ninguna relación con la matanza.

—Era, desde luego, antipática y muy aficionada a los hombres; al parecer, una obsesa sexual... Pero ¿una asesina? Desde luego que no.

Hice, como los demás, un gesto de aprobación. Y cuando alguien de la mesa, un hombre mayor que me había saludado amistosamente aunque no nos conocíamos y que tenía un agradable aspecto con su pelo blanco, habló de los judíos y sobre la propaganda judía, dejaron todos de escuchar e hicieron como si no entendieran. También yo permanecí callado. No le llevé la contraria tampoco cuando dijo:

—Quizá no hubo ninguna matanza.

Bebimos té y comimos bocadillos de jamón.

En torno a la mesa, todos hablaban a voces, en desorden: sobre la tumba, sobre lo que había costado encontrarla. Los más jóvenes hacían preguntas. Los mayores las esquivaban.

—¿Qué nos aporta todo esto?

—¿Para qué?

—¿Qué tenemos que ver nosotros con ese asunto?

Silencio.

—¿Quién quiere más té?

Silencio.

—Ya se ha escrito lo suficiente acerca de los crímenes cometidos contra los judíos —se defendió un señor mayor—. Los crímenes de los comunistas fueron igual de horribles.

Y nuevamente todos hicieron oídos sordos. Ninguno quiso entrar en la conversación.

—La Jelinek también es judía. Por eso escribe semejantes porquerías.

Alguien soltó una broma para desviar la atención y todos se rieron, yo también, como suele uno reírse y asentir cuando está en familia. Al cabo de dos horas nos despedimos.

Volvieron a abrazarme amablemente. Esas personas, esos muebles, esas tazas. Todo tan conocido.

—Cuida el nombre de la familia —me dijo un tío mío que había estado toda la velada en silencio—. No debes arrastrarlo por el fango.

Casi con ternura agarró mi barbilla y posó una mano en mi mejilla, como hace siempre mi padre. Después, en el coche, me sentí fatal.

¿Dejaba a muchos de ellos indiferentes el crimen porque los muertos eran judíos?

Llamé por teléfono a mi padre.

—¿Tú también lo crees?

—No, no lo creo.

—¿A qué viene entonces la alusión a los judíos y a la Jelinek?

—Tu tío ha comparado los crímenes de los nazis con los de los comunistas. Eso es, desde luego, legítimo.

—¿Y los chistes sobre judíos?

—¿Vas a escribir sobre tu visita a la familia? —me preguntó mi padre—. Harás que a más de uno se le suba la sangre a la cabeza.

—Todavía no lo sé.

Un par de semanas más tarde estaba ante la tumba de tía Margit en Lugano intentando recordar su cara, pero no lo conseguía. El viento arrancaba las últimas hojas de los árboles. Y todo lo que yo veía era su lengua.

Es una tumba sencilla. Cementerio Castagnola, al pie del monte Brè. Una simple losa de granito, a pesar de que Margit era una de las mujeres más ricas de Europa y la modestia no figuraba entre sus virtudes. 21-junio-1911 / 15-septiembre-1989 / Margit Batthyány-Thyssen. Alguien le había traído crisantemos amarillos. Había tierra fresca en el tiesto.

Tras las conversaciones mantenidas con mis parientes, con algunos testigos y con mi padre, después de todas las actas y los viajes, abrigaba la certeza de que tía Margit no había disparado aquella noche de luna del 24 de marzo de 1945, un mes antes del suicidio de Hitler. Ella no asesinó a ningún judío como afirman los periódicos. No hay pruebas al respecto. Tampoco testigos.

Tía Margit no estuvo aquella medianoche a la intemperie, delante de la fosa en cuyo interior, formando una hilera, se arrodillaban las mujeres y los hombres desnudos. Ella se reía y bailaba mientras los cuerpos demacrados caían a la tierra. Rió y bailó con los asesinos cuando éstos, a las tres de la madrugada, volvieron al palacio.

Y mientras los ciento ochenta cadáveres se descomponían dentro de una fosa perdida en algún lugar de Rechnitz, tía Margit navegaba cada año en un crucero por el azul estival del Egeo, bebía Kir Royal en Montecarlo y, al llegar el otoño, cazaba renos en los bosques de Burgenland.

Tía Margit disfrutó el resto de su larga vida aun cuando conocía los pormenores de la matanza. Semilla podrida.

Determiné volar a mediados de noviembre con mi padre a Moscú, a fin de ampliar mis averiguaciones sobre el gulag y el terror en la época de Stalin, y para encontrar el campo de prisioneros en el que mi abuelo había pasado diez años de su vida.

—¿No hace demasiado frío? —preguntó mi padre por teléfono, a pesar de que había hablado a menudo al respecto—. No tengo zapatos de abrigo —lo oí suspirar.

—Yo tampoco —le respondí.

En mi imaginación nos veía caminar por el campo y reír. Yo le lanzaba una bola de nieve y nos contábamos, como buenos amigos, historias que el uno desconocía del otro.

Pero si me paro a pensar con mayor detenimiento, nos veía sentados a una mesa en el salón del desayuno de un hotel de mala muerte, en algún lugar campestre, incapaces de conversar el uno con el otro mientras rompíamos en silencio la cáscara de nuestros respectivos huevos duros.

—Entre mi padre y yo ha habido siempre una cercanía física —le conté a Strassberg días después de la llamada telefónica—. Nos abrazamos y besamos al saludarnos. Ya de niño me gustaba sentir sus manos calientes en las mejillas, sus dedos con olor a nicotina en los míos. Rozarnos el uno al otro nos resulta más fácil que conversar. ¿A qué se debe esto? —le pregunté—. Cuidar de él en su vejez, darle de comer su sopa, lavarlo y vestirlo, no me causaría ningún problema —añadí, y ante mí veía imágenes en las que lo sacaba de la ducha como a un niño pequeño—. Ahora bien, no soporto sentarme a solas con él en un avión o seis horas dentro de un coche. Y creo que a él le pasa lo mismo. Pero ¿por qué?

—Haga el viaje y averígüelo —dijo Strassberg. A veces podía mostrarse tan desapasionado que me enojaba, pues me ponía en evidencia.

—Es como un dolor físico, ¿sabe? No hay más que tomar asiento y sentir que podríamos estar cerca el uno del otro, pero nos resulta simplemente imposible.

—¿Qué espera usted de esos días en Rusia?

—Que esto por fin se resuelva. El lastre tiene que desaparecer. Quiero llevarlo por las calles sin pensar todo el tiempo en qué hago ahora o qué digo. Si pienso en mi padre y en mí, veo esos imanes redondos que suelen estar pegados a la nevera. ¿Conoce la sensación que se tiene cuando uno intenta juntarlos?

—Por supuesto.

—Uno de los dos se desvía siempre a un lado. En medio queda un hueco de unos pocos milímetros; en realidad, si se piensa, sólo aire. No parece que exista problema alguno. Sin embargo, no hay modo de juntar las dos partes. Lo mismo ocurre con mi padre y conmigo. Me gustaría que ese espacio intermedio desapareciera.

—Lamento decirle que se ha terminado el tiempo —dijo. Y de nuevo sentí vergüenza de haberme sincerado para acabar cayendo abruptamente de una nube a la

vida real. Oí que, a mi espalda, él se levantaba del sillón. Siempre sonaba como si primero lanzara la parte superior del cuerpo hacia delante y aprovecharse el impulso para ponerse de pie. Rápidamente nos dimos la mano. Yo habría preferido un abrazo.



## DIARIOS III

Agnes

*Nos hacinaron como a reses dentro de los vagones. No nos habíamos lavado, vestíamos la misma ropa que llevábamos en Budapest. Las puertas fueron bloqueadas. No había ventanas. Nos pusimos en movimiento: niños, ancianos, mujeres, todos apretujados. Algunos lloraban, otros pegaban gritos, dos personas murieron. Sentimos alivio cuando, después de varios días, el tren se detuvo. Por fin habíamos llegado. A Auschwitz.*

*Tras poner pie en tierra, nos rodearon enfermeras y médicos. Uno de ellos debía de ser el doctor Mengele. «Quien esté sin fuerzas, que venga por favor a este lado. Los demás, para allá», dijo uno en voz alta. Los médicos se acercaron a nosotros y nos escudriñaron de arriba abajo. Los niños pequeños fueron separados de sus madres.*

*Mi esposo, al que por entonces no conocía, llegó a la misma rampa, según me contaría él transcurrido el tiempo. Había conocido a su primera mujer en el gueto de Łódź. Tenían un hijo de ocho meses. En la rampa, cuando trataron de arrebatarse el bebé, ella opuso resistencia, así que los mandaron a los dos sin demora a la cámara de gas. A nosotros, los más fuertes, nos ordenaron caminar. De ahí a poco nos encontramos delante de casas nuevas, barracones nuevos, puestos nuevos de vigilancia. Por todas partes, alambradas: Birkenau. Nos metieron en un recinto donde tuvimos que desnudarnos y nos tatuaron. Desde ese momento yo ya no tenía nombre, era tan sólo un número. Gracias a la niñera alemana que residió en nuestra casa por la época en que yo vivía con mis padres, entendí lo que había que hacer. Otros que no hablaban alemán lo tenían más difícil: todo aquel que no pudiera pronunciar en voz alta su número era castigado o desaparecía una mañana de tantas. ¿Fue precisamente nuestra niñera alemana la que me salvó la vida? Después del tatuaje, fuimos a ducharnos. A continuación, unos soldados alemanes nos raparon la cabeza. Nunca antes en mi vida me habían tratado con tanto desprecio. De nuevo al aire libre, limpios, tatuados y pelados, éramos personas diferentes. Hubo madres que no reconocieron a sus hijas.*

Maritta

*Era domingo. En lugar de ir a la iglesia, una vez al año nos reuníamos con el cura en el campo. Él caminaba delante, nosotros detrás. Bendecía la tierra para que nos proporcionara una buena cosecha. Acudían casi todas las mujeres del pueblo, los mayores, los niños, también mi padre. Mi madre, no. ¿Dónde se quedaba todo aquel*

tiempo? Subíamos a la cima de una colina y contemplábamos el paisaje. Yo veía la ciénaga, los bosques que conocía muy bien por la caza, y de buenas a primeras una mujer del pueblo señaló un tren con más vagones que de costumbre. Se podía ver perfectamente desde nuestra posición. Recuerdo los destellos del sol en la cubierta del tren. También el cura miró hacia allí, y cuando alguien dijo: «Dentro van judíos», ya no pudimos apartar la mirada. Todos miraban a los cabrilleos de la luz en los vagones. El cura siguió caminando, y nosotros detrás de él hasta que terminó la misa.

Casi nadie sabía por entonces que yo albergaba un segundo hijo en el vientre. A Feri lo habían suspendido de empleo un par de meses antes y nos encontramos en Budapest. No estaba acostumbrado a tratar con su primer hijo. ¿Cómo iba a estarlo si siempre se hallaba ausente? Pronto nacería el segundo.

Llegaba muy poca información a la provincia. Sólo disponíamos de los graznidos de una única radio. Todo parecía tan lejano, tan irreal, aun cuando nosotros mismos tuviéramos soldados alemanes en el patio. Los vehículos militares atravesaban el pueblo. En el tejado del ayuntamiento ondeaba una cruz gamada. Mi padre no tenía nada contra los alemanes; al contrario, le gustaban, lo que no quería decir que fuera un nazi. Él no era antisemita..., ¡por Dios! Le gustaba de los alemanes su amor al orden y su puntualidad.

Antes de la guerra viajó varias veces, con ocasión de una feria agrícola, a Berlín, y regresó lleno de excitación, como si viniera del futuro. Era un hombre apolítico. No se interesaba por las deportaciones. No sabía nada de las atrocidades que se cometían. Lo que de verdad despertaba su interés eran la caza, la naturaleza, el bosque. Hoy, cuando pienso en él, caigo en la cuenta de que en realidad prefería los animales a los seres humanos.

No era en los padres que nos criaron y nos escuchaban en quienes nosotros confiábamos, sino en nuestros empleados domésticos, personas como la doncella Goga, que nos cuidaban y respondían nuestras preguntas. Sin Goga difícilmente habría sobrevivido yo a mi infancia y adolescencia. Era el alma de la casa. Recogió para nosotras nuestras primeras campanillas y violetas, traía té recién comprado cuando nos resfriábamos o las primeras fresas del vivero. Está unida a cada dibujo, cada camino, cada imagen de mi infancia y adolescencia. Goga propendía al ajetreo, preparaba té para todos, echaba una mano, dirigía, organizaba; pero andaba más encorvada que en mis recuerdos de la niñez. Se mostraba irritable y de mal humor. Una vez la vi fumar en el jardín. Goga, que nunca bebía, que ni siquiera comía chocolate porque pensaba que era pecado, daba ahora rápidas caladas a un cigarrillo sin filtro.

Pero aún seguían vigentes las reglas tal como yo las había conocido desde hacía largos años. Por las mañanas desayunábamos con mi padre en la larga mesa, lo mismo que ahora. No hablábamos mucho. Los viernes por la tarde Goga acudía a la iglesia y el grupo del rosario se reunía bajo la dirección del párroco. En mi recuerdo

*de aquel tiempo reinaban el calor abrasador o bien las gélidas ventiscas. Acabado el rezo, todos se dirigían en fila al altar, cogían un papelito y escribían en él un número que se correspondía con un versículo de la Biblia. Esas notas nos las ponía después Goga encima de la almohada. Hasta donde se remonta mi memoria, las tardes de los viernes están vinculadas con ese detalle: despliego un rollito de papel antes de acostarme y abro la Biblia. Yo era creyente, vaya si lo era.*

## Agnes

*Nos despertaban a las cinco de la mañana y nos asignaban un trabajo. En cierta ocasión tuvimos que retirar un enorme montón de piedras. Colocábamos las piedras en carretillas, empujábamos éstas hasta el otro extremo del campo y allí las descargábamos. Al día siguiente nos hicieron devolver las piedras al lugar anterior.*

*Fuera seguía arreciando el frío. Aún me acuerdo de que uno a quien no conocía se me acercó y me regaló unos calcetines usados. Me llevé una sorpresa tan grande y le estuve tan agradecida que no podía decidir si ponerme los calcetines en los pies o en las manos, y me los calzaba a ratos en una u otra parte.*

*Apenas había para comer. Al levantarnos nos daban una taza con un bebistrajito que los alemanes llamaban café. Era desde luego marrón, pero aquello no tenía el menor parecido con el café. Lo acompañaban con un pedazo diminuto de pan. A mediodía había sopa de prado. La llamábamos así por su color verde y por su falta de sabor; pero uno se acostumbra a todo. Los días transcurrían conforme a una rutina invariable. Un día le pregunté a una muchacha que llevaba allí cuatro años si alguien había abandonado alguna vez con vida el campo, a lo cual ella respondió: «De este campo no sale nadie». Yo había estado hasta entonces libre de enfermedades, no había tenido ni diarrea ni piojos, y me prometí que no moriría allí.*

## Maritta

*La guerra llegó a nuestro pueblo en noviembre de 1944. Los rusos estaban cada vez más cerca. Los húngaros y los alemanes trataban de contener el avance del Ejército Rojo. Volví a Budapest, pues decían que era más seguro. Mis padres dejaron el palacio, ya que los rusos aborrecían a los aristócratas, y se refugiaron en un convento de Zirc, una pequeña localidad al oeste del país. Entretanto nació mi segundo hijo, Béla. La ciudad estaba abarrotada de soldados, camiones, heridos, gente en las calles con todas sus pertenencias. Hacía frío. Había poco para comer y todo el mundo quería subir al Cerro del Castillo, yo también. Allí, en comparación con otros lugares de la ciudad, la vida seguía relativamente intacta. Incluso la pastelería Ruszwurm abría sus puertas al público. Había un pequeño mercado. Unos*

y otros hacían trueques o conversaban, y los hombres bebían aguardiente en exceso, como siempre en este país. El aguardiente es el mayor mal de Hungría, pero desde luego no el único.

De anohecida, nos sentábamos en un banco y mirábamos allá abajo, a la ciudad. Veíamos arder alguna que otra casa y sabíamos que pronto nos tocaría a nosotros. Y cuando los soviéticos se apoderaron de Pest, se hizo un silencio de muerte aquí arriba. Como si todos al mismo tiempo contuviéramos la respiración.

### Agnes

El único objeto de mi vida pasada que pude llevar al campo fue una foto de mi familia. El primer día, cuando tuvimos que desnudarnos y nos tatuaron, les pedí a los guardianes que me permitieran conservarla. Me la quitaron. Unas semanas más tarde la encontré sobre mi cama. Es raro, pero también en el campo de concentración había milagros y momentos de felicidad. Ignoro quién me devolvió la foto y por qué. ¿Quizá alguno la encontró por ahí? ¿Quizá alguien se compadeció de mí? Me sentí feliz, aun cuando no sabía qué hacer con ella, y me daba mucho miedo que se rompiera. Encontré una caja vacía de margarina entre los barracones y cosí la foto a ella con un poco de alambre y el ribete de un retal de vestido; de este modo podía preservarla mejor. No obstante, cada vez que la miraba me atravesaba un dolor punzante, hasta el punto de que finalmente se la di a una muchacha para que me la guardara.

Ni me era posible hablar de mi familia ni podía soportar que alguien hablara de ella. Una mañana tuvimos que formar en una hilera. Me di cuenta de que andaban separando las mujeres fuertes y sanas de las débiles. Le pedí a la muchacha que me devolviera la foto. La pobre estaba tan flaca y enfermiza... Nunca volví a verla y en adelante conservé la foto conmigo.

### Maritta

Acordamos permanecer durante tres días en las catacumbas del Cerro del Castillo. Hicimos los preparativos. Mi primo trajo cajas de champán al sótano. «Con los rusos, pocas bromas», dijo. Y todos se rieron. Los tres días se convirtieron en cinco semanas.

Éramos diez en nuestro escondite subterráneo, un recinto de dimensiones reducidas. Una vela ardía en un rincón. Los niños chillaban y olían fatal, pero no había agua suficiente para cambiarles la compresa. Cada día esperábamos la llegada de los rusos. Hablábamos del momento en que llamasen a la puerta y entraran. ¿Qué sería de nosotros? ¿Qué podría ocurrir? Oíamos a lo lejos las

*detonaciones de las bombas y las ráfagas de ametralladora. De vez en cuando alguien nos traía noticias. Por lo visto, Churchill se había reunido con Stalin a orillas del mar Negro, lo que para algunos significaba buenas nuevas; para otros, no. A mí me daba igual. Yo permanecía sentada sobre un colchón; mi hijo mayor dormía, su hermano pequeño chillaba. Hacía días que no manaba leche de mis pechos. Lo intenté con agua azucarada, pero Béla no la bebía. Se atragantaba y tosía.*

Agnes

*Nos condujeron a un cuarto con duchas. Las duchas eran de la siguiente manera: unas veces vertían gas; otras, agua. En esta ocasión tocaba agua.*

Maritta

*Alguien me dijo que debía embadurnar mi pecho con cuajada ya que lo tenía inflamado. Pero ¿de dónde iba yo a sacar la cuajada? Béla estaba cada vez más cansado. Dormía durante horas en mis brazos hasta que llegó un momento en que apenas abría los ojos.*

Agnes

*Cuando salimos de las duchas, nos encontramos en presencia de Mengele y otros médicos. Nos examinaron por delante y por detrás, mirándonos en todos los orificios. Éramos bastidores desplegados, seres humanos sin carne alrededor de los huesos. Nos dieron ropa nueva, restos de a saber qué muertos.*

Maritta

*Nos descubrió un ruso de estatura baja y espalda encorvada. Tenía cara de mongol y una gorra andrajosa de piel en la cabeza. Forzó la puerta del sótano y descendió las escaleras con fuerte ruido de pisadas. Acto seguido, oímos las primeras palabras en ruso. «Empieza la acción», dijo mi primo. Y por una vez parece que estaba en lo cierto. Lo que empezaba eran cuarenta y cinco desastrosos años de comunismo. En aquel preciso instante, sin embargo, no sucedió gran cosa. Yo estaba atemorizada, todos estábamos atemorizados. Béla dormía. Su cabeza estaba completamente blanca. Ya no nos quedaban velas, una lamparilla de aceite ardía débilmente y producía un olor hiriente. El ruso tenía una voz extrañamente aguda.*

*Dijo que buscaba nemez, alemanes. Sonaba como la voz de un muchacho. En realidad andaba buscando mujeres. A mí me dejó ir.*

Agnes

*Nos encerraron por espacio de tres semanas en un barracón. Continuaban dándonos de comer, pero no teníamos ocupación ninguna ni idea de lo que nos podía pasar. Al final de las tres semanas, un atardecer, ordenaron que los siguiéramos. Nos entregaron un trozo de aquel pan que conocíamos de sobra y algo de carne en conserva. Subimos a un tren. Salvo un barril que servía de evacuatorio, los vagones se hallaban vacíos. Había un poco de paja esparcida por el suelo. Y por primera vez enfermé de colitis. Pasé el viaje entero sentada sobre el barril. Dos días. Hasta que el tren se detuvo y nos ordenaron bajar. Éramos 155 personas. Las primeras 155 personas que salieron vivas de Auschwitz.*

Maritta

*No bien se hubo marchado el ruso, abandonamos nuestro escondite. Por todas partes se veían personas que salían de los escombros como ratas en la noche. Yo no tenía la menor idea de adónde dirigirme, hasta que un pariente me aconsejó que fuera con los niños a casa de mi suegra. El barrio donde se encontraba su domicilio estaba completamente destruido. La casa tenía las ventanas reventadas, el tejado hundido por el impacto de las bombas. Un viento helado se colaba por las grietas. Sólo quedaban dos habitaciones y una cama en la que reposaba mi suegra. Estaba paralizada por los acontecimientos y emitía un sonido estertoroso como si roncase. Era lo único que se oía de ella. Para preparar té había que soportar aquellos estertores, pues el fogón, que servía asimismo de estufa, estaba al lado de su cama. La guerra había terminado, pero no sabíamos qué ocurriría de allí en adelante.*

*Hacía largo tiempo que no tenía noticias de mis padres, no digamos ya de mi marido.*

Agnes

*La puerta del tren se abrió. Centinelas de las SS vigilaban junto a la vía. Ya declinaba la tarde y nos ordenaron caminar por un sendero carente de iluminación. Me sentía muy débil, tenía diarrea, apenas podía dar un paso. Pero las otras mujeres del grupo me sostenían y me ayudaban a ponerme de pie cada vez que tropezaba. Al fondo se oían los gritos de los oficiales alemanes: «¡Vamos, vamos!». Nunca olvidaré aquellas palabras. No sé cómo lo logré, pero en algún momento de la noche llegué*

con las otras a una fábrica. Una hilandería. Teníamos prohibido contar a nadie de dónde veníamos ni lo que habíamos vivido en Auschwitz. Nos llevaron a una habitación estrecha con camas sin hacer, donde pudimos tumbarnos a dormir: eran las camas de las mujeres que tenían turno de noche en la hilandería, y cuando a la mañana siguiente fuimos a trabajar, ellas se acostaron allí. En comparación con Auschwitz nos parecía bien.

Los directores de los distintos turnos podían elegir a sus trabajadoras y de nuevo fuimos examinadas y clasificadas y otra vez mantenidas en cuarentena. Fue en dicho tiempo cuando algunas mujeres notaron que estaban embarazadas, al no venirles la menstruación. Intentaron ocultarlo lo mejor que pudieron, ya que las embarazadas solían desaparecer y nadie sabía adónde iban a parar.

Nuestro supervisor nos preguntó quién hablaba alemán. Y por este motivo fui destinada a la sala de secado, donde ayudaba a colgar pacas de paño de setenta y ochenta kilos. En eso consistía ahora mi trabajo día tras día.

Una mañana me desperté con un horrible dolor de muelas. Mi supervisor me envió en compañía de un soldado al consultorio de un dentista del pueblo, en cuya puerta ponía: «No tratamos a judíos». Pese a ello, entramos. El dentista me mandó abrir la boca, agarró unas tenazas y tiró con todas sus fuerzas. Yo, de pie. Minutos después estábamos de nuevo fuera; sin embargo, el dolor persistía. Aunque no tenía espejo, pronto me di cuenta de que me había arrancado la muela equivocada. Por fortuna había un dentista judío que el director de la fábrica hacía venir una vez al mes. Le dije: «Me voy a morir del dolor de muelas». A lo cual me respondió: «La guerra se va a terminar pronto. Resiste». Y de pronto cerraron la fábrica. Ya no teníamos que poner a secar más telas, nos dijeron, sino ayudar a construir búnkeres para la población alemana a fin de que pudiera protegerse cuando los aliados arrojasen sus bombas. Nuestro trabajo era por demás fatigoso. Con pocas herramientas debíamos excavar fosas. Enfrente se hallaba la mina de carbón, donde trabajaban los prisioneros franceses, que nos tendían pequeñas notas de papel en las que nos comunicaban el inminente fin de la guerra. De este modo transcurrieron varias semanas, siempre con el mismo ritmo diario. Hasta que llegó la mañana en que nadie vino a despertarnos. Por primera vez desde hacía meses todo permaneció en silencio.

Maritta

Durante un tiempo estuve contenta de haber encontrado albergue en casa de mi suegra. A pesar de las penalidades de aquellos días, también había momentos placenteros, como cuando salía a robar carbón con una prima y dos carritos de bebé. La ciudad entera era un montón de escombros. Los puentes se habían caído al Danubio. Todos los días llegaban primos y parientes. La vivienda se quedaba cada

vez más pequeña. Por todas partes había niños que jugaban al escondite alrededor de la cama. ¿Qué iban a hacer, si no?

Agnes

Por lo común llamaban a la puerta a las cinco de la mañana, pero aquel día no ocurrió nada. Permanecimos en las camas hasta las tres de la tarde, hasta que alguien nos dijo que debíamos dirigirnos a uno de los barracones. El director de la fábrica y un oficial de las SS se habían encaramado a una mesa. En una mano sostenían llaves. «Hemos recibido una noticia —gritaron—. Alemania ha capitulado. La guerra se acabó.» Arrojaron las llaves en señal de que todo había terminado. Y ahora, ¿qué podíamos hacer nosotros?

Maritta

La mayoría de los niños de la vivienda estaban desnutridos, enfermos y débiles, pero sobrevivieron. Con una excepción: Béla murió el día en que terminó la guerra.



Un viento gélido nos soplabla de frente cuando, a la salida del aeropuerto de Moscú, seguimos a un taxista que nos llevó hasta su coche a través de un extenso aparcamiento.

—Para mí un viaje a Rusia es como para los judíos un viaje a Auschwitz —dijo mi padre de camino hacia el hotel con el que una agencia de viajes de Budapest lo había camelado: una torre gris; delante, una galería comercial cuyas tiendas habían cerrado o ni siquiera abrían.

Nos apeamos del coche. Yo arrastré su maleta con ruedas por los charcos de agua negra que había delante de la entrada y me sumé al racimo de personas que esperaban junto a la recepción, todas agitando sus pasaportes. En el vestíbulo había un pequeño bar al que llevé a mi padre para que pudiera descansar del vuelo, de las primeras impresiones..., ¿de qué, en realidad? Quería ahorrarle la molestia de esperar a la llave de la habitación entre comerciantes uzbekos y camioneros de Astana. Lo veía beber su cerveza, convertido en un señor mayor con una chaqueta gris de invierno abrochada hasta el gaznate y con sus zapatos nuevos de cuyo interior asomaba el forro de pelo artificial. Él no miraba ni al televisor ni a los otros huéspedes del hotel que pasaban apresuradamente por su lado. Tampoco le interesaban los prospectos extendidos sobre el mostrador: todos esos restaurantes de la zona, especializados en brochetas; los casinos de juego, los locales de stripteis... Simplemente estar allí sentado, eso era lo único que él deseaba. No conozco a nadie capaz de permanecer tanto tiempo mirando inmóvil a un punto. Me vino al pensamiento una frase que ya en mi juventud se asomaba a menudo ante mi mirada interior como un piloto rojo: procura que le vaya bien. Lo que ocurre es que nunca supe qué hacer para lograrlo.

¿Qué tal?, escribí en mi móvil. No nos separaban ni veinte metros. Esperé a que le llegara el mensaje y se sobresaltara un poco cuando oyese el zumbido de su teléfono. ¿Dónde lo tenía? ¿Dentro, fuera? Delante, en el pantalón. Se quitó las gafas para leer el mensaje. Vi que me contestaba. Su dedo índice en la pantalla. Yo conocía la respuesta de antemano. Se trata de una vieja broma entre nosotros, del mismo modo que cada familia tiene su propio código. El nuestro rezaba: así así.

Así así es lo que decíamos en otros tiempos ante cualquier situación. Todo era así así. La escuela, la comida, el estado de ánimo. ¿Has tenido un buen día? Así así. ¿Qué tal en el tenis? Así así. ¿Y tú en la oficina? Nada estaba de veras bien. Siempre amenazaba alguna desventura. Aunque luciese el sol, seguro que el cielo se llenaría en breve de nubarrones. Mi padre nunca habría dicho maravillas de algo ni lo habría exagerado o mostrado mejor de lo que era. En cualesquiera asuntos de mi infancia había un matiz de pérdida y derrota, como si todo se pudiera venir abajo de un momento a otro.

Cuando por fin entramos en nuestra habitación del piso 14, ya había oscurecido en el exterior. Me asomé a la ventana y vi luces aisladas hasta el horizonte. Entre

medias, numerosas zonas de oscuridad. Un pequeño bosque tal vez o un parque. Quizá se trataba de cementerios de coches, tierras en barbecho, edificios a medio construir de los que sobresalían barras de hierro.

—Hay una forma de la fealdad que encuentro hermosa —le dije.

Aquello sonó a estudiante de Arquitectura en el tercer semestre. Pero yo quería poner fin al maldito silencio.

—Igual que existen las llamadas ciudades bellas, que me repelen porque son muy monas. ¿Entiendes lo que digo?

Lo cual sonó aún peor. ¿Dije de veras *monas*? Y como no respondía, volví hacia él la mirada. Estaba acostado sobre la cama, pero no dormía. Ni tan siquiera se había desprendido de la chaqueta. Sus gafas reposaban encima de la mesilla. Sin ellas parecía otra persona.

Mi abuelo pasó diez años de cautiverio en Rusia. Desde 1945 hasta 1955. Casi llega a cien páginas el acta que se ocupa de aquel tiempo. Permaneció durante sesenta años en el archivo militar antes que yo la encontrara, la fotocopiase y la mandara traducir. En su interior figuran dos fotografías que muestran a mi abuelo como yo nunca lo había visto. Uno de los retratos fue hecho poco después de su detención. Tenía entonces treinta años y viste ropa similar a la que se pone hoy en día la gente joven y *hipster* en los mercados de productos ecológicos de Brooklyn, Berlín o Zúrich: un jersey de lana gruesa, debajo una camisa de leñador, una chaqueta oscura, botas con cordones hasta las pantorrillas. Parece sano. Tiene un poco de barba, la frente alta y ningún rastro de desesperación en los ojos que tanto se asemejan a los míos.

La segunda fotografía data de 1955, diez años después de la primera, y fue tomada en el campo 84, situado en una ciudad llamada Asbest, en los montes Urales, al oeste de Siberia. Un mayor llamado Simanovski había sorprendido a mi abuelo infringiendo las normas del campo. Parte del 1-4-1955: «El condenado Batthyány introdujo una mano a través de la valla de alambre e intentó alcanzar al prisionero T., castigado estos días en régimen de aislamiento, pan negro con mantequilla y fiambre, 100 gramos de azúcar y cigarrillos».

A fin de penalizar la infracción, Simanovski solicitó por escrito siete días de calabozo. Sin embargo, mi abuelo adujo fiebre y dolores en la zona renal. Simanovski, guardián meticoloso, se tomó la molestia de llevar a cabo las debidas comprobaciones. «Sólo mido 37,3 grados de temperatura. Hay indicios de engaño», le leí a mi padre en el hotel, sin que él mostrase ninguna reacción. ¿Dormía? ¿Maldecía, deseoso de estar en su casa? Proseguí: «Su estado de salud permite una semana de calabozo». Simanovski encerró a mi abuelo el 2 de abril y lo sacó el 9 del mismo mes.

¿Qué habría sido de aquel Simanovski? ¿Fiel ciudadano soviético? ¿Marx y Lenin en sus estantes? ¿Más tarde funcionario, miembro del Partido Comunista y, por los

tiempos de Gorbachov, jubilado con chaqueta de punto y coderas de cuero, y con una pequeña dacha en el campo? ¿Pensaría en aquellos antiguos prisioneros los fines de semana en la sauna mientras se azotaba la espalda con una rama de abedul?

O, por el contrario, los años en el campo de prisioneros convirtieron a Simanovski en un adversario del régimen, Marx y Lenin estaban arrumbados en su sótano y él leía, en cambio, a Solzhenitsyn y los primeros escritos políticos de Václav Havel, a quien veneraba en secreto. Después repartió pasquines y salió, cuando Gorbachov hablaba de *perestroika*, a mostrar su alborozo por las calles. ¿Recordaría su tiempo en Asbest mientras escuchaba el movimiento lento de la *Patética* de Chaikovski?

¿Cuántos de estos hombres andarían por el mundo? Personas como Simanovski. Eran jóvenes en los días de la guerra, y en los años ochenta, cuando yo crecía, eran gente mayor con gorra, manchas de la edad en la cara y gafas cuyos cristales oscurecían al contacto con la luz solar. Daban de comer a las palomas en toda Europa; tomaban asiento en los parques, a la sombra de los grandes plátanos, y acariciaban el pelo de bebés desconocidos, sentados en sus sillas de paseo. Cuarenta años antes habían sido guardianes, soldados, agentes secretos, espías, y habían llevado a cabo interrogatorios, habían torturado, asesinado, pedido las penas más duras y redactado actas como la de Simanovski sobre mi abuelo. La foto que le tomaron a éste en 1955, el día en que llegó al calabozo, ya no es la de un *hipster* de tantos, sino la de un prisionero del campo como los que conozco de las películas de Spielberg. La cabeza rapada, algunos dientes perdidos, los ojos muertos. Sin decir una palabra, le tendí a mi padre la foto. Ahora estábamos los dos tumbados en nuestras respectivas camas. Él sostenía el retrato tan cerca de los ojos que lo tocaba con la punta de la nariz y lo hacía temblar con su respiración.

—Vaya una puta mierda —dijo al tiempo que yo escribía en Google el nombre de Simanovski: más de diez mil entradas, entre ellas la de un proveedor de bebidas en las cercanías de la plaza Roja.

—¿Vamos a echar un trago? —le pregunté.

—¿A estas horas?

—Estamos en Moscú, aunque desde aquí arriba no lo parezca. En algún sitio tiene que haber gente, restaurantes, cafés.

—¿Estás seguro?

—No. De todos modos voy a bajar y a hablar con los niños por Skype. Abajo hay mejor cobertura.

—Dales saludos de mi parte.

—Preguntarán qué tal está el abuelo. ¿Qué les respondo?

—Diles que... así así.

Aún había docenas de personas en el vestíbulo. Probablemente aquello seguiría igual durante la noche entera. Rusia es un país con once husos horarios. A cada rato llega

gente que viene a visitar parientes o a hacer negocios. Conecté mi ordenador y poco después vi a mi mujer y a mis hijos, que se apretaban ante la pantalla y hablaban todos al mismo tiempo, de tal manera que yo apenas entendía nada.

—¿También se come pasta en Rusia, papá? —me preguntaron.

—¿Ha visto el abuelo algún oso polar?

En casa les había contado que en Siberia hace mucho frío, y ellos me preguntaron si hacía tanto frío como donde viven los osos polares. Pasados unos minutos, mi mujer despachó a los niños.

—Dejadme hablar a mí también —oí que decía y vi que la imagen temblaba. ¿Una rodilla? ¿Cabellos? Después su voz—: Venga, al cuarto.

Más gritos, una puerta que se cerró de golpe.

—Aquí estoy —dijo—. ¿Cómo es Moscú?

—No hemos visto mucho. Llueve. No tengo zapatos que abriguen bien.

—Pues cómprate unos.

—Ya lo sé.

—¿Qué tal con tu padre?

Me habría gustado responderle: así así, puesto que así era. En lugar de eso, le conté que parecía abatido.

—Todo el rato se siente cansado —dije—. No se interesa por nada. ¿También yo soy así?

—¿Cómo?

—Tan poco comunicativo.

—Concédele un par de días —me recomendó.

Asentí.

—¿Qué tal están los pequeños?

—Se quejan de dolor de garganta.

—Maldita sea.

—No es nada grave.

—Vale —dije.

—Vale —dijo.

Yo veía al fondo de la imagen nuestra sala de estar, los sillones verdes, la librería sobre la que tanto discutimos ella y yo antes de comprarla. En el suelo estaban los dos dinosaurios de goma que pisábamos siempre que alguno de los niños sufría pesadillas por la noche o tenía sed y no nos quedaba otro remedio que levantarnos para ir a calmarlo. Uno tenía alas y dientes puntiagudos; el otro, un largo cuello amarillo. Era difícil distinguirlos en la pantalla, pero yo sabía que eran ellos. Formaban parte de nuestro mundo.

—Cuídate —dijo mi mujer.

—Te llamaré desde Siberia —respondí, y me pareció que aquello sonaba bien. Y con un clic, ella desapareció.



Mi abuelo Feri era teniente del ejército húngaro, subordinado del alemán, y se enfrentó codo a codo con los combatientes alemanes al avance del Ejército Rojo. El último puesto de Feri estaba en los viñedos de la ciudad de Székesfehérvár, no lejos del lago Balatón. Con la caída del frente defensivo húngaro contra los rusos en enero de 1945, y como ya sólo se luchaba alrededor de la capital y las tropas de la Wehrmacht habían desaparecido de la noche a la mañana, mandó a casa a sus últimos hombres y se encaminó dando un rodeo a un pueblo llamado Sárosd, distante 25 kilómetros, donde mi abuela Maritta y Agnes se habían criado la una a la vista de la otra. El palacio de mi familia había sido destruido por las bombas y saqueado. El tejado había ardido por completo. La casa de Agnes estaba intacta, pero con la tienda vacía, las ventanas cegadas con tablas y sus padres, muertos. La gente permanecía atemorizada en sus casas. Los campos de labor habían sido abandonados; la iglesia, cerrada. Los cingaros se marcharon de las afueras del pueblo, quién sabe adónde: a las cámaras de gas del campo de concentración o estarían olvidados en algún lugar, donde nadie se ocuparía de ellos.

Feri halló refugio en casa de un labrador al que conocía. Existen varias cartas y documentos de esa época con cuya ayuda resulta posible reconstruir los acontecimientos. Se disponía a enterrar su uniforme cuando llegó la orden de que todos los integrantes del ejército húngaro debían presentarse en el puesto de mando soviético a fin de proveerse de nuevas cédulas de identidad. Y como él deseaba buscar a su mujer y a sus hijos en Budapest y necesitaba para ello los correspondientes documentos de viaje, se presentó. Dejó, sin embargo, en casa del labrador su arma, el reloj y el anillo de casado. Algunas personas lo atestiguan:

El cura: «Le desaconsejé que se presentara a los rusos y le di un papelito donde estaba escrito a qué hora salía el siguiente tren para Budapest. Pero Feri no quiso hacerme caso. No he hecho nada malo, dijo. ¿Qué me puede pasar?».

El labrador: «Hablamos de que a lo mejor era una trampa, pero es imposible parar a un hombre que anda buscando a su mujer y a su hijo. Dejó en mi casa el anillo de casado, el reloj y el arma. Su mujer vino a buscarlos tiempo después».

Peti, el cochero: «Los rusos controlaban las carreteras a Budapest. Pero le di una idea de cómo llegar sin documentos a la capital por caminos secretos. Yo lo habría acompañado, dispuesto a hacer cualquier cosa por su familia. Pero él no quiso».

De estas tres personas, la más cercana a él era el cura del pueblo, quien además conocía los detalles de la muerte del señor y la señora Mandl. Mi abuela le había contado en el confesionario lo sucedido. Mencionó los disparos y describió cómo había saltado la gravilla cuando el señor Mandl chocó contra el suelo. Dijo que debía haber hecho algo. «¿Acaso no es nuestra obligación?», le gritó al cura a través de la rejilla, en la pared de madera, y empezó de pronto a temblar porque sentía un frío

increíble. Él le dijo que se tranquilizara y que no hablase tan alto. Luego oyó un golpe de su cabeza y cómo acto seguido ella se caía desmayada de la silla.

Feri no hizo caso ni al cura ni a los otros dos hombres. No barruntó la gravedad de la situación ni entendió lo que ocurriría a partir de ahora que la guerra, según decían todos, había terminado. ¿O era su fe en Dios la que lo guiaba? Sin recelo alguno, se fue a donde los rusos y se topó con un teniente soviético que hablaba alemán y francés; que no pegaba gritos, sino que se mostraba cortés, casi amistoso, y que tenía la misión de interrogar a los integrantes del ejército húngaro. Y como el referido teniente andaba buscando un intérprete, le pidió a mi abuelo que lo acompañara.

Este ruso, con el cual pasó las semanas siguientes, se llamaba Efim Etkind. Tenía entonces veintisiete años. Andando el tiempo se convertiría en un renombrado profesor de literatura. Se vio forzado a abandonar la Unión Soviética a mediados de los setenta por razones políticas. A Etkind, antiguo soldado del Ejército Rojo, se le acusó de poseer el manuscrito del *Archipiélago Gulag* de Alexandr Solzhenitsyn, haciéndose así culpable de traición a la patria. Además, tenía buenas relaciones con el escritor soviético Joseph Brodsky, motivo suficiente para que la gente del KGB entrase en acción.

Efim Etkind y mi abuelo volvieron a verse, ya ancianos, a finales de los años noventa. La guerra fría hacía tiempo que se había terminado. Yeltsin estaba en el poder. La Unión Soviética había saltado hecha trizas. Etkind tenía una esposa alemana. Mi abuelo estaba marcado por la demencia senil. Sobre las espaldas de ambos pesan cincuenta años de Historia mundial y están sentados, con los cabellos blancos, en un sofá.

Pero entonces aún eran jóvenes y llevaban a cabo interrogatorios por las provincias húngaras, con la guerra a punto de terminar. Etkind hacía las preguntas, mi abuelo las traducía, hasta el día en que la compañía de Etkind fue retirada, probablemente a mediados de febrero de 1945.

A mi abuelo lo llevaron sin pérdida de tiempo al campo de tránsito más cercano. Allí ya no era intérprete, sino un prisionero de tantos. Alambradas con pinchos rodeaban el lugar, que tenía las dimensiones de un campo de fútbol, y cada día llegaban nuevos prisioneros. ¿Era consciente de lo que le estaba sucediendo? ¿Se arrepintió de haber acudido voluntariamente al ayuntamiento? Quienes lo conocían bien afirmaban que era devoto, uno de los pocos que verdaderamente estaban inspirados por Dios. Feri no era un hombre extravertido, ni un líder, ni un rebelde. Seguro que pasaba la mayor parte del tiempo rezando en un rincón. Depositaba toda su confianza en Dios. ¿Se preguntaría dónde se había metido ese maldito Dios durante los años en que murieron millones de personas en Europa?

Mientras mi abuelo pensaba dentro del campo de tránsito en su mujer y sus hijos, Budapest era pasto de las llamas. Las tropas rusas habían sitiado a lo que quedaba de los ejércitos alemán y húngaro. Las calles estaban sembradas de cadáveres. Murieron

150 000 personas, entre ellas 30 000 civiles. El 13 de febrero, los soldados rusos izaron la bandera soviética en el castillo de Buda. La batalla había concluido.

Semanas después que hubiera sonado el último disparo, había caballos muertos en las calles, por encima de los cuales mi abuela y sus dos hijos tenían que pasar para llegar al piso de su suegra, situado en uno de los pocos distritos intactos de la ciudad. Béla, su segundo hijo, dormía en una cuna. Estaba pálido y demacrado. Por las calles pasaban cantando las tropas, así como camiones traqueteantes con la estrella roja. Continuamente se acercaban ladrones, heridos y personas hambrientas a la ventana. Venían buscando algo de calor y un poco de sopa; pero mi abuela y su cuñado y el resto de los que en la casa conservaban algo de fuerza los ahuyentaban con sartenes y botellas rotas.

Todos confiaban en que la guerra terminara pronto y, con ella, el tiempo en que los seres humanos se comportaban como animales.

En esto, un hombre pulsó el timbre de la puerta. Un ruso. Un soldado.

—Traigo noticias de su marido —le dijo en francés a mi abuela. Tenía el pelo oscuro, era delgado y parecía cohibido: Efim Etkind—. Encontré a Feri. Ha trabajado para nosotros como intérprete.

Le aseguró que Feri estaba bien y volvería pronto.

—Somos algo así como amigos —dijo por último, y desapareció.

Todo esto sucedió por aquellos extraños días previos al fin de la guerra, cuando la gente aún no entendía cómo habían podido llegar a aquella situación. Agnes trabajaba en la primavera de 1945 fuera, delante de la hilandería. Vestía ropa agujereada de prisionera en torno a sus caderas huesudas. Tenía un zapapico para cavar un agujero en la tierra: su nuevo trabajo consistía en construir búnkeres, había que proteger a la población alemana del bombardeo de los aliados. Y mientras levantaba el zapapico en el aire y lo dejaba caer contra el suelo frío, mi abuela Maritta, en Budapest, sostenía en brazos a su segundo hijo, que apenas se movía y no comía nada, y tía Margit y tío Ivan, en Rechnitz, una aldea de Burgenland, sacaban champán y vino del sótano, pues había que festejar.

En Rechnitz, los primeros corchos pronto impactaron contra el techo. Margit e Ivan bailaban y bebían a morro. Aún eran jóvenes. Agnes estaba acostada en un barracón y dormía. Era una noche de luna clara, a finales de marzo, cuando mi abuela enterró a su segundo hijo y no se lo contó a nadie, mientras mi abuelo Feri viajaba en un vagón con destino al gulag. Y cuando, cerca de la medianoche, sonó en Rechnitz la llamada telefónica que ordenaba la liquidación de los ciento ochenta judíos que estaban en la estación, tía Margit y tío Ivan enviaron a su gente a que despacharan la tarea en su lugar.

Unos días más tarde, la guerra, en efecto, terminó. Hitler se había pegado un tiro. Y empezó silenciosamente la hora cero: Agnes se despertó; estaba acostada sobre un



colchón delgado, en un barracón de algún sitio de Polonia, y se asombraba de aquella calma. Nadie que golpease la puerta, tampoco el recuento matinal, ni los gritos de los guardianes. Sólo ese silencio extraño. Mi abuela, en Budapest, hizo su maleta; cogió de la mano al niño que le quedaba, salió de la casa para ir a buscar a sus padres y, cuando hubo doblado la esquina, vio de pronto el río de gente, los hombres y mujeres sucios, famélicos, de vuelta hacia el reencuentro con sus hijos, vecinos, parientes. Regresaban de los campos de concentración, de las cárceles y de los hospitales de campaña. Salían de los escondrijos, de los sótanos, de las ruinas de las casas arrasadas por las bombas.

Las fotografías tomadas en Europa del Este por esa época muestran escenas del Apocalipsis: ciudades devastadas, pueblos quemados, columnas de humo en el horizonte, restos de alambradas en las cunetas, barracones abandonados de antiguos campos de concentración en tierras sin cultivar, caballos muertos en las ciénagas.

En ciudades como Budapest, el aire estaba lleno de cadáveres. Era más espeso que de costumbre y no olía a nada, según contaban los supervivientes; no obstante, dejaba en la piel una especial película jabonosa, una capa fina muy difícil de quitar por mucho que uno frotase; enseguida volvía a cubrir la cara, los brazos, las piernas.

El hombre que entonces tocó el timbre en casa de mi abuela, el tímido, educado ruso Efim Etkind, se equivocaba en un punto. Hasta que mi abuelo regresara a Budapest habrían de transcurrir diez años.

Feri fue llevado primero a la plaza militar de Vorónezh, campo 82, sección 6, a 500 kilómetros de Moscú. No hay ninguna anotación acerca del viaje. Éste pudo suceder como el escritor húngaro István Örkény —quien, lo mismo que mi abuelo, fue hecho prisionero por los rusos—, describe en su libro *Los pobladores del campo de prisioneros*. Más de treinta hombres se sentaban apretujados en el suelo del vagón, algunos sobre una litera, cuando les arrojaron a un hombre al que habían amputado las piernas, un antiguo médico, buen nadador; arriba, en la litera, aún quedaba un poco de sitio para él. El sexto día de viaje se aflojó de pronto la sujeción. Un extremo de la litera cayó al suelo. El tren se estremecía. Los huesos aún no estaban curados del todo. Incluso un rasguño tardaba entonces en curarse. El hombre resbaló y se puso a gritar.

De vez en cuando, alguno hacía de tripas corazón, lo empujaba de vuelta a su sitio y calzaba la litera inclinada con un trozo de madera, lo que no servía de mucho. Habría habido que levantar de nuevo la litera y fijarla con clavos, pero ninguno se encontraba con ánimos. El lisiado estuvo gimiendo por espacio de dos días. Después calló. Los otros se tomaban con indiferencia sus gritos de sufrimiento, igual que después su muerte.

Ningún prisionero mostraba compasión por sus camaradas. Cada cual se ocupaba de sí mismo y trataba de orientarse con ayuda del instinto. El recuerdo quedaba

suspendido o se acababa por completo. No sólo empalidecían los semblantes y las imágenes, sino también los nombres amados y las fechas relevantes. Muchos lo atribuían al tifus, pero esto no era verdad. Se debía a la indiferencia.

Tres años después de su detención, en 1948, el año por tanto en que los comunistas llegaron al poder en Hungría y en que mi abuela Maritta hubo de resignarse al final de una época y al derrumbe del orden social de otros tiempos, a mi abuelo Feri lo condenaron a muerte en Vorónezh. Según la sentencia, en compañía de otros miembros del ejército húngaro había golpeado a ciudadanos inocentes del pueblo de Ilovka y asesinado a tiros a un tal señor Diuretskij. Varios testigos lo habían identificado.

Batthyány, Ferenc / Número personal: 34897534

Lugar de nacimiento: Kittsee, 1915

Estatura: media

Complexión: delgada

Cuello: largo

Cara: triangular

Orejas: pequeñas, redondas, de soplillo

Profesión: jurista

Rango militar: teniente, jefe de compañía en el ejército húngaro, 206, división de artillería

Otros: procede de una familia principesca con grandes propiedades

—Soy inocente —declara en el proceso, y se niega a firmar la sentencia.

—¿Eres conde? —le preguntan.

—Sí.

—Entonces cuéntanos cómo explotabas a los proletarios.

—Yo no he explotado a nadie.

—¿Eres conde, sí o no?

—¿Qué culpa tengo yo?

—Cierra el pico.

Al cabo de dos años, la sentencia fue revocada y la condena a muerte convertida en cadena perpetua. Stalin se mostró clemente y a Feri lo trasladaron de Vorónezh al campo 362 de Stalingrado. «Estado de salud: bueno; enfermedades epidémicas: ninguna», consta en los documentos de traslado, junto con la observación: «Es necesario aplicarle un régimen riguroso».

Un año más tarde lo llevaron al territorio de Sverdlovsk, cerca de Ekaterimburgo, en los montes Urales; primero a Revda, después a una ciudad llamada Asbest, en la que, sin otra ayuda que las manos, debía sacar piedras del permafrost, cuyas láminas se usaban después para la construcción de casas y producían cáncer.

## DIARIOS IV

Agnes

*Así pues, ¿qué hicimos el día que terminó la guerra? Después de que el director de la fábrica arrojara las llaves y dijera que éramos libres, corrimos hacia la puerta. Ante las verjas estaban los guardianes para los cuales habíamos estado trabajando todo el tiempo y cuyas órdenes debíamos obedecer. Ahora repartían sopa.*

*Más tarde, en aquel día tan especial, dimos una vuelta con los soldados rusos sobre sus carros de combate. Nos dieron pan y tocino, y nos enseñaron a saludar en su idioma. Y cuando hubo oscurecido, volvimos a los barracones. ¿Dónde habríamos podido pernoctar, si no? Sin embargo, los rusos nos acechaban. Era horrible. Se habían vuelto salvajes. Nadie podía detenerlos. Ya no obedecían órdenes. La guerra había terminado. Ahora les daba todo igual. Llamaron a nuestra puerta y querían entrar. Yo estaba muerta de miedo. Pero también en aquel momento tuve suerte, pues una muchacha de nuestro grupo hablaba un poco de ruso. Les dijo que allí se albergaba una especie de enfermería y que todas padecíamos graves infecciones. Así aprendimos que sólo hay una cosa capaz de parar a los rusos: el temor a contraer enfermedades contagiosas.*

Maritta

*Mientras yo pasaba la guerra en un sótano de Budapest, mis padres huyeron a la abadía cisterciense de Zirc, una pequeña localidad al oeste de Hungría, poco antes de que el Ejército Rojo entrara en nuestro pueblo. Allí capearon relativamente libres de molestias los peores días. Algo después, en abril de 1945, me uní a ellos con mi pequeño de tres años, que ahora era el único hijo que me quedaba. Como la casa de mis padres había sido parcialmente destruida por las bombas y las habitaciones aún disponibles habían sido habilitadas por los rusos para enfermería militar, nos instalamos en nuestro antiguo pabellón de caza. Estaba apartado de la carretera, en medio de un gran bosque, sin corriente eléctrica, sin agua, separado del mundo. Las noticias llegaban con cuentagotas y eran poco fiables. De Feri sólo sabía que lo habían visto en un campo rumano de tránsito. Decían que no llevaba abrigo y calzaba sólo unos mocasines. Las tropas a las que él pertenecía habían continuado su marcha hacia el este. No me enteré hasta años más tarde de que por ese tiempo un tribunal militar ruso lo había condenado a muerte. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, se constituyó en Hungría un gobierno democrático bajo el amparo de las potencias vencedoras. Se celebraron elecciones libres por primera vez en la Historia de nuestro país. La primera medida del nuevo régimen, adoptada por*

unanimidad, se produjo de una manera tan inesperada como un suceso de la naturaleza: la reforma agraria más radical que se pueda uno imaginar. Estaba prevista para que lo cambiara todo. Los terratenientes fueron expropiados y, con efecto inmediato, sus tierras declaradas propiedad del Estado. Se entendía por latifundio cualquier extensión de tierra superior a mil acres, el equivalente a unas quinientas hectáreas. La expropiación fue completa y se llevó a cabo sin compensaciones. Poco después, el Estado repartió las tierras entre la población rural y los pequeños campesinos. Debían ser entregadas en propiedad al pueblo trabajador.

Puede ser que, desde la perspectiva de hoy, aquello se perciba como algo justo, como una acción que debía haberse realizado hacía tiempo. Para nosotros, los directamente afectados, la reforma agraria supuso un acontecimiento de extrema gravedad, por cuanto nos dejó literalmente sin suelo bajo los pies.

Sin embargo, aún no podíamos comprender por aquellos días la verdadera dimensión de la catástrofe, no digamos ya expresarla. La reforma condujo a la abolición de un sistema centenario. Un mundo desapareció. Al volver hoy la vista atrás, me cuesta creer que no se hubieran despertado el odio y la venganza. La reacción consistió más bien en una consternación profunda, aturdida y silenciosa.

Mi padre no emitió juicio alguno sobre este asunto. Tampoco sobre ningún otro. Guardó silencio hasta el día de su muerte. Encontraba unos pocos momentos de felicidad durante sus paseos por el bosque. Él, mi madre, todos nosotros nos transformamos en topos. Éramos una familia de topos. Nos replegamos. Ya no creíamos en nada. No pensábamos más allá de la siguiente hora. Era la única posibilidad de sobrevivir.

## Agnes

Al día siguiente abandonamos nuestras camas y anduvimos a la deriva. No teníamos más que nuestra ropa y nuestros zuecos de madera. «¿Por qué lleváis ese calzado?», nos preguntó un ruso. Y nosotros respondimos: «Porque no tenemos otro».

Así las cosas, nos condujeron hasta una tienda de zapatos de una ciudad cercana. El comercio tenía echado el cerrojo, pero esto no les impidió entrar. A fin de cuentas, reinaba el caos. No había orden alguno. Por todas partes se veían personas, soldados, heridos, gentes de regreso a su patria, refugiados, prisioneros. También el interior de la tienda estaba revuelto. Yo elegí un par de zapatos con cordones y salí a la calle. Cuando me vio el ruso que me había traído hasta allí, preguntó: «¿Nada más?». Me llevó de vuelta a la tienda, cogió todo lo que pudo y me lo entregó. Luego dijo: «Bueno, ahora ya tienes zapatos».

Junto con otras catorce chicas pedí ayuda al alcalde. Queríamos regresar a

*Hungría, reunirnos en casa con nuestras respectivas familias. Dos policías se ofrecieron a trasladarnos en un camión hasta la frontera checa.*

*Allí, al principio, no nos querían dejar pasar, sino ponernos en cuarentena. No consentimos que nos encerrasen. Otra vez, no. Y simplemente echamos a correr, hasta que alcanzamos la ciudad universitaria de Brno. No teníamos equipaje. Y entretanto el grupo se había reducido a ocho. En la estación había soldados rusos. Convenía tener siempre mucho cuidado con ellos; de lo contrario, te plantaban la mano encima en cualquier momento. No sabíamos en qué tren debíamos montarnos y, sin embargo, conseguimos llegar a Bratislava. Allí, en la estación, avistamos tiendas de campaña de la Cruz Roja. Los sanitarios nos dieron de comer y nos ofrecieron catres donde poder descansar. Pero nosotras queríamos continuar la marcha con tanta celeridad como fuera posible. Por fin llegamos a Budapest.*

### Maritta

*Hungría estaba en ruinas, mi familia se había dispersado por el país, el orden social se hallaba patas arriba. El peligro que más nos amenazaba no procedía de los rusos, esto es, de los soldados soviéticos, sino de los comunistas que, tras la caída de la capital, habían jurado vengarse y pululaban como avispones. Qué fácil habría sido, y sigue siéndolo en la actualidad, cargar a los soviéticos con toda la culpa; pero fue nuestro pueblo el que no nos quería. «¡Ahora os toca a vosotros —decían—, condes y oficiales de Horthy!»*

*Bastaba una simple sospecha (ni siquiera eso) para ser detenido. Se afianzó la mentira. El mejor ejemplo de ello son los juicios espectáculo. Ya al principio, el del cardenal Mindszenty y el de nuestro pariente cercano, el príncipe Esterházy. El cardenal debía rendir cuentas por la Iglesia católica; el príncipe, por mil años de feudalismo. Ambos debían ser eliminados. Con terror impotente vimos cómo los humillaban y condenaban en público. Ni una sola palabra de la acusación se correspondía con la verdad. El mundo se transformó en un espejo deformante. Aquello no se podía soportar sino con el humor más macabro. Pues en primera fila, delante de aquel espejo estábamos nosotros. Nosotros, esto es, mi familia, nuestra parentela, nuestro clan; en una palabra, toda nuestra clase social. Hasta entonces, me había sido ajeno el concepto de conciencia de clase. Ahora comprendí con claridad quiénes éramos: desclasados, enemigos del pueblo. Éramos criminales.*

### Agnes

*El viaje duró tres semanas. Tres semanas después del final de la guerra, volví a casa, a Budapest. Las hileras de edificios estaban reducidas a escombros. Los*

tranvías no circulaban. Por todas partes se veían pequeños grupos de personas. Unas hablaban con otras. Y se decía que los primeros judíos habían vuelto de los campos de concentración. Ahora nos habíamos convertido en algo así como una sensación. Mucha gente nos ayudaba y nos daba comida y ropa. Las muchachas con las que había viajado se dispersaron en busca de sus familias. Yo misma corrí a casa de mi mejor amiga, que vivía cerca de la estación del ferrocarril. Ella podría decirme dónde se encontraban mis padres. Su madre abrió la puerta. Nos abrazamos y empezó a llorar.

«¿Sabes qué ha sido de mis padres? ¿Se los llevaron?»

Pero ella no acertaba a hablar y me dijo que preguntara a su hija. Entonces volví a la calle, dispuesta a visitar a mi amiga. Salí corriendo, llena de impaciencia.

Maritta

La vida en el pabellón de caza, lejos del mundo, continuó. Construimos un establo donde pronto albergamos, como por obra de un milagro, un cerdo y un par de gallinas. Más tarde añadimos una vaca. Consiguientemente, aprendí a ordeñar e incluso me gustaba. Al atardecer me sentaba en una banqueta, apoyaba la frente contra el costado de la vaca y observaba el movimiento de mis manos. Notaba la respiración del animal y aspiraba el aroma de la leche fresca.

El responsable de la comisión local para la repartición de la tierra asignó a mi padre cerca de diez acres. Pequeñas parcelas de vegetación escasa en un declive empinado, acurrucadas suavemente en el paisaje circundante de colinas, y cuando la luna llena flotaba sobre el valle, componían un panorama encantador. Yo observaba el romanticismo de la imagen como una recompensa al duro y penoso trabajo. Las parcelas había que labrarlas a golpe de azada cuesta arriba y cuesta abajo. Fila tras fila de plantas, lo que bajo el sol abrasador parecía no tener fin. Cuando el sudor copioso me picaba más de la cuenta, hacía un alto para fumar un cigarrillo. Me sentaba entonces en el suelo pedregoso, dejaba que la mirada se perdiera y daba un par de caladas profundas.

A pesar de que Budapest estaba apenas a cien kilómetros de distancia, se necesitaba un día entero para llegar a la capital. Había que levantarse muy temprano por la mañana, colocarse en el borde de la carretera y esperar a que pasara el autobús de la mina. Con suerte, lo llevaba a uno hasta la siguiente estación de ferrocarril. En algún momento del día llegaba allí también un tren. Budapest era fascinante por esos días. La contemplación de la ciudad destruida, que, no obstante, volvía a despertar a la vida, causaba un efecto arrebatador y al mismo tiempo repulsivo, sobre todo si uno llegaba del bosque. Los mayores escombros aún no habían sido retirados y, sin embargo, algo nuevo germinaba a cada trecho. Algo se movía, brotaba, crecía y proliferaba con fuerza salvaje desde cada grieta y cada

*hueco. Por todos lados florecían el mercado negro, el trueque, los negocios dudosos. Hasta los planes más cándidos prosperaban en aquel clima de resurgimiento.*

*En caso de que hubiera dentro de una casa un espacio apropiado (en el que no hubieran sido alojados ancianos, enfermos o niños pequeños), al instante se convertía en un lugar de encuentro. A diario se celebraban alegres reuniones. Siempre se ha bebido mucho en Hungría. Pues en aquel tiempo, aunque parezca imposible, aún se bebía más que de costumbre.*

Agnes

*Corrí y corrí y por fin encontré a mi amiga, a la que hacía tiempo que no veía. Nos abrazamos y nos cogimos de las manos. Le pregunté:*

*—¿Sabes algo de mis padres? ¿También se los llevaron a ellos?*

*—No —dijo ella, sacudiendo la cabeza.*

*—¿Están vivos? —pregunté.*

*—Se mataron.*

*—¿Suicidio?*

Al día siguiente de nuestra llegada a Moscú fui con mi padre al Museo del Gulag. Como no había señalización alguna, necesitamos un buen rato para encontrarlo. Y los transeúntes que se pararon a hablar con nosotros —la mayoría pasaban de largo— no habían oído nada al respecto y sacudían la cabeza. ¿Gulag? *Niet*.

Lo encontramos en un patio interior. Una casa pequeña; dos, tres pisos; unos cuantos mapas en las paredes; fotos antiguas de barracones en la nieve, de hombres escuálidos con zamarras gruesas y botas de piel. Había una sala en la que estaba expuesto un catre de madera con el fin de que el visitante se hiciera una idea de cómo dormían los prisioneros, cómo se lavaban, en qué platos comían. Aquello, sin embargo, producía una sensación de lugar demasiado limpio, demasiado agradable, como de casa de muñecas. Delante de un mapa de grandes dimensiones uno podía apretar diversos botones; entonces se encendían pequeñas bombillas, una por cada campo. *Archipiélago Gulag* para niños.

¿Dónde quedaba la violencia de Stalin? ¿Dónde el terror? Sólo de Alemania y Austria hubo más de dos millones de hombres cautivos y deportados. A ellos se añaden 300 000 húngaros, de los cuales el último, un tal Andrés Toma, no regresó hasta el año 2000. Incontables italianos, japoneses, americanos fueron diseminados por todo el país, desde la frontera con Polonia hasta el cabo Dezhneva, en el extremo oriental de Siberia. Muchos perecieron de hambre, de frío, o los liquidaron de un tiro en el trayecto al campo. Alguno que sobrevivió a los nazis dijo que Hitler no había sido nada en comparación con aquello. Un prisionero que había estado en Dachau se ahorcó al enterarse de que iba a ser trasladado a Siberia. De las cartas de los prisioneros del gulag, de los *zeks*, como se los llamaba, se desprende que muchos estaban deseosos de que los americanos arrojaran la bomba atómica sobre Siberia.

Aun así, la mayor parte de los prisioneros procedían de la propia Rusia. Bajo el régimen de Stalin desaparecieron políticos, campesinos, profesores, médicos, pueblos enteros, los ruso-alemanes, también niños y, por supuesto, mujeres. Evgenia Ginzburg, que permaneció recluida durante dieciocho años en Siberia, cuenta en su autobiografía que a un grupo de niños del campo le fue permitido criar cachorros. No se les ocurrían nombres para los jóvenes perritos, y decidieron llamarlos *Sartén* o *Balde*, ya que se trataba de objetos que veían a diario.

El periodista americano Ian Frazier relata en su libro *Viajes por Siberia* un suceso del verano de 1933. Un barco, el *Dshurma*, con miles de prisioneros a bordo, zarpó del puerto de Najodka, ciudad próxima a Vladivostok. Más o menos al mismo tiempo, el *Cheliuskin*, un barco de exploración, navegaba con fines científicos en dirección este a lo largo de la costa ártica. El invierno irrumpió sorprendentemente pronto aquel año, y el *Cheliuskin* quedó atrapado en el hielo frente a Chukotka. Los periódicos soviéticos informaron al respecto. Gente de todo el mundo estuvo pendiente de la suerte de los exploradores. Los noruegos ofrecieron ayuda para salvar



a los hombres del *Cheliuskin*, pero los soviéticos la rechazaron. Por su cuenta lograron efectivamente rescatar a los científicos, lo cual fue celebrado como una victoria por los medios de comunicación. Tan sólo años más tarde se supo por qué los rusos habían rechazado cualquier tipo de auxilio.

El barco de prisioneros, el *Dshurma*, también se había quedado atrapado en el hielo, a tan sólo doscientas millas del *Cheliuskin*. Ahora bien, nadie debía conocer la existencia de dicho barco, y miles de personas entre prisioneros, guardianes y marineros tuvieron que resistir durante meses sin provisiones ni esperanza de ser rescatados. Nadie sabe con exactitud qué ocurrió aquellos días. Se dice que los miembros de la tripulación se comieron a los muertos. Y cuando el *Dshurma* arribó a puerto la primavera siguiente, no quedaba un solo prisionero entre los supervivientes. Y los que pusieron pie en tierra (el capitán y unos cuantos miembros de la tripulación), se habían vuelto locos.

Pero de semejante locura no había un solo rastro en aquel museo.

Me vino al recuerdo una escena del *Archipiélago Gulag* de Solzhenitsyn, libro que había escogido para el viaje. Me había propuesto leerlo en el avión, pero no pude llegar lejos: tenía la letra pequeña y muchas páginas. En lugar de leer, me dediqué a observar a mi padre en su tentativa de abrir un paquete de nueces cubiertas de chocolate. Él tiraba, trataba de rasgar, se metió una punta en la boca, pero no lo conseguía, así que lo devolvió a la caja blanca de polietileno que cada pasajero, después de una hora, mientras sobrevolábamos Polonia, había recibido y en la que había asimismo un poco de pollo con champiñones. ¿O era pavo?

Solzhenitsyn describe en su libro una reunión del partido en algún lugar de la provincia, a miles de kilómetros de Moscú, o puede, según se mire, que no. Al final del encuentro tiene lugar una demostración de lealtad a Stalin. Todos se ponen de pie y aplauden durante tres, cuatro minutos. Duelen las manos, se entumescen los brazos levantados, a los mayores les falta el aire; pero nadie se atreve a ser el primero en parar. Transcurren seis minutos, siete. Se escrutan, se miran de reojo con débil esperanza. En las filas posteriores, entre la masa, se puede hacer trampa y parar un instante; no así delante, en la presidencia, a la vista de todo el mundo. Transcurren nueve minutos, diez. Los circunstantes aplauden y siguen aplaudiendo hasta desplomarse y han de sacarlos en camilla. A los once minutos, el director de la fábrica de papel se deja caer en el sillón. Los demás hacen lo mismo. Y el aplauso poco a poco se desvanece. Roto el hechizo, los hombres se sienten a salvo. El director es detenido por la noche. Sin más ni más, recibe una condena de diez años de prisión por otras razones. Y en el informe final del proceso se lee: «Y en el futuro no debe ser usted el primero que pare de aplaudir».

¿Cómo es posible que unas personas adultas aplaudieran durante once minutos, presas del miedo? ¿Cómo se manipula a un pueblo entero? Nada al respecto se podía contemplar en aquel museo. ¿Y qué hay del hambre sobre la que yo había leído tanto? Al parecer hubo *zeks* que comían grasa de máquina, asaban gatos o hacían sopa de

hierba. Y los que en verano eran incapaces de resistir la tentación de ingerir las flores y el trébol que brotaban entre los barracones, éstos no vivían mucho tiempo. El hambre era la principal causa de mortandad en los campos de reclusión. Cada prisionero recibía un trozo de pan, gachas de mijo, avena mal trillada y berza, una y otra vez berza. Luego estaba el frío del que habla el escritor ruso Varlam Shalámov, quien pasó un total de diecisiete años en distintos campos. Los más viejos del lugar podían medir el frío casi con exactitud sin consultar un termómetro. Si se levantaba una niebla helada, fuera hacía cuarenta grados bajo cero; si el aire respirado salía haciendo ruido, pero la respiración no resultaba fatigosa, entonces hacía cuarenta y cinco grados bajo cero; si se producía un ruido al espirar y a uno le faltaba el aire, hacía cincuenta grados bajo cero. Más allá de cincuenta bajo cero, la saliva se congelaba.

En las salas de aquel museo no se averiguaba nada al respecto; pero, sobre todo, en ninguno de sus recintos se planteaba la pregunta de por qué se sabe tan poco hoy en día sobre la cuestión. La prisión de guerra en la antigua Unión Soviética es «el tema menos estudiado de la Historia», así se afirmaba en un libro que yo había hojeado durante los preparativos de mi viaje. ¿Por qué existen tan pocos estudios sobre el tema? ¿Por qué apenas películas? ¿Por qué este Museo del Gulag está precisamente situado en un patio trasero de Moscú? ¿Y por qué es tan pequeño y está tan mal equipado?

Ni siquiera hay acuerdo sobre el número de víctimas del estalinismo. Se supone que sesenta millones de rusos perecieron de una muerte no natural en todo el tiempo que abarca la dictadura comunista, entre 1917 y 1992. Una gran parte de ellos bajo el poder de Stalin, del cual se pueden comprar pequeños retratos en los estancos de Moscú, pegatinas para los coches, muñecos para colocar en las estanterías de casa, una baraja de naipes con los comunistas de rango más elevado, todos ellos criminales. Stalin era el as de picas.

«Para que algo así no se repita jamás», se lee en muchos libros sobre el Holocausto. De ahí cincuenta, sesenta, setenta años después los actos conmemorativos, las exposiciones, las películas, los estudios, los archivos. ¿Por qué no vale lo mismo para las atrocidades de los rusos? ¿Por qué éstas no preocupan a nadie?, me pregunté a la par que miraba los ojos de Lenin, cuya fotografía colgaba en la pared.

Mi padre tomó asiento en una silla plegable que estaba en un rincón. ¿Volvía a sentir fatiga? ¿O le habían afectado más de lo que yo pensaba las fotos de las paredes, el catre y la reproducción del calabozo? Posé mi mano sobre su hombro, lo que al parecer le sentó bien.

Durante nuestra ronda por el museo nos acompañó Nadja, una mujer de treinta y tantos años. Dirigía la exposición y atendía a la ventanilla de la entrada y la cafetería. Ella sola parecía tener a su cargo la historia del terror estalinista. Era una mujer baja y

grácil, de cabellos finos. Le formulamos un par de preguntas. Si hubo prisioneros que lograron huir.

—¿Qué ocurría cuando regresaban a casa y se reunían con sus familias? —quise saber—. ¿Hablaban de la experiencia que habían tenido?

Nadja nos miró. Podía habernos contado muchas cosas sobre el silencio, que dura hasta hoy, de todos aquellos hombres; sobre su vida después del cautiverio, en el piso 21 de un edificio gris de la periferia de una triste ciudad. Pero su inglés, nos dijo, no era suficientemente bueno. Sacudió la cabeza, alzó los hombros, apretó los labios. Quería, pero no podía. Sin embargo, cuando mi padre le dijo al despedirse: «*My father, ten years, gulag*», su incapacidad desapareció de repente. «*I'm so sorry*», respondió, y le cogió las manos y se lo quedó mirando a los ojos, los dos de pie. A mí se me figura que el instante duró minutos. No eran necesarias las palabras. Y él luchaba contra las lágrimas.

Fuimos en metro a la plaza Roja. Para acceder al subterráneo, había que hacer fuerza con todo el peso del cuerpo contra las puertas batientes de metal, como si se quisiera arremeter contra alguien. De otro modo, no se abrían.

—¿Por qué tenía que haber en Moscú estas puertas infernales? —preguntó mi padre, quien, incrédulo y temeroso, se paró delante de ellas como suelen hacer las personas mayores ante las escaleras mecánicas.

Volví hacia él la mirada.

—Venga —le dije.

¿Por qué usaba yo de tan poca paciencia con él? Porque no podía soportar la idea de que fuera tan débil. Eso era. Me resultaba insoportable su endebles.

—Rusia era... —empezó a decir.

—Como Auschwitz, ya lo sé...

—No hables así. Rusia era el demonio, ¿entiendes? Nos lo quitaron todo. Violaron a cientos de miles de mujeres húngaras. ¿No lo sabías?

Seguía delante de las puertas y miraba a los otros peatones, que las empujaban con todas sus fuerzas. En cambio, dos mujeres con botines de cuero esperaron el momento en que las puertas retrocediesen para deslizarse rápidamente por la abertura.

—Los rusos bebían el alcohol metílico de las lámparas de petróleo. ¿Te imaginas? Los alemanes estaban más civilizados.

—Los nazis, ¿civilizados? —repliqué—. Supongo que no hablas en serio.

—No todos los alemanes eran nazis —respondió.

Lo cogí del brazo y tiré de él a través de aquella esclusa como hago con mi hijo cuando no quiere entrar en el cuarto de baño para que yo le limpie los dientes. Avanzamos por un corredor, pasando a la vera de mujeres gruesas, con pañuelo en la cabeza, que vendían frascos de rábanos picantes. Yo seguía agarrando su abrigo. Pasamos junto a berzas colocadas en cajas de cartón por el suelo, calcetines, cinturones Gucci falsificados, y él se dejaba llevar. ¿Antiguamente no era al revés?

Hubo un tiempo en que él me acompañaba al cruzar la calle y llevaba mi pasaporte a buen recaudo en un bolsillo de su chaqueta. Los papeles, en algún momento, se trocaron. Ahora era yo quien tiraba de él por los pasillos del metro, lo advertía de los charcos y me ocupaba de que no chocase con nada. ¿Cuándo se consumó exactamente este cambio que todo hijo, sin decir palabra, lleva alguna vez a cabo con su padre? ¿Ocurrió en un día determinado? ¿En un instante? ¿Y se mostraron los dos conformes?

Tras una larga búsqueda, decidimos entrar en un restaurante japonés en el que el *sushi* se movía por una rechinante cinta transportadora. Ya era tarde avanzada y hacía rato que había oscurecido. Bebimos vodka y hablamos de mi abuelo. No sobre su tiempo en el campo de prisioneros, sino sobre la época anterior, cuando era soldado del ejército húngaro y combatió con los alemanes, primero en Polonia y después en Ucrania.

—¿Disparó? —le pregunté a mi padre mientras mezclaba *wasabi* en salsa de soja.

—Nunca.

—¿Cómo se puede estar en el ejército y no pegar tiros?

—Era incapaz de hacer daño a una mosca. Además, era muy devoto.

—¿Sí? ¿Y qué?

—Sí... ¿y qué?

—Esto está bueno. ¿Qué tal lo tuyo?

—Así así. Yo no quiero usar los palillos. ¿Tienen aquí tenedores?

—Como soldado húngaro, ¿había que hacer el saludo hitleriano?

—Qué va.

—A fin de cuentas, éramos los aliados más leales de Alemania.

—¿Estás insinuando que tu abuelo era nazi?

El diálogo desembocó, por supuesto, en una discusión. Hitler, gulag, religión y vodka: demasiado para nosotros. A cada minuto aumentaba mi rabia, hablaba más alto y crecía mi embriaguez, pues, como siempre, tenía la sensación de no llegar a él. Me podía haber desnudado, tumbado sobre la cinta transportadora, podía haber bailado, gritado a voz en cuello, y él no lo habría notado. Todo le resbalaba. Le conté que acudía dos veces por semana al diván de un psicoanalista, pensando que de este modo lo sacaría de su reserva; le dije que me hago preguntas acerca de mi origen y mi identidad.

—A menudo me siento como si no existiese. ¿Comprendes?

Pues no lo comprendía. No me hacía caso, ni cuando yo era niño ni ahora, lo cual me sacaba de mis casillas. Mis palabras no penetraban en él. Yo veía que le resbalaban como copos de nieve en la ventana que se juntaban en el suelo formando un inútil montón de barro. Me levanté y lo sacudí mientras a nuestro lado el pescado crudo pasaba de largo.

Ignoro por qué lo hice. En el colegio participé en un par de peleas, y una vez, de atardecida, en un bar; pero nunca fui demasiado fuerte, me faltaba práctica en materia

de violencia. Ahora agarré su jersey de lana roja con cremallera. Se lo había regalado por su cumpleaños su nueva mujer. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía quince años. No le pegué, pero faltó poco..., y él no opuso resistencia. Ni me empujó hacia atrás ni me levantó la voz; estaba dispuesto a rendirse. Permanecimos así unos cuantos segundos durante los cuales no miré sus ojos, sino la montura metálica de sus gafas, olvidándome de todo lo demás a mi alrededor: los comensales de la mesa vecina, el *sushi*, Moscú, el gulag. En algún momento lo solté, volví a sentarme y ya no podía más.

—Es por el vodka —dijo él después de un rato, y se arregló el jersey.

—Por el vodka —dije completamente avergonzado, oyendo a mi pulso golpear contra el cráneo. Cogí uno de sus cigarrillos y lo encendí, aunque hace años que no fumo. No tenía valor para levantar la mirada del tablero de la mesa, hasta que mi teléfono se puso a vibrar. Mi mujer me mandaba un mensaje de texto: «El niño está enfermo. ¡Amigdalitis!».

—Lo que faltaba —dijo él al leerlo, negando con la cabeza—. Y ¿qué hacemos ahora?

¿Qué hacemos ahora? No lo sé. Tú eres el padre, pensé. Tú tienes que saberlo.

Como el taxi costaba demasiado, volvimos a cruzar las puertas batientes y pasamos junto a las berzas, los rábanos picantes y los hombres, con palillos en la comisura, que vendían pilas; cogimos el metro y nos fuimos al hotel. No hablamos hasta llegar a la habitación, en la planta 14 de aquella fea torre de aquella fea ciudad en la que por poco no le rompo a mi padre la nariz. Se puso el pijama. Yo estaba en calzoncillos cuando nos abrazamos en silencio.

Me desperté, y durante la noche no se me había pasado la vergüenza. Nos vestimos, desayunamos y salimos a la calle. Teníamos una cita con Dimitri Petrov e hicimos como si la víspera no hubiera pasado nada. Petrov es el director de una organización llamada Memorial, que desde finales de los años ochenta se ocupa de cuestiones relacionadas con la tiranía comunista. De forma similar a Yad Vashem en Jerusalén, se proponen hacer públicos los nombres y las biografías de todas las víctimas. Petrov estaba sentado en su pequeña oficina. Por todas partes, libros y cajas llenas de prospectos. Sobre Stalin, según dijo, no se sabe nada en Rusia. En las escuelas se cuenta muy poco. Hay incluso tentativas de rehabilitarlo. Un par de locos pretenden erigirle un obelisco en la provincia. Petrov se reía. Sus cabellos largos, grises, le caían sobre la cara.

—Con Putin, las cosas han empeorado.

Yeltsin ordenó abrir los archivos. Sin embargo, desde que Putin está en el poder, de nuevo impera el silencio.

—Nosotros no somos como los alemanes. No analizamos el pasado ni confesamos errores ni reconocemos nuestra culpa. Entre nosotros se dice lo siguiente:

hubo campos de concentración, el gulag existió, Stalin tenía facetas negativas, pero consiguió grandes victorias y nos trajo el progreso económico. Los momentos heroicos de la Historia de Rusia tienen prioridad sobre los capítulos oscuros.

Hace unos años, la organización de Petrov presentó una lista de demandas encaminadas a la superación del pasado. Los archivos secretos debían ser abiertos y el terror de Stalin tratado de manera adecuada en los libros escolares. Propuso la construcción de un monumento como el dedicado en Berlín al Holocausto, así como de un conjunto de museos pensados para colegiales y científicos. El entonces presidente, Medvédev, anunció que se ocuparía del asunto lo antes posible, pero no se ha hecho nada.

Petrov hojeó el acta de mi abuelo, que yo le había entregado. Por la ventana entraba poca luz en la habitación. Leyó la sentencia de muerte que se le aplicó. Leyó lo relativo al traslado de Vorónezh a Stalingrado y desde allí a Asbest. Fuera se oía el rumor de los coches. Mi padre estaba sentado a mi lado. Me daba cuenta de que Petrov le caía bien. Se reía, hacía bromas. Cuánto más fácil, pensé, le resultaba hablar de comunismo y del gulag que de sí mismo. Formuló preguntas, citó frases de libros, mostraba curiosidad. Tan sólo cuando se trataba de nosotros, de mi madre, de mí, del trato con sus hijos, se fatigaba y se volvía monosilábico. ¿Sería esto lo que diferenciaba mi generación de la suya y de la de Petrov? ¿Que no hemos visto a una potencia extranjera cambiarlo todo desde fuera, sin que uno, como individuo, pueda hacer nada por defenderse? Esa experiencia nos falta. La conciencia de ser impotentes, de no ser el centro del mundo y tener que aceptar que otros emitan juicios sobre nosotros. A cambio, éramos expertos del yo, discutíamos noches enteras sobre nuestras relaciones, nuestras preferencias sexuales y nuestra alergia al gluten. ¿Mirábamos quizá demasiado hacia dentro, mientras ellos sólo veían lo de fuera?

Mi padre y Petrov hablaban ahora de Mátyás Rákosi, hijo de un comerciante judío, que en los años cincuenta llegó al poder en Hungría. Muchos comunistas que ocupaban altos cargos, como los jefes del partido Ernő Gerö y József Révai, o como el fundador de la policía política Gábor Péter, eran judíos. La hostilidad contra los judíos que hoy se respira en Hungría remite en parte a dicha circunstancia. Es el argumento principal de los antisemitas. Se oye en las manifestaciones del partido del gobierno y puede leerse en los foros de internet: los judíos no sólo controlaban los bancos y los medios de comunicación, sino que después de la guerra se convirtieron en comunistas modélicos, lo que, desde la perspectiva de hoy, constituye uno de los insultos más ofensivos que se puedan proferir.

—Rákosi es uno de los mayores criminales de la historia —oí que mi padre le decía a Petrov—, un dictador a cuyo lado Gadafi parece un colegial.

Y otra vez hirvió dentro de mí la cólera que me había entrado el día anterior en el

restaurante japonés. ¿Qué puñetas hacía yo allí? ¿Qué se me había perdido? Me había preparado bien para este viaje. Había leído el acta de mi abuelo, las anotaciones de Shalámov sobre su estancia en el gulag, la biografía de Stalin escrita por Baberowski; pero ahora sentía como si me hubiera mentado a mí mismo.

¿Acaso no había volado a Siberia para que mi padre se percatase por fin de que existo? Y ahora que estábamos aquí, no podía menos de comprobar que él no me tomaba en cuenta porque había un montón de cosas en medio que le impedían verme: el comunismo, el gulag, Rákosi, nuestros antepasados con uniforme, hombres con espada, mujeres con faldas amplias. Todos ellos se interponían entre él y yo. Por ahí andaba asimismo Lenin y sonreía. Nada extraño, pues, que mi padre fuera incapaz de reconocermelo. Así y todo, quien más se hacía notar era Stalin. Agitaba las manos, retorció su imponente bigote. «¡A mí tú no me ahuyentas!», me gritó. Y vi sus dientes amarillos. Me podía caer de un muro alto como cuando era niño, me podía teñir el pelo al modo de un adolescente, sacudir a mi padre como ayer... Stalin tenía razón. Contra él no tenía ninguna posibilidad.

Recuerdo una conversación telefónica con mi padre pocas semanas antes de nuestro viaje a Siberia. Me contó que la televisión llevaba todo el día poniendo películas sobre la revuelta de 1956, cuando los húngaros se rebelaron contra los comunistas. Todos los años se rememora dicho día. Hay desfiles, conmemoraciones, conferencias, gente que deposita coronas de flores y enciende velas.

—La insurrección popular —me dijo— fue en realidad el acontecimiento más importante de mi vida.

Agregó que se había pasado el día entero aquejado de melancolía en el salón de su casa.

—Lloré por dentro. Eso tú no puedes entenderlo.

—Pues claro que te entiendo —le respondí. Acto seguido, me mostré preocupado—: ¿Ya te sientes mejor?

Pero ahora, en la oficina de Petrov, no lo entendía de ninguna manera. Si la insurrección popular de 1956 fue el acontecimiento más importante de su vida, entonces ¿qué había sido yo? ¿Qué habían sido mis hermanos? ¿Ocupábamos el cuarto puesto? ¿El quinto? ¿O nos habíamos caído, como los tenistas en un mal año, de la lista de los diez mejores? ¿Estábamos por delante de la toma del poder de los comunistas en 1948 o un poco por detrás del bombardeo de Budapest? ¿Rivalizábamos por el tercer puesto con su emigración a Suiza?

Petrov continuaba pasando las hojas del acta.

—Qué lástima —decía una y otra vez.

Mi abuelo trabajó durante un tiempo como sanitario para un médico alemán. Se podía leer que había sido enfermero.

—En otoño de 1953 trató de huir.

Nos leyó el pasaje en voz alta. Ordenanza 97, campo 84, división 2: a mi abuelo lo sorprendieron planeando la fuga, y como castigo fue encerrado durante un mes en el calabozo. Sucedió el año en que murió Stalin y a Kruschev lo nombraron secretario general. Por entonces se puso en libertad a muchos presos de guerra, pero mi abuelo no estaba entre ellos.

—El que demostraba a la administración del campo que era un buen comunista, leía a Marx y participaba en los cursos antifascistas podía concebir esperanzas sobre su pronta liberación —explicó Petrov.

Mi abuelo, a quien Petrov, en confianza, llamaba Feri, no hizo nada de aquello.

—Feri pasó los últimos años metido en el calabozo.

Petrov pasaba las hojas ordenadas por meses: noviembre de 1953, febrero del 54. Mátyás Rákosi, el pequeño Stalin, ya había sido desalojado del poder. Kruschev prefirió al moderado Imre Nagy. Los cancilleres de Alemania y Austria, Konrad Adenauer y Julius Raab, presionaron para que los últimos cautivos de guerra fueran liberados. Y así fue como sucedió el 20 de noviembre de 1955 el hecho recogido en el documento número 03-1875446: «Queda cerrado el caso del prisionero de guerra Batthyány, Ferenc, nacido el año 1915 en Kittsee».

Las últimas semanas antes de su repatriación lo cebaron con pan, fiambre y sopa. Nadie debía encontrar a su llegada rastros de las penalidades de los diez años anteriores. En el tren, de camino a su país, le siguieron inculcando las tesis de Marx y Engels, en la esperanza de que después, en casa, ejerciera de buen socialista. Mi abuelo llegó a Sighetu Mamatiei, en la frontera de Hungría con Ucrania. Donde, diez años atrás, 20 000 judíos habían sido deportados a Auschwitz, había ahora unas cuantas tiendas de campaña de la Cruz Roja. Los que regresaban de Rusia no debían, como los buceadores, salir directamente a la superficie, sino descansar primero, reducir la presión, comer, dormir. En las Navidades de 1955, él le mandó un telegrama a mi abuela: «Llego mañana a mediodía si no me muero antes de emoción».

Mi padre tenía entonces catorce años y no había visto a su padre salvo en unas pocas fotos. Vio a su madre limpiar la vivienda, mientras sobre la chapa hervía una cazuela con sopa de carne. Todo el día estuvo esperando al sonido metálico de la portezuela del jardín, y cuando ya había oscurecido y él, muerto de sueño, estaba a punto de dormirse junto a la mesa, apareció de repente un hombre en uniforme y con una mochila a la espalda.

—¿Sabes quién soy? —preguntó el soldado desconocido, que era calvo y tenía mala dentadura, que pronto enfermaría de demencia y sentiría frío en los pies hasta el día de su muerte.

Mi padre asintió.



A los pocos meses de su vuelta de Siberia, en medio de las turbulencias ocasionadas por la insurrección popular de 1956, mi abuelo abandonó Hungría en compañía de su mujer y su hijo; se dirigió a casa de tía Margit y tío Ivan, a Villa Mita, en Lugano, y de allí a Renania, donde trabajó de apoderado para una acería Thyssen. Sorprendentemente, en los años sesenta y setenta, aún se encontraba con muchos de sus antiguos compañeros de cautiverio. Llamaban a sus frecuentes visitas mutuas *coloquios del campo de prisioneros*. Tomaban tarta, cerveza y vino en algún lugar de Alemania. Los niños jugaban a los indios. Las mujeres fumaban y los hombres juntaban las cabezas.

—¿Os acordáis de cuando sacábamos asbesto de las rocas, a treinta grados bajo cero? —susurraban.

Se sentaban en sillas de jardín, hechas de plástico de colores llamativos. Tenían encendido el televisor en la sala de estar y Gerd Müller metía goles todos los sábados para el Bayern de Múnich.

—¿Recordáis que comíamos jabón para provocarnos fiebre?

Mi abuelo, sin embargo, pronto daba muestras de aburrimiento. Ocultaba sus bostezos como un niño formal.

—Pero, hombre, Feri, ¿no te acuerdas?

Pues no muy bien. Los detalles se le difuminaban. Los nombres de los sitios no se le ocurrían. Pero sus camaradas de entonces, antiguos miembros de la Wehrmacht (quién sabe lo que hicieron por Hitler en la guerra), no se tomaban a mal que acudiera cada vez menos a las citas y un día dejara de ir.

—Pero, hombre, Feri, ¿dónde te has metido?

Se incomodaban. El que uno mostrase un comportamiento extraño y no quisiera o no pudiera recordar equivalía para ellos a una nueva herida de guerra. Hasta que mi abuelo perdió por completo la memoria, y la vida cotidiana, consistente en la repetición incesante de pequeños actos (el picatoste por la mañana, el baño y el paseo por el parque) cubrió las imágenes de los viejos tiempos.

Una mañana llegó la carta. La abrió despacio, cogió la lupa, leyó y leyó meneando su cabeza monda. No entendía ni el encabezado ni el texto. La carta empieza con estas palabras: «¿Se acuerda usted de un joven teniente ruso?». Era el ruso de entonces, Efim Etkind, que lo había tenido a su lado como intérprete. Escribió que llevaba largos años buscándolo y había dado con sus señas por casualidad. Que si podían verse. Y así fue como tomaron asiento uno frente al otro unas semanas más tarde. Dos señores mayores unidos por la Historia universal.

—¿Quién eres? —le preguntó mi abuelo.

—Efim Etkind.

—Aún tienes mucho pelo.

—Comparado con un huevo..., sí.

Unos meses después, mi abuelo falleció.

Por la tarde volamos de Moscú a Ekaterimburgo, donde nos dedicamos durante cuatro días a buscar vestigios del campo de prisioneros. Teníamos una destartalada furgoneta amarilla, un conductor parecido al artista chino Ai Weiwei y una intérprete sin sentido del humor, llamada Svetlana, que nos acompañaron en nuestro recorrido. Ella nos contó que en los últimos años venían cada vez más visitantes: italianos, finlandeses, japoneses...

—Desean averiguar lo que vivieron sus padres y abuelos.

Fuera había nieve, no muy alta pero suficiente para que lo cubriera todo.

—Una temperatura muy agradable para esta estación del año. Quince grados bajo cero —dijo Svetlana—. Hay días en que cuesta respirar porque el aire frío causa dolor en los pulmones.

Ekaterimburgo se encuentra en los montes Urales, que separan Europa de Asia. Desde aquí hasta Magadán, junto al mar de Ojotsk, al final de Siberia, hay 8500 kilómetros. En medio se extiende la tundra, el lago Baikal y la estepa interminable, que en verano se infesta de mosquitos y en invierno se cubre de permafrost.

Viajamos a una pequeña ciudad llamada Revda, en la cual mi abuelo fue retenido en 1952 durante unos cuantos meses. Sección del campo número 4.

—Aquí no hay mucho que ver —dijo Svetlana, quien ya había estado en aquel lugar con algunos alemanes. Tan sólo en el norte de Siberia, en lo profundo del bosque, quedaban antiguas torres de vigilancia y restos de alambradas congelados en el hielo perpetuo. «Como si hubieran vivido allí personas semanas antes», había leído yo en el reportaje de alguien que había vagado durante días por la nieve, hasta toparse con barracones y cascos originales. La nieve siberiana lo conserva todo, según escribía el autor. Hasta se podía percibir la atmósfera de entonces.

Nuestra furgoneta amarilla no se detuvo delante de ninguna torre de vigilancia, sino ante una granja avícola rodeada por una valla de madera. Y, al apearnos, hundimos los pies hasta los tobillos en la nieve.

—En algún sitio, por aquí cerca, estuvo su abuelo —dijo Svetlana.

—¿Aquí?

¿Habíamos recorrido miles de kilómetros para pararnos delante de una cerca? Mi padre tosía y echó mano de sus cigarrillos. Desde que aterrizamos en Moscú, fumaba de nuevo. Me dijo, después de salir de un estanco con un par de paquetes de Marlboro, que porque estaba nervioso. Esa tos, ese ligero estertor que oía ahora mientras el penetrante hedor de las gallinas hería mi olfato, me recordó mi infancia: el paquete de Marlboro en el bolsillo de su camisa, bajo el jersey; el ruido al rasgar el papel plateado. Lancé una mirada hacia la granja e imaginé miles de gallinas mal alimentadas sobre barras cubiertas de excremento, arrancándose las unas a las otras las plumas a picotazos, al tiempo que ponían sin alegría pequeños huevos que acabarían en las sartenes de los moradores de un séptimo piso, en un bloque de

viviendas sin balcones.

Nuevamente tuve que pensar en lo raro que era que no hubiese en ninguna parte placas conmemorativas ni nada que indicase lo que había sucedido allí alguna vez. Unos seres humanos viven y trabajan, tienen hijos y se casan y crían gallinas donde en otra época hubo explotación y asesinatos. A mí siempre me ha fascinado la relación del pasado con el presente. ¿No era esto lo que me faltaba en Suiza? ¿No ocurría que allí las calles, las casas, los barrios no contaban ninguna historia porque apenas acontecieron en ellos transformaciones, y si las hubo, sólo para bien? ¿No tienen algo de insensibilizadores esos años de estabilidad y seguridad que en Suiza todo el mundo alaba? ¿No falla la profundidad de campo cuando todo va de continuo a mejor?

Me gustaban en especial las placas de latón, a la entrada de las casas de Viena o Budapest, que explican en una frase lo que ocurrió en el edificio alguna vez, quién vivió allí o quién murió. Me hice adicto al pequeño escalofrío que me causaban aquellas pocas palabras, la idea de que un colegio de nuestros días albergó años atrás un hospital de campaña o una cámara de tortura. ¿Acaso una casa era algo diferente de un corte en el tiempo, algo así como una muestra de suelo en la que se perfilan distintos tipos de sedimentos repartidos en capas superpuestas, cada una de las cuales da testimonio de un acontecimiento concreto del pasado?

—Volvamos adentro —dijo mi padre, y Ai Weiwei arrancó el motor. Yo me quedé un momento parado, incapaz de apartar la mirada de aquella prisión de gallinas. Quizá podía salir de ella un hombre cargado con comederos vacíos que se llenaría de asombro cuando supiese lo que habíamos venido a buscar allí. Quizá el hombre se llamase Simanovski y fuera el hijo del antiguo guardián de mi abuelo, el mayor que le tomaba la temperatura y lo enviaba cada dos por tres al calabozo. ¿Por qué no? Prisión de hombres, prisión de gallinas... Todo quedaba en la familia. Sólo después de que Ai Weiwei hubiese tocado la bocina y me indicara que debía montarme, me moví del sitio.

El último día viajamos a Asbest. Nos acompañó Vladimir Motrevitch, profesor de la Universidad de Ekaterimburgo. Desde hace años se ocupa de los cerca de cien campos de prisioneros que hubo en este territorio, el Óblast de Sverdlovsk. Motrevitch llevaba a cabo exhumaciones con regularidad, abría tumbas, buscaba vestigios de los viejos tiempos. Los húngaros, según decía, eran los más resistentes. Se habituaban mejor al frío que, por ejemplo, los italianos. Motrevitch se refirió a la hambruna reinante en los años de posguerra, entre 1946 y 1949.

—A menudo, los prisioneros del campo lo tenían mejor que la población.

Dijo asimismo que no era muy querido en la zona, pues todos desean olvidar lo que ocurrió y él había venido a sacar la historia a la superficie.

—Hubo casos de canibalismo —dijo en ruso.

Svetlana traducía mientras la furgoneta amarilla avanzaba a duras penas por las

carreteras heladas de un paisaje nevado.

—El profesor Motrevitch dice que era habitual comerse a los niños.

Sin tiempo de que ella se diera cuenta de lo que había dicho, el profesor siguió hablando. Dijo que miles de personas se suicidaron. Y yo miré a mi padre.

—¿Dónde nos hemos metido?

—¿No te dije que estamos en el infierno?

Svetlana, al percatarse de nuestro asombro, dijo:

—Las condiciones de vida de entonces eran trágicas. Hoy, naturalmente, no es así. En verano se pueden dar unos paseos estupendos en bicicleta.

—¿Qué verano? —pregunté.

Motrevitch se echó a reír al ver nuestras caras. Llevaba puesto un gorro grande de piel, de esos que sólo sientan bien a los rusos. Se lo quitó, lo que en parte redujo su acentuado carisma. Svetlana no cesaba de ponderar la zona, la naturaleza, la comida.

—También hay una orquesta —dijo.

La furgoneta atravesó bosques de árboles pelados y pasó junto a fábricas con tuberías enormes que rodeaban como serpientes los edificios.

—Buenas universidades —continuó hablando Svetlana.

Y al cruzar un viejo paso a nivel, la furgoneta derrapó ligeramente.

La mayoría de los 70 000 habitantes de Asbest viven de la mina. Es, por decirlo así, una monociudad como tantas otras de Rusia, en las que todo el mundo trabaja para la misma empresa: si Asbesto de los Urales cerrara, miles de personas perderían su único medio de subsistencia. No hay un centro urbano; sólo un par de calles, los numerosos edificios de las fábricas y la mayor mina de asbesto a cielo abierto del mundo: once kilómetros de largo, trescientos metros de profundidad, un cráter erizado de excavadoras y grúas que escarban esta herida gigantesca y sacan cada día nuevo material que es vendido a China y la India (en Europa, el asbesto está prohibido), donde las fibras se adhieren a los alvéolos pulmonares y, con los meses y los años, acaban formando pequeños nodos.

Los habitantes de Asbest hablaban del polvo que todo lo cubre: los vidrios de las ventanas, las sábanas de lino recién lavadas puestas a secar en el jardín, las zarzamoras... Y sufrían de toses dolorosas que no desaparecían. *Las agujas blancas*, así es como llaman hoy en día al asbesto.

—A menudo se juntaba tanto polvo en las fábricas —recordaba un jubilado con el que entablamos conversación— que uno no podía ver sus propias manos.

Otro nos detalló sus problemas pulmonares, por más que nunca había sido fumador. No por ello pensó jamás en abandonar este sitio. ¿Adónde iba a ir?

Mi abuelo llegó aquí a finales del verano de 1953. Hay un acta de prisionero en la que se queja de problemas físicos: «Tengo los nervios destrozados. Estoy débil y enfermo. En mi estado, cualquier tipo de trabajo me supondrá la muerte. Siento que yo mismo me destruyo y necesito recuperarme». No se tuvo con él la menor

consideración. En el documento puede leerse que el prisionero estaba capacitado para trabajar. Le proporcionaron el atuendo correspondiente a la estación del año y lo llevaron a la mina. En el acta no consta en qué consistía su trabajo. El profesor Motrevitch afirmó que los prisioneros de guerra hacían la tarea que hoy realizan las máquinas y que muchos perdieron la vida por las secuelas del trabajo y las duras condiciones.

Contó que había descubierto varios cementerios en los alrededores de Asbest, y, entre otras, las tumbas de seis generales de la Wehrmacht. La administración de los distintos campos registraba escrupulosamente los casos de defunción y trazaba planos que iban a parar a los archivos del Ministerio del Interior, donde se guardaban con el sello de *alto secreto*. Cuando los habitantes de Asbest averiguaron en los años noventa cuántas personas habían muerto no se lo podían creer, según dijo Motrevitch, que se puso de nuevo el gorro. La gente estaba conmocionada, preguntándose cómo había sido posible una cosa así. Y, además, delante de sus ojos. Lo mismo que los habitantes de Rechnitz, los mayores, que afirmaban no saber nada de la matanza de los judíos, la gente de Siberia se mostró sorprendida cuando se enteró de lo que había ocurrido a plena luz del día mientras ellos permanecían sentados en sus pequeñas viviendas.

¿Cómo se puede estar tan ciego?, me pregunté. ¿Cómo es que todo un pueblo se niega a ver? ¿La situación ha mejorado hoy en día?

De acuerdo con el acta, mi abuelo intentó escapar de nuevo en el invierno de 1953. Lo pillaron metiendo en su mochila pan y fiambre. No confesó la tentativa de fuga, pero todo indicaba que se proponía llevarla a cabo, según el mayor Simanovski, a quien yo conocía por los documentos. Le leí a mi padre el pasaje. Me agradaba que Feri hubiera intentado escaparse. Distintos testimonios demuestran que se empeñó en convencer a la administración del campo de que él no era húngaro, sino austriaco. Escribió que la mayor parte de las propiedades de su familia se encontraban en un territorio que en la actualidad pertenece a Austria. De este modo confiaba en recibir un trato mejor y volver antes a casa. No obstante, sus peticiones fueron rechazadas, lo cual por lo visto contribuyó a que se radicalizara. Robaba comida no sólo para sí mismo, sino también para otros, tal como consta en el acta con fecha de abril de 1954. Protestó por la ropa deficiente en mayo de 1954 y se negó a trabajar los domingos. «Soy católico y en mi religión los domingos son días de descanso.» A partir del invierno de 1954, está continuamente en el calabozo, un recinto estrecho sin calefacción ni luz diurna, como relata Motrevitch. «El prisionero Batthyány — escribió, no Simanovski, sino un tal señor Kusnezov— trabaja mal y no cumple con las normas de producción. Influye negativamente en los demás miembros de su brigada.»

—¿No es maravilloso? —le pregunté a mi padre—. Opuso resistencia. Se

defendió y no dio su brazo a torcer. No era un gallina.

—¿Qué hay de maravilloso en esos años? —replicó.

El resto de la mañana lo pasó en silencio dentro de la furgoneta. Por cortesía intercambió algunas palabras con Svetlana, pero la mayor parte del tiempo estuvo inmóvil mirando por la ventanilla.

Fuimos a una urbanización venida a menos, en la periferia de Asbest. El profesor conocía a una antigua enfermera, de más de noventa años en la actualidad, que solía ocuparse de los prisioneros de guerra. Tatiana Vodamonía cogió la lupa con mano temblorosa y la sostuvo sobre las dos fotos de mi abuelo que acompañaban al acta. Habíamos tomado asiento en su pequeño piso. ¿Qué sucedería si lo reconocía? ¿Si resultaba que lo cuidó? ¿O que trabajó con él, puesto que había sido sanitario?

Primero contempló la foto que mostraba a Feri en 1945, joven y sano. Después la otra en la que se veía al prisionero enfermo. «Siento que yo mismo me destruyo.» Esa frase del informe no se me iba de la cabeza.

Tatiana no lo reconoció. Habló, en cambio, de trenes repletos de hombres extranjeros, escuálidos, desesperados. Las mujeres del pueblo se compadecían de ellos, pero ¿qué podían hacer? Ellas mismas pasaban hambre; muchas estaban solas, ya que sus maridos habían perdido la vida en Stalingrado o en cualquier otra batalla.

—Tenían que trabajar doce horas diarias —contó Tatiana—. Pero lo peor era el frío. En los barracones no había estufas de leña, que, por otro lado, sólo calentaban a los que se sentaban cerca.

Los prisioneros confeccionaban con latas de conserva pequeñas lámparas de gasolina, llamadas *kolimka*, que daban un poco de luz y corrompían el aire.

—Por las mañanas hacía tanto frío en las camas que el pelo helado se pegaba a la almohada.

Se refirió a las escasas relaciones amorosas entre los prisioneros y las mujeres rusas. Algunos alemanes, terminado su cautiverio, se quedaron y siguieron trabajando voluntariamente en Asbesto de los Urales.

Por la tarde reanudamos el viaje a través de la nieve. Motrevitch tenía viejos planos de campos de prisioneros en la mano y señalaba con el dedo fuera del vehículo.

—Por aquí, en alguna parte, estaba el campo número ochenta y cuatro, cerca de las vías.

Yo llevaba el acta de mi abuelo sobre las rodillas: fotocopias de interrogatorios, planos, informes médicos. Recuerdo un pasaje donde se decía que mi abuelo se había herido la mano «trabajando en las vías».

—Espere un momento —dije, y Ai Weiwei frenó.

Nuestra furgoneta amarilla paró en medio de la carretera. Los limpiaparabrisas se movían y el ruido que hacían en sus oscilaciones sonaba como el pulso arterial de un viejo rocín. Las ventanillas estaban empañadas. Y cuando las frotábamos con

nuestras mangas veíamos un bosquecillo de abedules, mucha nieve y ni rastro de barracones, calabozos o torres de vigilancia. Para mi asombro, mi padre, tan cansado durante todo el día, se puso de pie, abrió la puerta corredera de un tirón y salió al frío.

—¿Adónde vas?

—¿No hemos venido a echar un vistazo?

—¿Y si nos hemos equivocado de sitio?

Pero él ya estaba descolgándose por un talud, resbaló y se puso de pie sin sacudirse la nieve de los pantalones. Yo fui detrás. Esperaba que de un momento a otro diera marcha atrás. Las ramas le golpeaban en el rostro. Los pies hundidos en la nieve. El viento frío. Enseguida empezará a soltar tacos, pensé. Pronto volverá a la furgoneta. Éste no aguanta ni dos minutos. Pues, en lugar de eso, continuó caminando, dejando atrás los árboles jóvenes, sin parar de adentrarse en la nada.

—Fue aquí —dijo.

Algo se transformó en la expresión de su cara. Su mirada se agrandó. Vi alrededor de sus labios una especie de alegría infantil. Andaba por la nieve con la espalda recta. Ya no parecía ensimismado. No sé cuándo lo había visto así por última vez.

Descubrimos un poste partido, de hierro roñoso, clavado en el suelo. Yo ya quería volver a la furgoneta cuando él dijo:

—¿No sería esto la letrina?

—¿La letrina? —repetí—. ¿Hemos encontrado su letrina?

Hizo un gesto afirmativo, mirándome pletórico de vida.

Ahora era yo el resignado, el que sentía frío mientras mi padre sostenía un nuevo objeto en las manos, el pedazo de un viejo tronco que estudiaba como si fuese un experto en madera.

—Tendrá más de setenta años. ¿No tocaría él este árbol?

Y se metió el pedazo de madera en el bolsillo de la chaqueta. No me lo podía creer.

—Lo colocaré encima de la mesilla —dijo.

Yo asentí, sintiéndome tan inútil como el día anterior en la oficina de Petrov. No sabía qué hacer, así que cogí una rama, pero me pareció estar incurriendo en una simulación. A mi padre le venían nuevas ideas. Subió a una pequeña colina y oteó el terreno; encontraba cosas interesantes detrás de cada árbol.

—Habría que erigir un monumento —dijo.

Toda mi atención estaba concentrada en los dedos de mis pies; casi no los notaba por culpa del frío. Él no se cansaba de explorar el bosque de abedules cubierto de nieve.

Llevábamos una media hora andando por allí cuando se esfumó el hechizo de su cara y desapareció la tensión de su cuerpo como cuando se pasa el efecto de una droga. En silencio volvimos a la furgoneta, donde Svetlana, Ai Weiwei y el profesor nos estaban esperando.

Pronto oscureció y mi padre se quedó dormido antes de que hubiéramos



alcanzado la autovía. Tenía las manos entre las piernas y parecía un niño. La rabia que me había acompañado todos esos días se volatilizó. Nunca, en tantos años, había visto a mi padre tan vivaz, tan lleno de curiosidad. Ni cuando nacieron mis hijos ni el día de mi boda. El bosque, la letrina y el pedazo de madera que ahora llevaba dentro de su chaqueta tuvieron en él mayor repercusión que cuanto yo había hecho a lo largo de mi vida.

Yo había viajado a Siberia para entender que no podía hacer nada contra la Historia del mundo ni contra todas esas guerras que poblaban como fantasmas la cabeza de mi padre. Por eso ya no estaba rabioso ni con ganas de dar gritos. No, era algo peor. «Stalin —susurré para mí— robó primero las tierras a tu familia, después encerró a tu abuelo y te arrebató más tarde a tu padre.»

Al día siguiente emprendimos el vuelo de regreso. Lucía el sol y los cristales de hielo destellaban en las ventanillas del autobús que nos llevaba al aeropuerto. Svetlana nos dijo al despedirse que deberíamos volver en verano, cuando todo se cubre de flores, y nosotros le prometimos que así lo haríamos, aunque sabíamos que no volveríamos a ver Asbest jamás. Aún nos quedaban dos días en Moscú. Nos sentíamos como si hubiéramos venido de la selva y no existiera nada que pudiera impresionarnos. Bebíamos vodka ya a mediodía, fumábamos como rusos y empujábamos como quien no quiere la cosa las puertas batientes que días antes nos habían causado tantos problemas. No nos peleamos. Hablábamos de esto y de lo otro... y por una vez no éramos como los imanes. Luego volamos a Múnich, donde hicimos transbordo, él a Budapest y yo a Zúrich.

## DIARIOS V

Agnes

*En Budapest, al principio, pernoctaba en un campo de refugiados al que llegaban personas que, como yo, no sabían adónde dirigirse. Que venían en busca de su vida pasada pero no la encontraban. Después de un tiempo, incluso empecé a trabajar allí repartiendo mantas. La actividad me sentaba bien; pero luego contraí hepatitis. Estaba sola, sin nadie que se ocupara de mí. Me llevaron al hospital, donde me cuidaron y pronto me recuperé, aunque no estaba del todo bien. Un día vino una enfermera y me dijo: «Ya sé lo que te falta. Te sientes sola, no tienes a nadie con quien hablar. Mira el pasillo. Ahí hay un hombre, un polaco. Estuvo en Auschwitz como tú. Está aquí porque tiene agua en los pulmones. También se siente solo. Quizá te haría bien hablar con él». El polaco con agua en los pulmones acabaría siendo mi marido.*

*Pasábamos mucho rato juntos. Él era un sionista convencido que ayudaba a la gente a viajar a Palestina; el Estado de Israel aún no existía por entonces. Una y otra vez debía ausentarse de la ciudad durante varios días, pero siempre regresaba. Tenía cinco hermanos y una cuñada. El resto de sus familiares habían perecido en los campos de concentración, también su mujer y su hijo. Le habría gustado emigrar conmigo a Israel y empezar allí los dos juntos una vida nueva. Yo dudaba. Sabía que mis padres no vivían; pero ¿debía dejar Hungría para siempre? Quién sabe si quizá había alguien que conociera más detalles relacionados con ellos y tuviera información de cómo habían fallecido. Y así, yo andaba a la deriva; iba de un lado a otro buscando sin saber lo que buscaba, con miedo de perder el juicio. Al final me decidí por él. Un rabino, al que yo conocía de los viejos tiempos, nos casó.*

*Abandonar Hungría no era tan sencillo, pues el país había sido entretanto ocupado por los rusos. Nos agenciamos papeles falsos, viajamos a Fiume, después a Milán y, desde allí, a un pueblo pequeño próximo a Turín, donde la familia de él nos esperaba en un viejo palazzo. Éramos libres. Sin embargo, teníamos una sensación constante de inseguridad.*

Maritta

*Goga estaba cada vez más débil. Una noche le di un somnífero para aliviar sus dolores. Al día siguiente, me di cuenta con horror de que había perdido el sentido. El guarda esparció heno en su carro y lo enganchó a dos míseros bueyes. El hospital más cercano se encontraba a nueve kilómetros de distancia. Colocamos a la agonizante sobre aquel lecho rudimentario y nos pusimos en marcha. Dando tumbos*

cuesta arriba y cuesta abajo por un camino pedregoso, accidentado, fue llevada Goga entre sacudidas a la vida eterna. Y con ella perdió mi viejo mundo su último faro. Poco tiempo más tarde tuvimos que mudarnos de nuevo, pues los comunistas nos quitaron el pabellón de caza en el que habíamos estado instalados tan a gusto. Nos enviaron a una aldea situada en los confines del mundo. Vivíamos separados en dos granjas. Mis padres compartían dos habitaciones con unos campesinos. Mi madre, justo ella, dormía en la cocina. Yo ocupé con mi hijo una habitación en casa de una familia a la que no le caíamos especialmente bien. Aquello era como una prisión y, de hecho, lo era. Claro que no se puede comparar con la de mi marido; pero en todo caso estábamos privados de cualquier perspectiva de futuro. Tan sólo el bosque nos ofrecía protección y consuelo y leña. La administración forestal del Estado nos empleó como jornaleros. Unos pocos años antes, todo aquel terreno había sido nuestro.

### Agnes

Vivimos un tiempo en aquel pueblo italiano. Los preparativos para la continuación del viaje se estancaron. Y de manos a boca recibí un telegrama de la Cruz Roja en el que se me comunicaba que mi hermano había sobrevivido. Me llevé una alegría enorme. «No voy a ningún sitio —dije— sin antes saber qué ha sido de mi hermano.» Conque volvimos a separarnos en dos grupos. La familia de mi marido partió hacia Palestina, nosotros nos quedamos en el pueblo. Pero la vida en Italia tampoco era fácil. Había mucho desempleo. La policía nos importunaba, venía con frecuencia a casa y quería saber qué hacíamos. Así transcurrieron tres años. Llegó un momento en que nos cansamos de esperar. No lográbamos persuadir a mi hermano a que nos acompañara. Solicitamos visados en el consulado de Argentina y poco tiempo después subimos a un barco con rumbo a Sudamérica.

Mi marido tenía una tía en Buenos Aires; fue ella la que nos recibió. No poseíamos nada salvo algo de ropa, la foto de mis padres cosida a la caja de margarina y el cinturón que mi marido le había quitado a un guardián de Auschwitz el día de su liberación. Subimos a un taxi y de pronto estábamos en medio de la ciudad. Era el año 1948.

Mi hermano no quiso venir. Se casó y permaneció toda su vida en Hungría. Ocupó un cargo importante con los comunistas, no pronunció delante de su mujer y sus hijos una sola palabra acerca de su estancia en el campo de concentración y murió prematuramente, a los cuarenta y nueve años.

### Maritta

*Así era mi vida en aquella aldea de los confines del mundo: el trabajo en el bosque, mi hijo, paseos ocasionales y cenas con mis padres. Más no había. Mi madre propendía desde tiempos antiguos al mal humor. Ahora apenas hablaba. Mi padre guardaba silencio y yo tampoco soy conocida como hábil animadora. Formábamos un grupo bastante triste. Cada cual vivía retirado. Tan sólo de vez en cuando nos atrevíamos a sacar la nariz al aire fresco y a olisquear un poco la vida. Podían ser conversaciones o paseos durante los cuales todo parecía como antes de la guerra. Pero enseguida nos replegábamos, avergonzados de nuestra frivolidad, y acabamos convirtiéndonos en lo que habíamos de ser de allí en adelante: en topos.*

*Recuerdo un atardecer en que llegué tarde a casa. Hacía frío. Mi hijo ya dormía. Como casi no me quedaba leña, eché al fuego ramitas que encontré delante de la casa. Su olor me recordó enseguida a los viejos tiempos: a las partidas de caza, el ron, las polveras de las mujeres. Cogí papel y lápiz, dispuesta a consignar por escrito todos los detalles. Ya salía el sol cuando leí, rendida de sueño, los renglones, y arrojé cada una de las hojas a las brasas moribundas. Aquello no tenía sentido. Esto sucedió en 1955. Hacía más de diez años que no veía a mi marido. Mi hijo se había transformado entretanto en un muchachito delgado.*

*En aquel periodo de tiempo perdí cuanto me había pertenecido: mi casa, mi hogar, mi patria. Estaba resignada a que todo terminase para mí en aquella aldea; pero, en esto, ocurrió un milagro: Feri anunció su regreso mediante un telegrama. Y un año después, tras la fallida insurrección contra los rusos en noviembre de 1956, los tres abandonamos Hungría. Años más tarde, cuando me permitieron volver, comprobé que no quedaba nada del pasado. El mundo de mi infancia yacía sepultado bajo los escombros de cemento del Este o bajo la basura del Oeste. Desaparecido, ausente. En algún lugar detrás de una curva olvidada.*

Agnes

*Transcurridos diecisiete años desde nuestra llegada a Buenos Aires, viajamos por primera vez de vuelta a Hungría. Invertimos todos nuestros ahorros en los billetes de avión. Mis padres no se me habían ido del pensamiento en todos aquellos años, siempre quise saber cómo y dónde murieron. Tardé en conocer la respuesta. Con ocasión de mi ochenta cumpleaños (mi marido había muerto hacía largo tiempo), mis hijas me preguntaron qué regalo deseaba y yo les contesté que volver a mi pueblo de Hungría. Deseaba verlo de nuevo. Durante los preparativos del viaje, repasé toda clase de papeles, libros y documentos, en la esperanza de encontrar tal vez algún dato.*

*Leí que trescientos judíos de los pueblos vecinos habían sido apiñados en un gueto, entre ellos mis padres, y les dije a mis hijas: «Vamos, pero no a Sárosd, sino a donde estaba el gueto, a un pueblito cercano llamado Sárbogárd, a preguntar qué*

*pasó en 1944 con los judíos». Una mujer joven entró a petición nuestra en el archivo y sacó los viejos libros. De repente encontramos nuestros nombres y una fecha: 1 de julio de 1944. Mi padre se quitó la vida a las cinco de la mañana; mi madre, el mismo día a las once de la noche. Tomaron veneno. Mi padre tenía cuarenta y siete años al morir. Mi madre, cuarenta y cuatro. Luego nos dirigimos al cementerio judío. Buscamos su tumba, pero no la encontramos. Me llamó la atención una vieja piedra sin inscripción ni fecha. «Elijamos ésta —les dije a mis hijas—. Aquí están mis padres enterrados. Hemos dado con su sepultura.» Y mientras estábamos allí delante y sacábamos fotos, dije: «Ahora larguémonos. No quiero volver aquí jamás».*

En verano, después del viaje a Siberia, me tomé unas semanas de vacaciones no remuneradas. Un amigo mío se fue a Canadá y me cedió su piso para trabajar y dormir.

—Y para lo que sea que te traigas entre manos —dijo en el momento de entregarme la llave.

Y así fue como me vi de pronto en aquel espacio desconocido. El suelo crujía cuando iba de un lado para otro. Y si me quedaba de pronto parado, se hacía un silencio indescriptible. Allí no había gritos infantiles, llamadas telefónicas, plazos de entrega; era como si me hubiera instalado en otra vida. Hay personas que se retiran a una cabaña solitaria del bosque para perder de vista el mundo. Yo hice lo mismo en medio del barrio chino de Zúrich, en un piso de dos habitaciones... y sólo hasta última hora de la tarde. Entonces agarraba la bicicleta y volvía con mis hijos y mi mujer, cocinaba pasta, limpiaba restos de dentífrico del lavabo y pisaba por la noche los dos dinosaurios de goma tirados en el suelo cuando uno de los niños sollozaba y yo me levantaba para ir a consolarlo.

Pero durante el día era libre, por primera vez desde hacía años. Quería leer por fin y para siempre todos los libros y los documentos, los informes y los apuntes que se habían acumulado desde mis viajes a Rechnitz y a Rusia. Quería reflexionar y escribir. Redacté algunas frases en el ordenador. Estuve mirando durante horas la pantalla, lo encontraba todo mal, me levantaba a preparar café, cogía un libro y, en lugar de leer, me contemplaba a mí mismo en la ventana. Me veía en aquel piso desconocido y hacía como que leía sabiendo que no leía. ¿A quién trataba de engañar?

—Al escuchar lo que me ha contado hoy, tengo la impresión de que le faltan modelos masculinos de comportamiento —dijo Daniel Strassberg, mi psicoanalista. De nuevo era miércoles..., ¿o era viernes? Otros iban a mediodía al gimnasio; yo me tumbaba desde hacía meses en el diván del consultorio. Las dos horas eran una pieza inseparable de mi ritmo semanal, formaban parte de mis hábitos cotidianos, y nuestro experimento parecía funcionar, pues no hubo de transcurrir mucho tiempo hasta verme libre por completo de la cuestión inicial: qué quedaba en mí de los tiempos pasados. Rechnitz, tía Margit y lo demás flotaban en el aire, pero todo ello estaba lejos hasta que, como una pompa de jabón venida de cualquier parte, se detuvo delante de mis ojos... y reventó.

—Se trata de dilucidar qué significa ser un hombre.

—¿Ah, sí? —contesté. Había empezado la sesión hablándole de mi abuelo, de mi relación con él, de sus años en el campo de prisioneros de Siberia y de la forma como el tiempo que estuvo en Rusia repercutió en mi padre.

—Es una familia de varones débiles —prosiguió Strassberg.

De nuevo guardé silencio. Estaba molesto y enfadado. ¿A quién le apetece escuchar una frase semejante un miércoles a mediodía? La luz del sol entraba a través de la pequeña ventana. Yo veía bailar las partículas de polvo en el raudal luminoso. En una balda de la estantería había una figurita de madera con caderas anchas y labios gruesos. ¿La habría colocado él allí por casualidad cuando amuebló el consultorio? ¿Se habrá tumbado alguna vez en el diván para hacerse una idea de lo que se siente? Quizá, se me ocurrió, haya pernoctado aquí en alguna ocasión por habersele hecho tarde. Quizá discutió con su mujer y simplemente se quedó y fumó, leyó, meditó. Seguro que en algún sitio había una botella de coñac.

—Con otras palabras —le oí decir—, la única persona de su familia a la que usted vincula con atributos masculinos, con poder, dinero, sexo, fuerza y violencia, es su tía Margit, el monstruo.

—¿Tía Margit? —me sobresalté. Hacía unas cuantas semanas que no pronunciábamos su nombre. Lo tenía olvidado. Había otros asuntos más importantes: mi trabajo, mis hijos—. ¿Justo una mujer había de ser mi único modelo masculino de comportamiento? —Yo no apartaba la mirada de la figura de madera—. ¿Justo... Margit?

—*Shit happens.*

Callé.

—Lo siento —dijo él—. Me he expresado un poco a la ligera. Pero ¿entiende lo que he tratado de decirle?

—No —dije, aunque por supuesto que había entendido. Lo veía todo ante mí: yo mismo, mi padre, mi abuelo, mis hijos—. El fin de semana pasado fuimos al monte —proseguí después de haber permanecido un rato largo en silencio.

—¿Sí?

—Una excursión familiar como hacen otros continuamente. Pero a nosotros nos salió mal. Perdí el control y le pegué al niño.

Strassberg callaba.

—Simplemente ocurrió. Se me escapó la mano, que es lo que suele decirse en estos casos, y así fue exactamente. Él me miró. Tiene, ¿sabe usted?, ojos grandes, redondos, como un animal de peluche, y yo me avergoncé hasta los tuétanos. «Me has hecho daño», dijo. La mandíbula inferior le temblaba y al final rompió a llorar. No conozco a nadie que llore con tanto sentimiento. Gruesas lágrimas brotaban de sus ojos. Me parte el corazón verlo en ese estado. Y ¿qué hice? Intenté disimular. Fue mi primer reflejo. «No ha sido nada —le dije—. No te he hecho nada.» ¿Primero le pego en un brazo y luego lo niego? Tiene tres años. Me pregunto: ¿esto no es patético?

Esperé a que Strassberg dijera algo. Confiaba en que me levantase el ánimo. Pero no hizo nada, así que continué:

—Después cogí a mi hijo en brazos y le pedí disculpas. Fui a donde mi mujer y se lo conté. Yo estaba delante de ella como un perrito y tuve que oírle afirmar que soy

una nulidad que golpea a su hijo y después lo niega, y tenía a todas luces razón. Estábamos rodeados de familias felices con hijos felices, y yo tenía los nervios desquiciados y ya no podía más. No podía soportarme, ni mi cara en el espejo, ni mis bromas; ya no estaba dentro de mi piel. ¿Conoce usted esa sensación? Cuando uno ya no es capaz de hablar sin escucharse. Cuando uno se observa a todas horas desde fuera, como en un gimnasio con espejos en las paredes en los que uno se ve levantar pesas en el aire y se odia a sí mismo por ello. Había perdido el norte, igual que cuando era adolescente y me pasaba tardes enteras sin saber qué hacer. En fin, no sé qué estoy diciendo.

Strassberg seguía en silencio.

—Este acto de violencia me ha venido al pensamiento cuando antes ha mencionado usted la falta de fortaleza. ¿Por qué me pasa esto? Con frecuencia riño a mis hijos si estoy cansado o de mal humor, cuando ellos lo único que hacen es correr por el piso y jugar. Quieren divertirse, saltar sobre las camas. En cambio, yo me oigo hablar como un jubilado lleno de frustraciones. «¿Sabéis cuánto dinero ha costado?», les suelto a la cara cuando rompen algo y miro con gesto hosco sus dulces y pequeños ojos. Ellos se ríen y salen corriendo. ¿Qué clase de lección les estoy dando? No tengo nada que ofrecerles. Este vacío interior me exaspera, ¿entiende lo que le digo? Recuerdo una tarde, tendría por entonces catorce años. Había salido con un par de amigos. Era invierno. Fuera se amontonaba la nieve. Fuimos en autobús a la piscina y empezamos a pelearnos como es habitual entre los chicos de esa edad. Tiramos nuestras gorras por el pasillo central y nos pegábamos en la cabeza con los bañadores. En esto, me caí del asiento, quedé tumbado entre los pies de un hombre mayor y noté que aprisionaba mi cabeza. Lo recuerdo perfectamente. Recuerdo el olor de sus botas, un olor a tierra y a cuero. A ello se añadía el aire caliente de la calefacción. Yo no lograba liberar mi cabeza. Tiraba y jalaba, pero él apretaba las piernas y no me soltaba. Sin embargo, en lugar de gritar y pedir socorro, permanecí tranquilo. Tampoco él dijo nada. Me hacía daño en silencio. Apretaba tan fuerte como podía. Yo notaba el temblor de los músculos de sus piernas. Después oí a mis amigos decir: «Venga, levántate»; no se habían percatado del combate que el señor y yo manteníamos. El autobús paró y conseguí soltarme después de clavarle las uñas en la pantorrilla blanda a través del pantalón de franela. Poco antes de que se cerraran las puertas del autobús me apeé de un salto. Probablemente tenía las orejas rojas y la cabeza caliente. No olvido el olor de aquellas botas. Todavía lo llevo pegado a la nariz. Pero ¿por qué le cuento a usted todo esto?

Strassberg callaba y yo también. Levanté la mirada hacia la figura de madera y me faltaba el aliento como si hubiera corrido.

—Maldita sea —dije—. ¿Soy como aquel señor? Esa violencia soterrada. ¿En qué me he convertido?

Silencio.

—En un pequeño nazi dentro de la habitación de los niños —respondí.





Una tarde, sentado al escritorio en el piso que me habían prestado, cogí la carpeta verde caqui de mi abuela. Mi padre me la había entregado después de que ella muriera. La tuve dos años sin abrir dentro de un cajón, me resultaba demasiado trabajoso descifrar la letra. Las primeras páginas versaban sobre la caza de faisanes y liebres, lo que a decir verdad no me interesaba. Había, no obstante, otra cosa que golpeó mi atención: la voz con que ella se expresaba era segura y firme. No mostraba un ápice de resignación. El timbre entrecortado había desaparecido. Mi abuela, que contaba detalles de sí misma, de sus padres y de los acontecimientos de Hungría durante la guerra, producía el efecto de una persona que supiera con exactitud lo que hace. Algo parecía urgente. Eso es lo que yo entendía.

En la carpeta se apretaban cientos de páginas, la mayoría de ellas manuscritas. Ninguna concordaba con la siguiente, lo que al principio me paralizó, pues no sabía por dónde empezar. Había pasajes enteros tachados. Se conoce que los había reescrito una y otra vez, y les había añadido observaciones, signos exclamativos y asteriscos que remitían a lugares que yo era incapaz de encontrar. Al revés que los textos de ordenador, en los que no se percibe el trabajo que costaron ni la paulatina progresión hacia el resultado final, lo que aquí había era una herida abierta: su lucha por la expresión adecuada y la precisión. Su desesperación, su rabia, todo quedaba a la vista. Con frecuencia, escribía en el margen de la página lo que se le había ocurrido durante la lectura de sus propias palabras. Se trataba de pensamientos poco elaborados. Escribía tan deprisa como pensaba, se notaba en su letra huidiza. Nunca estaba del todo satisfecha.

Esparcí las hojas por el suelo, desde el escritorio hasta el baño y desde éste hasta la cocina. Un largo gusano de papeles blancos, sin pautas. Y busqué la cabeza, un orden, un principio. Cuando uno empieza a juntar las piezas de un puzle, busca lo primero de todo las esquinas y los bordes; pero yo no me topaba más que con un nombre del que nunca había oído hablar, Mandl, y el relato de una tarde en el patio interior del palacio de Sárosd, en el verano de 1944, cuando los alemanes invadieron Hungría y Adolf Eichmann residía en el hotel de lujo Astoria, en Budapest, y desde allí, en el plazo de unas pocas semanas, llevó a cabo la operación Margarethe, con la ocupación de Hungría y la deportación de medio millón de judíos húngaros a los campos de concentración.

—¿Le he hablado del diario de mi abuela? —le pregunté a Strassberg. Yo estaba tendido en el diván como cada semana y miraba fijamente el techo.

—No.

—Lo tengo en casa desde hace años. Empecé a leerlo recientemente. Pensaba que contendría los recuerdos inofensivos de una anciana. Ahora me parece como si ella

hubiera planeado algo grande.

—¿Algo grande?

—Un libro. Una confesión. A mi padre le dijo en el lecho de muerte que debía quemarlo todo. Sin embargo, él no lo hizo. Soy el primero que lee esas páginas.

—¿Sobre qué escribe?

—Sobre su vida. Su infancia. El tiempo entre 1920 y 1956 en Hungría. Sobre cómo creció siendo hija de un terrateniente en un palacio con patio interior, con criados, doncellas, un profesor de francés, un cochero. Luego llega la guerra a su aldea, llamada Sárosd. La guerra lo cambió todo. Hungría era aliada de Alemania...

—Ya lo sé.

—Juntaron a los judíos y los enviaron a los campos de concentración o los arrojaron al frío Danubio. A los nobles les fue mejor, pero también les tocó sufrir: en los años posteriores a la guerra les arrebataron las tierras y los declararon enemigos del pueblo. Sobre estos asuntos escribe mi abuela. Sobre las transformaciones históricas. Sostiene que anduvo a vueltas con la idea de ponerlo todo por escrito, pero no sabía cómo. Una mañana se despertó y lo vio con claridad: el comienzo de su libro, la estructura, las escenas clave, todo se le reveló con absoluta nitidez. Suena como en una película, pero es así como puede leerse. El hundimiento de su mundo, escribe mi abuela, empezó una tarde estival de 1944. Al parecer fue testigo de un crimen. Un matrimonio judío murió ante sus ojos en el patio interior del palacio.

—¿Qué pasó exactamente?

—No lo sé. Se apellidaban Mandl. Murieron en circunstancias que no me han quedado claras. Mi abuela pudo salvarlos. Dejó escrito: *Soy incapaz de mirarme en el espejo sin pensar en los Mandl.*

—¿Mandl?

—Es todo muy confuso. Las hojas están revueltas. Es como una novela policiaca, ¿lo puedo decir así?

—¿Por qué no?

—Sea como fuere, murieron dos personas.

—¿No se da cuenta de que repite la pregunta de si puede o no puede hacer esto o lo otro? Atraviesa todo el análisis. Es una pregunta en busca de legitimidad. Ya se trate de su vida, su profesión, sus emociones y deseos, usted la formula de continuo. Si lo ve como una novela policiaca, entonces es que es así para usted.

—No me había llamado la atención. ¿Por qué ocurre?

—Estamos trabajando en ello.

De vuelta en el piso, deambulaba de una hoja a otra, encontraba el principio de una escena en la cocina; su continuación, al fondo del pasillo. Me fijaba en los distintos bolígrafos usados por mi abuela, y la veía delante de mí, sentada a la mesa con la espalda recta, una mujer alta, flaca, con las aletas de la nariz coloradas. Imagino que viste un jersey de cuello alto, un pantalón claro, zapatos de jubilada con

buenas suelas. ¿Joyas? Nunca. La lámpara para leer está encendida. En el resto de la sala reina la oscuridad de última hora de la tarde. Probablemente tiene delante un vaso con agua que no ha probado desde hace mucho rato; al lado, quizá una manzana sobre un platillo blanco. No, las manzanas no van con ella; mejor nueces. Saca de la manga izquierda de su jersey un pañuelo de papel, arranca un trozo, forma con él una bola diminuta entre los dedos índice y pulgar y se la mete en la boca. Es una de sus pocas manías.

En todo momento se muestra insatisfecha salvo en un par de frases. Tacha, corrige, destruye, cierra los ojos porque las palabras y las frases no son las adecuadas. *Nem jó*, no está bien, nada es como ella quisiera. Y cuando abre de nuevo los ojos, ve grupos de turistas con anoraks de colores ante la ventana de doble vidrio en la que se condensa el agua. Budapest, en otoño, se llena de chinos.

Observa el rotulador marrón junto al vaso de agua. Imagino que lo coge, lo lleva al ángulo superior izquierdo de la hoja y traza una raya diagonal de arriba abajo, hasta que el intenso color marrón palidece. Después escribe (y, con cada letra, tiene que apretar más fuerte el rotulador para extraerle su último color) a modo de comentario al pasaje en que ha trabajado durante horas: «¡Todo esto es mentira!».

Puedo oír el ruido del rotulador reseco que rompe el silencio de la sala, mientras suena al fondo el reloj de la cocina y los turistas chinos, fuera, en la plaza, suben al autobús.

Nada debe perderse. Es lo que solía responderme cuando le preguntaba por qué pasaba tantas horas escribiendo en lugar de sentarse en el jardín o salir de paseo. Hablaba asimismo de una cinta invisible que unía su mundo con el mío. No había más que juntar los cabos sueltos; entonces se podría advertir la cinta que se alarga entre los abuelos y los nietos. Cien años, más no es posible avistar. Sus padres quedaban ya muy lejos de mí; mis hijos, muy lejos de ella.

¿Cien años? ¿Qué cinta?

Cuando mi abuela aún vivía, yo no prestaba la menor atención a sus palabras. Sin embargo, ahora, cuanto más leía sus escritos, más cerca me sentía de ella. Tenía la sensación de que trataba de aportarme algo. Obsesionado, me inclinaba sobre las páginas y descifraba un pasaje tras otro como un arqueólogo que limpia con un cepillo de dientes las diminutas piedras de un mosaico y las coloca de nuevo, en la esperanza de que al final surja una imagen. Abismado en la tarea, transcurrieron varios días.

Era el verano en que los hombres se dejaban crecer la barba, a las mujeres les resbalaba la camiseta por los hombros, miles de personas morían en la guerra civil siria, mientras yo recorría descalzo la historia de mi abuela... y un poco también la mía. Seguía tumbándome dos veces por semana en el diván de Strassberg y le hablaba, ahora con mucha excitación, de mi mosaico. Él ya no era, como en los meses precedentes, el consejero omnisciente que me ayudaba a poner en orden los asuntos, sino mi aliado. Los roles se diluyeron, la relación jerárquica se resquebrajó.

El pasillo del consultorio era como la visita a un café; Strassberg, como un amigo que siempre se sienta a la misma mesa y dispone de tiempo para mí. Y antes de que me diera tiempo de reflexionar, me oí decir:

—Yo no sé si sería capaz de esconder judíos.

Dije esta frase mientras en Zúrich lucía el sol, circulaban los tranvías y la gente iba a bañarse. Había hablado de muchas cosas con Strassberg, le había confiado mis mayores intimidades; pero sólo con esta frase se produjo dentro de mí una rara sensación, como si flotara, como si hubiera llegado a un sitio donde nunca antes había estado. Como si de súbito todo cobrase sentido, aun cuando la frase fuera absurda. ¿A santo de qué tendría yo que esconder judíos?

—Ésta es su escala de valores —dijo él.

—¿Mi qué?

—Su punto de referencia.

—No entiendo.

—Usted tiene el punto central de su vida en el pasado.

¿Se debería esto a la cinta de que hablaba mi abuela? Me lo pregunté, caviloso, en la panadería de la esquina. Después de cada sesión en el consultorio de Strassberg acostumbraba comprarme ahí un sándwich de queso y una Coca-Cola. Siempre atendía la misma mujer al otro lado del mostrador, con un gorro de panadera en la cabeza y un aro en la nariz. Tenía una carpa tatuada en el antebrazo. Me figuré que una línea vinculaba las distintas generaciones, todavía un poco cubierta por la niebla. Un puente por encima del tiempo. Entre mi abuela y yo mediaban años, guerras, fronteras, y sin embargo sus frases me resultaban tan familiares como si ambos compartiéramos un secreto.

—¿Desea alguna cosa más? —me preguntó la mujer de la carpa.

—No, gracias.

*Podría haber salvado al menos a los Mandl*, escribía repetidamente mi abuela al referirse a aquella tarde y al sonido que produjo el matrimonio al desplomarse sobre la gravilla del patio. *Y en lugar de eso, ¿qué hice?*, se preguntaba. *Nada*. En toda su vida movió un dedo. Se escondió y agazapó y vivió igual que un topo... ¿De dónde me sonaba a mí esta frase? ¿No había pronunciado yo las mismas palabras semanas atrás en el consultorio de Strassberg, cuando me quejé de mi falta de columna vertebral y dije cuánto odio esta propensión mía a ocultarme? ¿Era posible que mi abuela y yo sufriéramos por causas parecidas? Con la diferencia de que mis contiendas no ocurren en tiempo de guerra, sino en oficinas y en torno a la mesa de la cocina.

—Son ocho francos cincuenta.

—¿Qué?

—Ocho francos cincuenta, por favor —repitió la mujer de la carpa y alargó el

brazo hacia mí. El pez me miró directamente a los ojos.

Por el camino al piso de mi amigo, hice el propósito de llenar los huecos del diario. Busqué en internet datos acerca de los Mandl. Rápidamente di con la página del Yad Vashem, el centro judío que recopila los nombres e historias individuales de todas las víctimas judías del nacionalsocialismo, y descubrí el testimonio relativo a sus padres depositado allí por Agnes..., firmado en Buenos Aires con su nuevo apellido familiar: Kupferminc. Así pues, Agnes había sobrevivido a Auschwitz y emigrado a Buenos Aires después de la guerra. Tras escribir su nombre en Google, me topé con la página de inicio de una pintora. A la vista de los cuadros comprendí que había dado con el sitio adecuado. Por fuerza debía de tratarse de la nieta de los Mandl, muertos en el palacio de mi abuela. No cabía la menor duda al respecto.

Otra vez miércoles, otra vez el diván delante de la estantería blanca cuya balda superior correspondía a la letra ele. Lévi-Strauss, Lacan, Lukács. Conocía los lomos de todos los libros. Y Leibniz, por supuesto. Un tomo azul oscuro editado por Suhrkamp, letras amarillas: *Philosophie der Gerechtigkeit*.

—El matrimonio Mandl tenía dos hijos de la edad de mi abuela, Agnes y Sándor —le dije a Strassberg tras unos instantes durante los cuales me limité a permanecer tumbado, frotarme los ojos y comprobar si el jersey no se me había subido—. De niños jugaban juntos. Creo que esto ya se lo he contado.

—Lo recuerdo.

—Mi abuela daba por supuesto que los habrían gaseado en Auschwitz, pero en realidad sobrevivieron.

—¿Ah, sí? ¿Y usted cómo lo sabe?

—Google. Agnes se casó después de la guerra con un polaco, también superviviente del campo de concentración. Tuvieron dos hijas. A una de ellas, pintora, la he encontrado en internet. Vive en Buenos Aires y se llama Mirta Kupferminc. En sus cuadros plasma la historia de sus padres y sus abuelos. En una entrevista que he encontrado en su página web, dice: «Algo de suma importancia ocurrió en mi vida antes de que yo viniera al mundo. ¿No es demencial?».

Strassberg guardó silencio.

—Revela al periodista que sus abuelos se suicidaron poco antes de ser deportados a Auschwitz. Por lo visto tomaron veneno para anticiparse a las cámaras de gas de los alemanes. Mi abuela, en cambio, escribe que los mataron a tiros. Estuvo allí, lo vio, fue testigo y describe los detalles. ¿No es raro? En el catálogo de una exposición de Mirta leí que su creatividad, lo mismo que su desesperanza, se apoya en un trauma debido a la historia de su familia. Ella nunca destruiría nada en sus obras. Siempre construye. Encuentra sillas viejas en el borde de la carretera y les pone alas. Vincula tradiciones judías con la vida actual. Creció llena de añoranza por el pasado, de

añoranza por la Historia, por los muebles antiguos, las fotografías; por las cosas, en suma, que pasan de unos a otros dentro de las familias, de generación en generación. Ella no conserva nada de los viejos tiempos, pues todo quedó interrumpido después de Auschwitz, mientras que a mí me ocurre lo contrario. Yo tengo la sensación de poseer demasiado de lo que ella carece. ¿Entiende lo que le digo?

—Sí.

—Fue usted quien dijo que el punto central de mi vida radica en el pasado.

—Y el de esa Mirta sin duda también.

—Quiero decir que Mirta habría podido ser enfermera o maestra, en cuyo caso yo no la habría encontrado jamás. Pero no, tenía que ser artista. Y además no pinta paisajes, sino sombras del pasado. En internet he visto una de sus instalaciones: *Skin of Memory*. Compara el tatuaje de Auschwitz que lleva Agnes con el de los jóvenes de hoy.

—Y ahora ¿qué piensa hacer usted?

—Voy a escribirle. Imagínese que pudiera visitarla. ¿Y si Agnes, su madre, viviera? ¿Qué le diría? ¿Que lamento lo que ocurrió en aquel entonces? ¿Pelillos a la mar? Mi abuela escribió una y otra vez, como si fuera una especie de mantra de su vida: *Podría haber salvado al menos a los Mandl. Al menos a ellos.*

---

Lunes, 2 de septiembre de 2013, 15.30

Asunto: Periodista de Suiza

---

Querida Mirta Kupfermenc:

Le escribo por un asunto muy personal. Encontré un diario que perteneció a mi abuela. Cientos de páginas. Ella nació en una aldea de Hungría llamada Sárosd, en un palacio. En dicho diario se menciona con frecuencia a los abuelos de usted, también a Agnes y a Sándor. Agnes es su madre, supongo. ¿Estoy en lo cierto?

Hay un par de cuestiones sobre las que a toda costa deberíamos hablar, la cuales vierten una luz nada buena sobre mi familia.

---

Lunes, 2 de septiembre de 2013, 20.13

Re: Periodista de Suiza

---

Querido Sacha:

¡Qué noticia! Conozco bien el nombre de su abuela. Hemos hablado a menudo de ella. Yo misma estuve en el palacio de Sárosd. Todo hace indicar que, en efecto, tenemos que hablar de algunas cosas. Ahora mismo estoy en el aeropuerto de Londres y salgo dentro de una hora para casa. Quizá podría usted visitarnos. Mi madre Agi está a punto de cumplir noventa años y a buen seguro que se alegraría.

---

Lunes, 2 de septiembre de 2013, 20.25

Re: Periodista de Suiza

---

¿Cómo ha logrado usted localizarme?

Lunes, 2 de septiembre de 2013, 20.26

Re: Periodista de Suiza

---

Quiero decir, ¿cómo ha llegado hasta mí partiendo del apellido Mandl? Me revolotean miles de preguntas en la cabeza. Estoy totalmente confusa.

Lunes, 2 de septiembre de 2013, 21.19

Rere: Periodista de Suiza

---

Querida Mirta:

No fue difícil encontrarla. Un par de clics bastaron para llegar a su página, donde a continuación vi los cuadros. ¿Miles de preguntas en la cabeza? ¡Lo mismo que yo! Con mucho gusto la visitaría en Buenos Aires para conocerlas a usted y a su madre. En el diario pone que mi abuela fue a buscar a su madre a un campo húngaro de prisioneros, pero no la encontró. ¿Podría esto ser cierto?

¿Estuvo usted en Sárosd, en ese diminuto pueblo de Hungría? Adivine adónde voy a viajar dentro de unos días. Deberíamos hablar por teléfono.

Miércoles, 4 de septiembre de 2013, 13.27

Rerere: Periodista de Suiza

---

Querido Sacha:

He enviado su correo electrónico a mi hermana y a otros miembros de mi familia. Todos están excitados. Debe usted entenderlo: no recibimos todos los días correspondencia de personas que aseguran poseer información de nuestros abuelos. ¿Tiene usted también hermanos?

En cuanto a su pregunta, mi madre estuvo en Auschwitz y antes en un campo húngaro. Podría, pues, ser cierto lo que pone en el diario. Tengo, eso sí, que preguntarle: ¿para qué buscó su abuela a mi madre? O sea, ¿qué quería de ella? ¿Y a qué va usted exactamente a Sárosd?

Como quizá sepa, estos días celebramos el Año Nuevo judío. Estoy, en consecuencia, bastante ocupada. Mañana por la tarde estaré en el estudio. ¿Le va bien?

Miércoles, 4 de septiembre de 2013, 18.27

Rererere: Periodista de Suiza

---

Mañana me va bien. No sabía nada del Año Nuevo judío. En tal caso, ¡le deseo feliz fiesta! ¿Si tengo hermanos? Sí, dos hermanos, uno mayor que yo y otro más joven. Sobre todo lo demás podremos hablar mañana. Tenemos tiempo ahora que nos hemos *encontrado*.

Miércoles, 4 de septiembre de 2013, 19.02

Rerererere: Periodista de Suiza

---

¿Tiempo? No deberíamos perderlo. No se moleste si mañana lloro al teléfono. Usted simplemente siga hablando.



Unos días más tarde tomé en Zúrich un tren con rumbo a Budapest. Hacía frío y llovía. Ocupaba un asiento junto a la ventanilla, comía uva sin pepitas y sobre las rodillas llevaba la carpeta con los apuntes de mi abuela. Tenía previsto seguir de Budapest a Sárosd. Quería estar en el patio donde se perpetró aquel crimen que había permanecido en secreto durante setenta años.

A diferencia de otros pasajes, existían varias versiones sobre lo acaecido aquella tarde. Me di cuenta de ello enseguida, no bien abrí la carpeta y empecé a esparcir las hojas por el suelo. Al principio pensé que se trataba de escritos pasados a limpio. Tan sólo cuando hube cotejado las distintas versiones me percaté de que cada vez eran más detalladas, más extensas y gráficas. Como si mi abuela hubiera necesitado carrerilla antes de acercarse al nudo de la cuestión. Y en lugar de destruir las versiones anteriores, las conservó, quizá como pruebas del camino por ella recorrido, tramo a tramo, en dirección a la verdad. Al final de la primera versión, en la que aún no se hablaba de disparos, ella escribió con rotulador marrón: *¡Todo esto es mentira!* Al final de la segunda, se preguntaba: *¿Y si fue aún peor?*

En el andén de Zúrich había unas mujeres con jerséis ceñidos y botines de cuero con tacón de aguja, que fumaban su último cigarrillo antes de arrojar sus pesadas maletas al interior del tren. No sólo a mí me llamaron la atención; también los otros pasajeros intercambiaban miradas y hacían a escondidas gestos aprobatorios, como diciéndose los unos a los otros: ahí están esas húngaras de las que se habla desde hace meses en la televisión y los periódicos.

Una de ellas tomó asiento a mi lado. En su bolso de mano llevaba un chihuahua que pasaba la lengua por la cremallera dorada mientras dejábamos atrás los arrabales de Zúrich. En el momento de colocar su maleta en el portaequipajes, se le subió el jersey, su vientre saltó fuera del pantalón y se derramó como la leche cuando la caliente para mis hijos y la olvido sobre el hornillo eléctrico. El abalorio de su ombligo quedaba justo delante de mi nariz. Entablamos conversación.

Mi abuela escribió en su diario: *Si me fuera dado describir los hechos de aquella tarde tal como de verdad sucedieron, me quedaría satisfecha. ¿Qué vi y qué me imagino?*, se preguntaba. *¿Por qué estaba mi madre en el sanatorio y por qué proporciono a todos mis familiares una coartada? ¿Por qué he protegido a mi padre toda la vida, a pesar de que él apenas me presta atención? ¿No habrá quizá llegado el tiempo de delatarlo?*

—Me llamo Linda —dijo a mi lado, aburrida, la mujer del perro cuando le ofrecí uva, que rechazó—. *¿Viajas también a casa?*

—¿A casa? —repetí—. En cierto modo, sí.

La miré unos instantes como si me dispusiera a decirle algo más. Ella escrutaba su móvil en actitud como de esperar de mí una frase, pero no se me ocurrió ninguna.

Me resulta fácil hablar del pasado en húngaro, la lengua de mis padres, o, lo que es por mí, sobre la comida. Sé lo que significan *campo de trabajo*, *reforma agraria*. Mi vocabulario consta de palabras del siglo XIX: *misa de Pascua*, *coches de caballos*, *mermelada de albaricoque en conserva*, porque las oigo desde que era niño. En cambio, cuando se trata de expresar la vida actual, me faltan las palabras. Ignoro cómo habla la gente joven. No conozco una palabra para decir *auricular*, *zapatillas de deporte*, *celos*, *tambalearse*, *bailar*, *tuitear*. Mi lengua húngara es la de antes, la anticuada, pero de poco podía servirme en el compartimento del tren con Linda y su chihuahua cerca de la medianoche.

En Buchs se montó otra húngara. Sin duda conocía a Linda, pues enseguida se pusieron las dos a hablar. Sacaron galletas, Coca-Cola, chicles. Y así continuamente. Cerrados los ojos, yo oía el rechinar de los vagones en las vías, el crujido de una bolsa de patatas fritas y, sobreponiéndose a todos los sonidos, el ruido de las llamativas uñas postizas de plástico con las que las dos mujeres tamborileaban sin cesar en las pantallas de sus respectivos móviles. Tal era el latido de esa noche, como si las ratas corrieran por un suelo de linóleo.

Viernes, 6 de septiembre de 2013, 23.15  
Rerererere: Periodista de Suiza

---

Querido Sacha:

Desde que hablamos por teléfono, estamos todos un poco en estado de shock. La historia entera aflora a la superficie y lo mejor será que nos visites. Tenemos la impresión de que tú sabes más sobre nuestra identidad que nosotros mismos.

Mi madre se ha estado preguntando toda la vida por qué se suicidaron sus padres. Nunca lo entendió. Si es verdad lo que afirmas, que ellos murieron de otra forma, cambian para nosotros algunas cosas. Debemos pensar bien cómo proceder, si se lo decimos a ella y, en caso de hacerlo, de qué manera. Me gustaría echar un vistazo al manuscrito de tu abuela. ¿Traerás contigo el diario? Escíbeme para comunicarme cuándo llegas.

—¿Qué haces en Zúrich? —le pregunté a Linda.

—Trabajo en un restaurante. Soy camarera.

—¿Dónde?

—En un local pequeño, a las afueras de la ciudad. No lo conoces. Nadie lo conoce —dijo haciendo como que tenía que bostezar. Y yo escribí a modo de respuesta:

Viernes, 6 de septiembre de 2013, 23.21  
Rerererere: Periodista de Suiza

---

Querida Mirta:

Viajo en tren rumbo a Hungría. No puedo contestar. Ya te escribiré.

El tren entró en un túnel. Tampoco entonces se me ocurrió de qué podía hablar

con Linda. Nunca se me ha dado bien mantener viva una conversación. No podía impedir que me vinieran al pensamiento todos esos artículos de prensa sobre húngaras como Linda, con imágenes de prostitutas apostadas en el borde de la carretera, detrás de la estación. Para echarlas de allí había sido habilitada unos meses antes, en un polígono industrial, una zona con unos cuantos boxes abiertos. Los diseñaron unos funcionarios y los construyeron tras consultar con trabajadores sociales, organizaciones de mujeres y expertos en salud. Debió de haber numerosas reuniones, mesas redondas, esbozos, archivadores repletos de planes, listas, presupuestos. Más de uno se devanaría los sesos en oficinas con un ficus en el rincón. ¿Cómo se construye algo así? ¿Qué aspecto debe tener? La seguridad es prioritaria, dirían todos. Claro, la seguridad de la mujer es lo primero.

¿Y por qué no poner tubos rojos de neón en la pared trasera? ¡Buena idea! Propuesta aceptada.

¿Y cómo se llamará el tinglado? Alguno seguro que objetó que los boxes necesitaban un nombre, aunque sólo fuera para los medios de comunicación.

Nuevas reuniones en las que se barajarían propuestas nuevas. Alguno se rompería los cascos buscando un juego de palabras con la expresión *luz roja*, pero no se le ocurrió ninguno. Alguien preferiría algo en francés: *amour*, *voiture*, algo que sonase romántico a la primera.

—Tenemos que ser imparciales —advirtió el jefe de departamento—. De esa manera no hay equivocación posible.

Y todos debieron de asentir. Por supuesto.

Poco después de la inauguración acudió la televisión y mostró imágenes de las cabinas de sexo público, que es como se han acabado llamando. Se podían ver hombres pixelados en coches pixelados a los que subían mujeres pixeladas. En la pared trasera, tubos rojos de neón. Luego la cámara enfocó hacia lo alto y grabó el cielo de atardecer sobre Zúrich. ¿Y qué pasó después? ¿Se iría el hombre en su coche a su casa a comer algo... o a la ópera?

¿Y la mujer? ¿Volvería a ocupar su puesto?

Sábado, 7 de septiembre de 2013, 00.19

Rererererere: Periodista de Suiza

---

Cuando estés en Budapest, ve al Museo del Holocausto. Allí cuelga un cuadro mío. Hablaremos cuando hayas vuelto.

Mirta

El tren paró en Innsbruck. La lluvia azotaba la ventanilla. Yo me figuraba a Linda contando a sus padres en casa que al restaurante donde trabaja acuden muchos clientes. Les dará regalos, quizá relojes. Quien ha estado en Suiza trae relojes, aunque hayan sido fabricados en China. Les contará que la vida es cara; pero las calles, limpias. «Imaginaos. Se puede uno bañar en el lago. Hay cisnes. Son más blancos que

la nieve de nuestro país», les dirá, ocultando lo que significa colocarse todas las tardes delante de los boxes y montarse en coches de desconocidos; callando lo que se siente cuando el conductor, en su Mazda azul oscuro, retira la llave de contacto: los faros se apagan, pero la música continúa sonando a volumen 3, ni demasiado alta ni demasiado baja, para que el ambiente resulte acogedor.

Menciona el precio, treinta francos; ha aprendido entretanto a decir los números en alemán. No hay en Suiza nada más barato que una felación. «*You can begin now*», dice él, y: «*Where are you from?*». Ella aprieta con la lengua el chicle bajo el labio, suelta lo primero de todo el cinturón del hombre, después el botón de sus vaqueros negros. Tira de la cremallera, sin lograr abrirla hasta que él la ayuda. Entre los dos bajan el pantalón hasta más allá de las rodillas. Los muslos blancos del hombre reposan sobre la tapicería oscura. Pharrell Williams canta *Happy*. A Linda le gusta la canción. Ha visto que durante todo un verano el mundo entero bailaba a su ritmo. Ella solía cantarla en la ducha, *happy* con una *a* grave, casi una *o*. Pero ahora agacha la cabeza, roza el árbol aromático que cuelga del espejo retrovisor y oscila a la luz de los tubos rojos de neón.

*Because I'm happy / Clap along if you feel like a room without a roof.*

Su cara queda a la altura de la radio, pantalla azul oscura, letras cursivas, radio Top, «las mejores canciones de todos los tiempos». Aspira el aire caliente que viene del motor y huele a plástico, al tiempo que lleva la mano al calzoncillo del hombre.

*Because I'm happy / Clap along if you feel like happiness is the truth.*

*Because I'm happy / Clap along if you know what happiness is to you.*

Agarra el pene flácido con una mano. Lo aprieta un poco por aquí y por allá. El suspiro del hombre se mezcla con la música, *happy, happy, happy*, y él apoya la mano en la nuca de ella, que se acerca a su regazo. Hace caso omiso del olor. Eso se le da bien. Introduce en su boca el pene que estaba encogido en el muslo izquierdo de él, como el chihuahua cuando busca estar cómodo apretándose contra ella.

Esto Linda no lo contará en su casa.

«Trabajé de camarera en Suiza», así reزارá su historia oficial. Del mismo modo que, oficialmente, el señor y la señora Mandl se suicidaron con raticida de su tienda. Es lo que se contaba entonces, aunque les hubieran disparado por la espalda, aunque se desplomaran y hubiera una mancha de sangre en sus gabardinas de color gris claro. ¿Quién decide lo que fue verdadero y lo que fue falso? ¿Quién toma las decisiones sobre la Historia?, pregunta mi abuela en sus recuerdos.

Continuamos el viaje. Salzburgo quedó atrás. Levanté la mirada. Fuera se veían puntos luminosos de granjas solitarias. ¿Quién estaría despierto allí? Mi cara se reflejaba en la ventanilla. Tenía aspecto de cansado y viejo, con ojeras, un peinado horrendo. Detrás, el contorno oscuro de Linda y el perro sobre sus muslos. Así pues, ¿quién decide lo que es verdadero y lo que es falso? ¿Quién puede transformar un asesinato en un suicidio?

Mi abuela escribió: *Aquel que está en el poder.*

Ella no se hallaba presente cuando su padre, aquel atardecer de julio de 1944, fue a ver al alcalde y después al cura con el fin de comunicarles la forma de tratar el asunto. Pero así tuvo que ocurrir, pensaba ella al final de su vida. *Entonces él era alguien. La nobleza aún ostentaba el poder. Unos pocos años después ya no teníamos la menor posibilidad de intervenir. Los comunistas nos despojaron no solamente de las tierras, sino también de nuestra fuerza.*

Es posible que el padre de mi abuela hubiese esperado toda su vida a que la verdad saliera a la luz. Quizá abrigaba la esperanza de que alguien le diera por detrás un golpecito en el hombro y le preguntara: dime, ¿qué pasó exactamente? Sin embargo, tal cosa no sucedió y la historia se hundió hasta el fondo de la ciénaga que rodea Sárosd, de donde mi abuela la rescató años después, librándola del barro.

Una semana antes, cuando anuncié a mi padre que lo visitaría, hablamos de política y de Viktor Orbán, el primer ministro húngaro criticado en todo el mundo, al que mi padre, no obstante, idolatra. Los periódicos rebosaban de noticias sobre el «pequeño dictador» que había mandado construir un estadio de fútbol junto a su casa. Yo además había leído en algún lado que un diputado del partido ultraderechista Jobbik había hecho retirar una bandera europea en el Parlamento y sustituirla por la húngara de 1920, con los colores de la gran potencia de entonces.

Esta acción seguramente fue del agrado de mi padre. «*Oh yeah*», supongo que dijo. Suele decirlo en tales ocasiones, como John Wayne en *Río rojo*, y yo saqué el tema a colación:

—¿Es cierto lo de la bandera?

—*Oh yeah*.

—¿Qué significa esto? ¿De dónde viene esa pena incesante por la pasada grandeza?

—¿No lo entiendes?

—No. No es más que un pedazo de tela.

—Me das lástima si no lo entiendes.

—¿Por qué?

—Porque ignoras lo que es la patria. El que tu patria esté amenazada supone dolor. Lo mismo que si te la arrebatan.

—¿Dolor? ¿Patria? Para mí sueñas como alguien de la Edad Media.

—¿Cuándo piensas venir? Hablaremos entonces de ello.

—Mañana, poco antes de las once si sobrevivo al tren de la noche. ¿Irás a recogerme?

—Por supuesto.

Llegamos a Budapest a las once y cuarto. Era un hermoso día otoñal. Hungría me gusta especialmente en otoño. Había venido para visitar con mi padre el palacio

donde vivía mi abuela antes de la guerra. Me apetecía ver el pabellón de caza en el que se instaló después y pasear por los bosques y los campos donde trabajó cuando el país estaba dominado por el comunismo. Ayudé a Linda con la maleta. Ella había vuelto a meter el perro en el bolso. Habíamos alcanzado el final del andén cuando le pregunté si le parecía bien que intercambiásemos nuestros números de teléfono.

—¿Para qué? —dijo ella, no descortés; antes bien, como si estuviera acostumbrada a responder a aquella pregunta.

—Quizá alguna vez necesites mi ayuda. Yo hablo alemán. Conozco la zona...

—No necesito ayuda.

—Pues entonces, no.

—Bueno, está bien.

Dictó diez cifras. Un número suizo. Mi padre hacía señas con la mano desde lejos. Se acercó a nosotros; pero, antes de llegar, se detuvo. Linda se puso los auriculares de color rosa.

—Pues hasta otra —dijo.

—Hasta otra —dije.

—¿Quién era? —preguntó mi padre viéndola alejarse entre la muchedumbre con sus zapatos de tacón.

—Linda. Una camarera de Zúrich. Trabaja en un restaurante, a las afueras de la ciudad, pero tú no lo conoces. Nadie lo conoce.

Pasamos los cuatro días siguientes viajando por el pasado.

Ya en Sárosd, echamos un vistazo a las habitaciones del palacio. Cogí un puñado de gravilla del patio, mencionada tan a menudo en el diario, y saqué fotos del castaño. Allí donde en tiempos pasados mi abuela había vivido con sus padres, con Goga, la doncella, con el guarnicionero, el jardinero y el profesor de francés, viven hoy ancianos, personas dependientes y marginados. Los cuidadores iban de un lado para otro y repartían sopa en recipientes de plástico. Por donde antes circulaban los carruajes, una mujer mayor con pañuelo en la cabeza empujaba un andador y se quedaba parada porque las pequeñas ruedas no podían girar encima de los guijarros. Nos dirigimos al pabellón de caza, después a aquel «pueblo en los confines del mundo», como pone en el diario, su última estación antes de huir a Occidente.

—Debió de ocurrir por aquí. —Mi padre señaló un grupo de casas grises con ventanucos—. Mierda de comunismo —andaba maldiciendo desde hacía un rato. Me vino al recuerdo nuestro viaje a Moscú y sus denuestos contra los rusos—. Vamos a comer —dijo.

—¿Vodka? —pregunté, acordándome de pronto de la escena en que lo había cogido por las solapas, con mi frente pegada a su nariz.

—Yo sólo bebo vodka contigo si llevo un casco puesto.

Hechos los pedidos, saqué de la bolsa la carpeta con los apuntes de mi abuela y le

leí:

*Avanza la tarde. Estoy tumbada en la cama de mi habitación. Sobre mi vientre reposa Guerra y paz de Tolstói. En esto, un grito me arranca de mis ensoñaciones.*

—¿Qué es eso? —pregunta mi padre.

—¿Te dice algo el apellido Mandl?

—No.

Le había formulado la misma pregunta semanas antes a alguien. Había viajado a Liechtenstein para visitar a la hermana de mi abuela. Las dos habían pasado juntas su infancia en el palacio. Al terminar la guerra, Lilly escapó a Italia y ahora vivía en un villorrio cerca de Vaduz.

—El señor y la señora Mandl. ¿Te dice algo? —le pregunté después de haber tomado los dos asiento. Lilly tiene noventa y tres años. Tuve que repetir la pregunta cinco veces—. ¡M-A-N-D-L! —le grité a la cara hasta que me miró como diciendo que estaba loco por hablar tan alto.

—Eran los judíos del pueblo —dijo ella, y puso su mano en la mía. En otros tiempos se habría abstenido de tocarme, pero cuantos más años cumplen los miembros de mi familia, más blandos y bondadosos se vuelven. Vi en sus dedos las marcas de los anillos que ha llevado toda la vida. Vi la piel fina de sus yemas, que se tensaba como si fuera a rasgarse de un momento a otro, e imaginé que el médico, para sacarle sangre, pinchaba justo allí y luego resultaba que no salía una gota—. Los Mandl tenían una tiendecita. Me acuerdo muy bien de sus guindas en almíbar. Eran muy dulces y jugosas. ¡Ay de mí si me manchaba el vestidito con ellas! ¿Te he contado alguna vez que nuestra madre era muy severa? Y nuestro padre no digamos.

—¿Recuerdas el verano de 1944? —la interrumpí.

—Todas las mañanas teníamos que desayunar con él, recién duchadas y de buen humor. Odiaba vernos de morros.

—¿Qué ocurrió aquel día? —le pregunté.

—¿Qué?

—El día en que los Mandl murieron.

—¿Quieres un poco más de vino?

—Sí.

Se levanta, suelta un quejido. Desde hace unos meses sufre dolores de espalda.

—Tú estabas allí —repetí. Aquello sonó a reportero de emisora local. Noté lo estúpidas que eran mis palabras. 1944, hacía más de setenta años, toda una vida. Ella se encogió de hombros.

—Ni siquiera me acuerdo de lo que hice ayer —dijo al tiempo que me servía vino—. ¿Para qué quieres saberlo?

—Los Mandl eran un matrimonio mayor —le dije a mi padre en el restaurante—.

Los judíos del pueblo. Tenían una tienda no lejos del palacio. En 1944, después de que los alemanes hubieran invadido Hungría, trabajaron en el palacio junto con una docena de judíos. Aquí pone: «Nos pidieron ayuda» —dije golpeando la carpeta con la punta de un dedo—. «Los Mandl querían que nosotros los ayudásemos.»

—¿Nosotros? —dijo mi padre, y a continuación se bebió la mitad de su cerveza.

—Nosotros, o sea, nuestra familia —dije—. Tu abuelo, que tanto te gustaba.

—Ah, por eso has venido.

—Sí.

—Sigue leyendo.

*La gravilla está toda revuelta. Veo los surcos profundos que han dejado los coches. Los alemanes se apropiaron de las habitaciones de abajo hace un par de semanas. Nuestra casa está llena, hasta el último cuarto, de soldados, refugiados y heridos. Los perros están completamente fuera de sí. Mi madre lleva semanas ingresada en un sanatorio. Por la ventana veo a mi padre, apostado a la entrada. Delante de él, el señor Mandl agita los brazos. La señora Mandl le grita. Visten gabardinas de color claro, demasiado holgadas. Veo la estrella de los judíos y bajo las escaleras. La gravilla cruje bajo mis pies. El señor Mandl me mira a los ojos. Mi padre no se vuelve.*

—¿Sigo leyendo?

—Pues claro.

—No va a ser agradable.

El camarero trajo pan, sal, pimienta y pimentón.

—En lo tocante a aquella tarde hay varias versiones.

—¿Por qué susurras? —me preguntó mi padre.

—No he susurrado.

—Por supuesto que sí.

—¿No es extraño? ¿Por qué nadie ha contado lo importante que fue para vosotros aquel día?

—Ni idea.

—¿Nunca le preguntaste qué pasó en la guerra?

—Por lo visto no lo suficiente. Sigue leyendo.

—Fue el secreto de su vida. Escribió numerosas páginas sobre aquel instante en concreto, pero sólo un renglón acerca de la muerte de su segundo hijo, tu hermano. ¿Por qué?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Nadie sabe dónde fue enterrado. ¿Qué hizo ella cuando el bebé murió en sus brazos? ¿Nunca se lo preguntaste?

—Venga, sigue leyendo de una vez.

—¿Por qué gritas?



—No he gritado.

Cogí la hoja y busqué el pasaje donde poco antes había interrumpido la lectura.

*«Los han llevado a un campo de concentración, van a morir», dice el señor Mandl. Se refiere a Agi y a Sándor, sus hijos. Dice que ahora se encuentran en uno de los trenes. La señora Mandl agarra con fuerza el rastrillo. «¡Ayúdenos!», grita. «¡Ayúdenos, por Dios! ¡Haga algo!»*

*«¿Qué trenes?», pregunta mi padre. «No sé de qué me habla.» La señora Mandl grita. El señor Mandl se acerca a él y lo coge de las solapas. Mi padre lo aparta de un empujón. El señor Mandl cae al suelo y pierde su sombrero.*

*«Pero ¿qué hace?», le grita mi padre. El señor Mandl permanece sentado en la gravilla. Antes era un hombre alto, corpulento; ahora, de repente, pequeño.*

*«Mis hijos van a morir. Todos vamos a morir», responde con la cara congestionada, y se levanta despacio, recoge su sombrero y lo sacude contra su pantalón para quitarle el polvo.*

*«¡Vuelvan al trabajo!», les ordena mi padre. El señor Mandl coge a su mujer de la mano y dice: «No voy a hacer nada. Me largo». Se alejan precipitadamente, con la cabeza un poco gacha, hacia el estanque. «¡Deténganse!», dice mi padre una, dos veces, y al final vocifera, pero ellos no se dan la vuelta. Miro a mi padre a la cara. Veo su cólera, su enfado. «¡Deténganse!» Después oigo los disparos.*

—¿Quieres que te lea las otras versiones? —le pregunté a mi padre—. No se contradicen. Simplemente relatan con mayor detalle lo sucedido. Y al final no quedamos nada bien.

—¿Nosotros? —preguntó de nuevo.

—En cierto modo, sí.

—¿Quién disparó?

—Un alemán. En aquel tiempo había soldados de la Wehrmacht residiendo en el palacio. A los heridos los alojaban en el sótano y en los establos. Se les veía de pie o sentados por todas partes, también en el banco bajo el castaño. Supongo que fumaban y charlaban. Uno sacó la pistola y disparó. Ella lo describe como rubio, joven y flaco. Quizá viva todavía, imagínate.

—Puede ser.

—Nunca le pidieron cuentas, puesto que oficialmente no pasó nada. Mató a un matrimonio, haciendo desgraciada a toda una familia que hoy vive en Argentina. Tu madre no pudo olvidarse jamás de aquella tarde, mientras que el soldado quizá terminó de panadero en Leipzig, o de profesor de Geografía, con dos hijos, un piso pequeño, un huerto urbano, y los sábados va al estadio a ver al Lokomotive.

—¿Adónde?

—Es sólo una idea. El Lokomotive Leipzig, el equipo de fútbol.

—Ya.

—Pongamos que se llamaba Böhme, Klaus Böhme.

—¿Böhme? Nuestros vecinos de Zúrich se apellidaban Böhme.

—Ya lo sé, pero ahora no se me ocurre ningún otro nombre. Digamos que Böhme tenía veinte años aquel verano de 1944. Así que se jubilaría, déjame pensar, en 1989. Quizá en invierno, por las semanas en que cayó el Muro... Una vida alemana. ¿No te parece demencial? Por culpa de ese Böhme estoy ahora sentado aquí contigo.

Mi padre no dijo nada. El camarero trajo la comida. Estofado de ciervo.

Lunes, 16 de septiembre de 2013, 15.45

Rerererererere: Periodista de Suiza

---

Querida Mirta:

No he podido escribir antes. Estuve en Hungría y los fines de semana los niños me tienen bastante ocupado. Lamento escuchar que el diario os causa no pocas tribulaciones. Espero que haya junto a lo doloroso también algo positivo. ¿Fue un error haberme dado a conocer? Podría viajar dentro de un mes. El 14 de octubre, por la mañana temprano. Un jueves. ¿Os va bien?

Lunes, 16 de septiembre de 2013, 22.20

Rerererererere: Periodista de Suiza

---

No fue un error. Das respuesta a antiguas preguntas que nos hemos estado haciendo desde siempre. El 14 está bien. ¿Quieres alojarte en nuestra casa? ¿Te recojo en el aeropuerto? ¿Qué tal Hungría?

Esa pregunta también me la hizo Strassberg tras cinco minutos de estar yo tumbado en su diván sin saber qué decir. Tenía la sensación de aburrirlo con mi relato. Siempre los mismos temas. ¿No me había parecido oírlo bostezar?

—Hungría resultó la mar de interesante —dije distraído—. Mi padre reaccionó con sorprendente calma cuando le hablé de los Mandl. Se quedó extrañamente tranquilo. Aparte de eso, no sucedió gran cosa.

Strassberg callaba.

Yo callaba.

—Tengo la sensación de que no me sigue —dije.

—¿Cómo se le ocurre?

—Ha bostezado.

—¿Lo he hecho? A veces pasa.

—Sí, claro.

—¿Se enfada usted?

—Lo entiendo. También yo he tenido que hacer un esfuerzo para venir aquí.

—¿Ah, sí?

—Ya no sé qué contarle. No hay más. Me repito sin descanso. Siento como si el asunto hubiera sido completamente exprimido: la intensidad del verano se terminó.

—La novela policiaca llegó a su fin.

—¿Qué?

—La historia policiaca. Así la llamó hace dos semanas.

Callé.

—Cierto —dije después—. La novela policiaca... Primero Rechnitz, el diario, los Mandl; luego Agnes, Mirta, todas esas historias que confluyen. También la de usted.

—Han sido semanas extrañas también para mí, es verdad. Un tiempo durante el cual hemos sido hermanos.

—¿Hermanos?

—Para decirlo con la mayor llaneza psicoanalítica, sí. Hermanos o hijos, como más le guste. Usted con su historia, yo con la mía. La de mi padre, quien después de la guerra trabajó para una organización sionista-comunista y se dedicaba al transporte clandestino de judíos a través de Suiza hasta Marsella, donde éstos cogían un barco con rumbo a Palestina, como el marido de Agnes. Y al igual que Agnes, mi madre sobrevivió al campo de concentración. Mi padre debía llevarla al otro lado de la frontera, pues ella era mercancía de contrabando; pero se enamoraron y de esa relación nací yo. En mi adolescencia, y más tarde, siendo estudiante, yo no quería tener una identidad vinculada con el Holocausto. Me negaba a ser un hijo del Holocausto y, sin embargo, aquello me marcó, y estas semanas pasadas, escuchándolo a usted, todo se me ha vuelto presente otra vez. Ambas historias confluyen, como afirmó usted acertadamente. ¿Sabe de dónde procede el vocablo *símbolo*?

—No, por supuesto que no. Cada vez que me pregunta si he leído o conozco esto o lo otro le respondo que no.

—¿Por qué lo dice?

—Porque me siento como un tonto a su lado. Pero olvídelo, no debería haberlo dicho.

Me callé, pensando: ¿qué clase de idiota eres? Y para reanudar la conversación, pregunté:

—¿A qué viene lo del símbolo? ¿De dónde procede el vocablo?

—Del griego antiguo *symbolon*. Se trataba de un distintivo. Rompían un anillo de arcilla en dos y le entregaban una parte al que se marchaba. Quien llevara consigo aquella mitad podría volver alguna vez con quienes se habían quedado. Nuestras respectivas historias funcionan de igual manera... Entre ambas componen un todo. Entiendo que usted deplora la pérdida de intensidad. Pasa algo parecido con el amor, con la amistad y también con el psicoanálisis.

—¿Ah, sí?

—¿Sabe?, por los tiempos de mi formación, me sometí a un análisis; todos debíamos hacerlo. Un día le revelé a mi analista que dormía mal y deduje de ello que probablemente tenía un problema con mi compañera, cuya cercanía física me costaba admitir. Adivine usted lo que me dijo.

—Ni idea.

—Me preguntó por el tamaño de mi cama. Le dije que un metro cuarenta y él me

aconsejó comprar una más ancha, de ese modo quedaría resuelto el problema. Lo que quiero decir es que mi bostezo se ha debido sólo a la fatiga. No tiene mayor misterio. Hábleme de su viaje. Me interesa.

—Poco antes de partir para Hungría, hablé por teléfono con Mirta. Ya sabe, la pintora, la hija de Agnes.

—Lo sé, lo sé.

—Al final de la conversación dijo tener la sensación de conocerme desde hacía largo tiempo. Y lo mismo me pasaba a mí. No porque nuestros antepasados se hubieran conocido alguna vez, sino porque se había establecido entre nosotros una confianza peculiar. Quizá sean figuraciones mías. Ella contó que toda su familia se siente fuertemente unida a la historia de sus abuelos. Hasta el día de hoy no han cesado de indagar. Me preguntó por todo lo que sabía y, para empezar, le hablé de los asuntos inofensivos, describí la tienda, mencioné las guindas en almíbar, y ella rompió a llorar de alegría cuando leí que sus abuelos tenían siempre las mejillas coloradas. Me pareció un tanto inquietante.

—¿Qué le pareció inquietante?

—La relación estrecha con sus abuelos, que además eran personas que ella ni siquiera había conocido, y la manera como le afectaba cualquier detalle. En un momento determinado me preguntó si en el diario hay pasajes susceptibles de causarle una gran perturbación y le respondí que sí. En realidad yo quería esperar a haber descifrado todas las páginas, pero ella insistía; de modo que le conté todo lo que sabía acerca del último cuarto de hora de la vida de sus abuelos. Que trabajaban en el palacio y ayudaban junto con otras familias judías en el jardín. Que imploraron ayuda a mi bisabuelo. Después, la disputa, aquel grito, los disparos. Ella empezó a llorar. Y yo no sabía si debía disculparme o no.

—¿Lo hizo?

—No. Permanecí en silencio. Ella dijo que no estaba segura de si debía poner en conocimiento de su madre aquel giro nuevo de la historia. Se lo iba a pensar e iba a hablarlo con su hermana.

—¿Por qué vacila?

—Es demasiado doloroso. Esto es muy fuerte para Agnes. ¿Para qué torturar con datos nuevos a una mujer mayor que ya ha sufrido bastante en el transcurso de su vida?

—No lo entiendo.

—Yo tampoco.

—¿No es una tortura mayor pensar que sus propios padres se suicidaron?

---

Lunes, 16 de septiembre de 2013, 22.41  
Rererererererererere: Periodista de Suiza

Querida Mirta:

No es necesario que vayas a recogerme. Viajaré en autobús a la ciudad. He encontrado un hotel. La estancia en

Hungría estuvo bien, pero por desgracia no me fue posible visitar el Museo del Holocausto. ¿Cuál es ese cuadro tuyo? ¿Nos encontramos para almorzar juntos?

Lunes, 16 de septiembre de 2013, 23.03  
Rererererererererere: Periodista de Suiza

---

Muy bien. Restaurante Mott, esquina El Salvador y Armenia. ¿A la una?

Pero, antes de nada, un salto a la Hungría del año 1982. Durante la era de János Kádár, por muy odiado que éste fuera, el país atravesó una fase de apertura. La gente se sentía más libre, los sueldos crecieron y se autorizaron los viajes a Occidente, aunque salían muy caros. Muchas personas iban de vacaciones al lago Balatón, a cien kilómetros de Budapest, alrededor del cual se abrían cada vez más restaurantes y donde había campings, pequeñas pensiones y zapaterías para mujeres que deambulaban por las calles con vestidos fosforescentes y se alegraban cuando los hombres les silbaban. En la piscina se oían las canciones de Nena, Supertramp y los éxitos húngaros. Y se comía perca frita, se bebía cerveza y Coca-Cola auténtica, y se contemplaba el agua a través de las cañas. Y si se miraba por esos días a la zona occidental desde Siófok, apenas se podía ver la orilla, como si estuviera uno en el mar. A la Riviera, como llamaban al sitio, también se desplazaban por entonces turistas de Bulgaria, grupos de viajeros de la Unión Soviética, pero sobre todo familias de la RDA. Había sin duda lugares más atractivos en Europa oriental, lagos más grandes en Polonia, arena más fina en Mecklemburgo, mejor pescado en Dubrovnik; pero en Hungría todo parecía más relajado y al mismo tiempo más evolucionado. «Así es precisamente el sur», decían matrimonios de Dresde a sus hijas, que, apretujadas en el asiento trasero del Trabant, miraban por la ventanilla y se asombraban de ver los puestos de helados con paredes de espejo. Un soplo de libertad rodeaba pueblos como Balatonfüred desde junio hasta finales de agosto, cuando, de anochecida, los adolescentes de Budapest introducían la lengua en la boca de chicas de Liubliana o de Leipzig delante de la discoteca Flört, fumaban cigarrillos de filtro blanco y bebían aguardiente de una ponchera en la que flotaban trozos de sandía, empapados en el oleoso *pálinka* de ciruela de fabricación local. Era el juego de todos los atardeceres en que los jóvenes trataban de bajar con una chica al lago, al largo embarcadero cuyas tablas conservaban el calor del sol. Allí estaba amarrado un pequeño bote. El chico saltaba adentro, mantenía con habilidad el equilibrio, cogía a la chica de la mano y la ayudaba a sentarse en la proa, acoplaba los remos a los toletes y, como siempre, remaba directamente hacia las cañas. Para ella, sin embargo, todo eso era nuevo: el olor a podrido del barro y los sedimentos, los tallos de caña que se deslizaban pegados a los bordes del bote, de tal manera que no le era posible ver nada a izquierda y derecha, tan sólo el cielo oscuro arriba.

Pongamos por caso que la muchacha, que ahora contempla el cielo y se barrunta lo que va a ocurrir a continuación, se llamase Böhme y estuviera de camping por aquellos despreocupados días, a principios de los ochenta, con sus padres y su hermana en Siófok, en una tienda de campaña marrón con un tejadillo bajo el cual cabía exactamente una mesa plegable. Durante el día, Klaus Böhme, su padre, de cincuenta y ocho años de edad, se pasaba la mayor parte del tiempo tumbado en su colchoneta hinchable a la sombra de un bosquecillo de pinos silvestres que pertenecía

al camping, con el transistor pegado a la oreja. Se celebraba el mundial de fútbol en España y no quería perderse ningún partido, a pesar de que la RDA no participaba por haber salido derrotada por Polonia en el decisivo encuentro de clasificación.

Por segundo año consecutivo, la familia había viajado al lago Balatón y se había encontrado allí con la prima de la esposa, residente en Alemania Occidental. El Trabant de los Böhme estaba aparcado junto al Mercedes de sus parientes de Mannheim. Miles de familias separadas por el Muro pasaban un par de días juntas en bañador. RFA y RDA en coloridas toallas de felpa pegadas las unas a las otras; éstos con aceite solar de la marca Hawaiian Tropic con fragancia de coco, aquéllos con aceite de nuez de Lebona. Se veía por el diseño si las tiendas de campaña habían sido confeccionadas en el Oeste o en el Este, lo que, transcurridos unos días, perdía toda importancia. Pocos sabían que había miembros de la Stasi en los campings alrededor del lago Balatón, hombres amables y solícitos que saludaban por las mañanas, obsequiaban de vez en cuando con helados a los niños y por la tarde desaparecían durante unas cuantas horas en el interior del país, donde se reunían con sus colegas húngaros y se leían mutuamente notas sobre lo que hablaba la gente y sobre quién entraba con quién en la tienda de campaña de quién.

La semana anterior, cuando la familia llegó a Hungría, Böhme se sentía satisfecho por completo. Hacía buen tiempo y la prima de su mujer le caía bien. Al marido lo tenía por un fanfarrón, con su bañador, que era el más reducido de cuantos se veían, y su grueso reloj. El hombre se consideraba experto en todo. No obstante, Böhme habría recobrado la tranquilidad después de descubrir el bosquecillo de pinos si no hubiera sido porque desde hacía un par de días había algo. ¿Qué?

Se dijo a sí mismo que tenía que ver con el estómago. Todo el tiempo esa nata agria que echan a la comida. Se puso la camisa y las chanquetas, cogió la bolsa de cuero donde guardaba el dinero y las gafas de sol, cruzó el camping en dirección a los servicios y vio de lejos a su hija en medio de un grupo de chavales. Ella se reía. Sus cabellos se habían vuelto algo más rubios a causa del sol. Al padre no le había pasado inadvertido que por las noches volvía cada vez más tarde a la tienda de campaña.

En lugar de guardar cola delante de una de las puertas azules de los servicios, siguió caminando; dejó atrás el restaurante y la oficina donde les habían asignado la parcela para acampar y se encontró de pronto ante su coche. No se lo pensó demasiado ni deseaba pensar; se montó, encendió el motor y bajó la ventanilla. Hacía calor y olía a cuero de tapicería cuando, cruzando las vías del tren, enfiló la carretera principal por la que él y su familia habían venido una semana antes.

Su mujer no lo echaría de menos: por la tarde, Hungría jugaba contra El Salvador; pero él podía renunciar al partido. El viento le resultaba agradable y hacía flamear su camisa. Había pensado en explorar un poco la zona, pero en el fondo Böhme sabía adónde iba.

Al este del lago Balatón, el paisaje se tornaba más ondulado. Avistó viñedos, adelantó a un tractor azul y llegó poco después a una zona de ciénagas; se percató de

ello porque se veían pocos árboles y ningún campo de cultivo, no en vano era profesor de Geografía, y creyó, además, percibir un olor a pantano en el aire. Cuando Böhme llegó a Sárosd, redujo la velocidad, pasó junto a las chozas de los cingáros, a la entrada del pueblo, vio gallinas y cerdos y niños que comían del suelo, siguió adelante, dejó atrás casas bajas con tejados de caña, vio cigüeñas que anidaban en chimeneas y en la torre de la iglesia. Allí se detuvo, se apeó y cayó en la cuenta de que sólo llevaba puestos el bañador, una camisa de manga corta y las chancletas de playa. Con semejante pinta no podía andar por la aldea, así que permaneció de pie, un tanto indeciso, delante del coche. Miró la iglesia, la tienda de comestibles y, a la izquierda, entre los árboles, divisó el tejado del palacio amarillo que tan bien conocía. Se propuso observarlo con mayor detenimiento. Sólo unos instantes, se dijo, y cruzó la carretera. ¿No corría antes por aquí un arroyo?

La tarde empezaba a declinar. No se veía un alma. Böhme atravesó un pequeño puente y llegó al parque que rodeaba el palacio, donde empezaba el camino de gravilla que conducía hasta el patio. Al caminar notaba cada piedra bajo las suelas de goma. Se proponía echar un vistazo al patio. No parecía que hubiera nadie, así que recorrió el corto tramo arrimado al muro del palacio, sintió el calor que le llegaba rebotado de la pared, vio de lejos las ramas del castaño y se acordó del grueso tronco. ¿No lo rodeaba un banco? Enseguida lo comprobaría, le faltaban por recorrer unos cuantos pasos. Al doblar la esquina y entrar en el patio, vio el árbol a cuya sombra había pasado tardes enteras durante la guerra. Ahora no estaban sentados allí los soldados, sino una docena de hombres y mujeres mayores que cubrían sus cuerpos escuálidos con ropa de internos. Algunos llevaban una botella de suero en la mano y todos clavaron la mirada en él, en Böhme con bañador y chancletas. Apenas cuarenta años antes lo habían mirado de igual manera en el mismo sitio, sólo que entonces él vestía de uniforme y tenía un arma en la mano.

De vuelta en el coche, arreó un manotazo al volante, como siempre que una imagen del pasado se ilumina de pronto ante sus ojos: los residuos de pólvora de su arma, el ruido de la pareja al desplomarse en la gravilla. Se preguntó cuánto tiempo hacía de aquello. Dejó la ciénaga atrás. Se perfilaron las primeras colinas cubiertas de vides. ¿Sucedió realmente o se lo imaginaba? Böhme emprendió el regreso al lago. Pronto surgieron ante su vista las tiendas donde se vendían colchonetas y donde había cajas repletas de sandías. Oyó algarabía de niños, y eso lo tranquilizó. Cedió el paso a una familia para que cruzase la carretera, y cuando se hubieron apartado de su campo visual distinguió un restaurante en la orilla del lago y condujo su Trabant hasta el espacioso aparcamiento. Pasaba un poco de las nueve.

Como todas las mesas estaban ocupadas, tomó asiento junto a un señor mayor y pidió una cerveza Soproni. Se oían al fondo las voces de júbilo y los aplausos de unos hombres. Böhme se levantó y se acercó al televisor. Hungría iba ganando dos a cero a El Salvador. Le sirvieron la cerveza. La bebía a grandes sorbos. Ahora se daba cuenta de que no había bebido nada en toda la tarde. Los hombres estallaron en gritos de



alborozo. Böhme miró instintivamente el televisor, vio el tercer gol de Hungría en la repetición, volvió a la mesa y pidió otra cerveza. «Fútbol», le dijo al hombre mayor, y éste hizo un gesto de aprobación.

El patio interior, la gravilla, los disparos, todo aquello logró arrumbarlo Böhme con éxito, como muy tarde con el cuarto gol y el tercer vaso, en el sitio adonde va a parar lo que resulta molesto. Sólo la tierra rojiza adherida a las chancletas delataba su excursión.

Supongamos que el vecino de mesa de Böhme era un ruso de pelo corto y vientre prominente, y digamos que se llamaba Andréi Simanovski, funcionario, casado, sin hijos. Treinta y siete años antes había sido guardián en un campo de prisioneros de una pequeña ciudad llamada Asbest. Cuando en 1955, bajo el poder de Kruschev, los últimos cautivos fueron repatriados, entre ellos mi abuelo, entró a trabajar en el ferrocarril, cosa que le gustaba. Viajaba mucho por el país, no residía más de un par de meses en el mismo lugar y pensaba con frecuencia, durante los desplazamientos, en sus tiempos de guardián, no tanto en los prisioneros de cuyos semblantes apenas se acordaba, antes bien en las relaciones personales entre los jefes del campo, las borracheras incesantes, las continuas órdenes a las que estaba expuesto y el miedo a hacer algo mal. Cuando menos lo esperaba conoció, con ocasión de un viaje de inspección a Lugansk, a su mujer Yulia, con la que ahora estaba pasando sus vacaciones en el lago Balatón. Todos los años, un grupo de ferroviarios soviéticos podía ir de vacaciones a Hungría con sus esposas, y esta vez les había tocado a los Simanovski. Diez días en la Riviera, qué suerte. Simanovski era un buen marido. Bebía, pero no mucho. Era concienzudo y fiel, un hombre callado que nunca se sentía a gusto dentro de un grupo y ahora estaba feliz por haberse perdido durante unas horas. Ya de niño le gustaba estar solo; sin embargo, junto a este alemán en bañador que bebía cerveza como si fuese agua, notaba con asombro que echaba de menos a su mujer.

BÖHME: En 1982 tiene cincuenta y ocho años. Casado, padre de dos hijos, alto, delgado. Trabaja como profesor en una escuela de Leipzig y enseña Geografía y Química.

SIMANOVSKI: Cinco años mayor que Böhme, también casado, tiene un hijo de una breve relación amorosa al que nunca ve, y un perro. Amante de la música clásica, nada le llega tan adentro como el segundo movimiento del *Trío para piano en la menor, Op. 50*, de Chaikovski, con la excepción tal vez del final de la *Patética*.

TIEMPO: Junio de 1982. Argentina capitula en la guerra de las Malvinas; cumbre de la OTAN en Bonn; 350 000 personas se manifiestan contra los planes de Ronald Reagan para el rearme nuclear; Paul McCartney y Steve Wonder desbancan a *Un poco de paz* de Nicole del puesto número 1 de éxitos en Alemania, y *E. T.* de Steven Spielberg bate todos los récords de taquilla en los cines.

LUGAR: Restaurante Zum guten Zander, Balatonvilágos.

Por supuesto que esto es improbable. ¿Cómo iban a encontrarse precisamente estos dos señores? Pero si uno se para a pensar en el número de alemanes y rusos de la misma edad que tuvieron una biografía parecida y participaron como soldados, espías o guardianes en los dos sistemas totalitarios que marcaron a Europa en el siglo pasado, sin ser acaso conscientes de ello, habrá que reconocer entonces que estos dos señores en mangas de camisa eran personas normales con biografías normales, estaban en el último tercio de sus vidas normales y algunos días recibían la visita de su pasado normal, que se mostraba en forma de una ligera melancolía o con un asomo de mal humor que llegaba tan de repente como desaparecía. Böhme y Simanovski eran personas como nosotros.

BÖHME Usted es ruso, ¿verdad?

SIMANOVSKI Sí.

BÖHME Estudié ruso en la universidad. De eso ya hace treinta años.

SIMANOVSKI Habla muy bien.

BÖHME Qué va. ¿No le gusta el fútbol?

SIMANOVSKI No. Nunca me ha interesado. ¿A usted?

BÖHME Bueno, un poco. (*Se callan.*)

SIMANOVSKI ¿Qué estudió usted?

BÖHME Después de la guerra estudié química en Leipzig. La cuestión era que en un país joven como la RDA hacían falta profesores, de modo que solicité un puesto. Luego vino el Muro, ya sabe. En la actualidad enseño Química y Geografía. Me gusta la docencia. El trabajo me satisface, al menos por regla general. Seguro que usted ya sabe cómo es esto. ¿Tiene hijos?

SIMANOVSKI No. Sí. Es una larga historia.

BÖHME ¿Es usted...?

SIMANOVSKI Estoy casado. Mi mujer se ha ido a jugar a los bolos. A mí me duele la cabeza, así que no la he acompañado. ¿Y usted qué se cuenta?

BÖHME Estamos acampados aquí cerca. Mi mujer y mis dos hijas. Acabo de..., o sea, he hecho una excursión. Yo...

Se oyen al fondo gritos de júbilo. Böhme vuelve la mirada hacia el televisor pero no ve nada, hombres en bañador que fuman le tapan la vista. «¿Quién juega?», pregunta Simanovski. «Hungría», contesta Böhme, quien se levanta, la cerveza en la mano, avanza un par de pasos, estira el cuello y mira la repetición del gol. Cinco a uno en el minuto 64. Cuánto le gustaría ver el partido, pero ahora ya no es posible.

SIMANOVSKI ¿Adónde ha ido?

BÖHME ¿Qué?

SIMANOVSKI Ha dicho que ha estado de excursión.

BÖHME Sí, ¿sabe?, estuve destinado aquí cerca. Hace mucho tiempo de eso. Han sucedido muchas cosas desde entonces.

SIMANOVSKI Entiendo.

BÖHME No puedo quejarme. Nos va bien, ¿no cree? Hungría, el verano, quiero decir... Necesito otra cerveza. ¿Y usted?

*(Simanovski asiente.)*

BÖHME No he hecho más que dar una vuelta y observar la región, el paisaje pantanoso, los pueblos, la gente amable, ¿comprende?

SIMANOVSKI Cada palabra.

Siete a uno a favor de Hungría.

BÖHME Salud.

SIMANOVSKI Salud.

BÖHME ¿Usted también ha estudiado?

SIMANOVSKI No. Quise hacerlo, pero no fue posible. Serví en el ejército. Ya sabe usted cómo es eso: no se puede elegir. Ahora trabajo en el ferrocarril.

Ocho a uno. Los otros hombres dan voces de júbilo. En sus bigotes se secan restos espumosos de cerveza. El aire es de bochorno. Hace rato que el sol se ha puesto. Aún quedan veinte minutos de partido. Böhme y Simanovski permanecen sentados delante de sus respectivos vasos, con la mirada fija en la mesa. Ya no saben de qué hablar. Están cansados, un poco borrachos, pero no del modo agradable, sino del otro, del melancólico y paralizador. Böhme clava los ojos en su vaso, no le apetece volver aún a la tienda de campaña. Simanovski se acuerda de repente del grupo del viaje, quizá debería ir emprendiendo sin prisa el regreso. Piensa en su

perro, que se quedó en casa; en lo a gusto que estaría ahora con él. Gritos de alborozo, nueve a uno. Böhme ya no se inmuta, tiene la sensación de no poder mover los brazos ni las piernas, mientras la voz del comentarista húngaro suelta un gallo. El partido aún dura diez minutos. Y cuando Simanovski hace por fin una seña al camarero, Böhme se siente aliviado y tiene el deseo de decirle algo amable al ruso desconocido; pero como no se le ocurre nada y se avergüenza de su propio silencio, decide pagar la cuenta. «No, no», dice Simanovski, y se defiende: no lo puede aceptar. Pero Böhme no retira su ofrecimiento, aun cuando ahora lo considera exagerado. Sin embargo, no le es posible echarse atrás.

BÖHME Ha sido una grata conversación.

SIMANOVSKI Estoy de acuerdo.

Se estrechan la mano un poquitín más de tiempo de lo habitual. Diez a uno para Hungría. El árbitro pita el final del partido. El Salvador es redimido de su situación; los dos hombres, también.

Poco antes de la una, entré en el restaurante Mott de Buenos Aires, un antiguo taller de automóviles. Era un local espacioso, muy iluminado, con mesas oscuras de madera. Mirta se levantó y me hizo una seña con la mano. Yo la conocía por las fotos de su página web. Sus gafas de color, su risa. Había leído todas las entradas que hay sobre ella en Google y echado un vistazo a sus instalaciones. Nos habíamos hecho amigos de Facebook antes de vernos por primera vez. Enregistré hacia ella atravesando el local, mientras me preguntaba cómo debía saludarla. A todo esto, ella tendió sus manos hacia mí como hacen las personas que no se han visto desde hace largo tiempo. Luego se acercó su hermana Marga. Era más reservada que Mirta y hablaba con voz suave y un lenguaje más selecto. Nos sentamos los tres a la mesa, en plena Sudamérica, y empezamos de nuevo desde el principio como si no hubieran mediado los correos electrónicos ni las conversaciones telefónicas. Lo ocurrido una tarde en Hungría, hacía casi setenta años, nos había convocado allí.

—Aquí siempre como salmón, pero hoy pediré atún —dijo Mirta—. ¿Para ti carne?

Asentí.

—¿Poco hecha?

—Sí.

Les enseñé fotos de mis hijos, en bañador y con manguitos en los brazos a orillas de un lago suizo, las comisuras de los labios manchadas de ketchup; tras lo cual ellas sacaron también sus móviles y me enseñaron fotos familiares. «Toda la familia tiene lazos con Hungría y su Historia», dijeron mientras yo miraba todas aquellas caras desconocidas, de ojos rojos por causa del flash.

—Cada vez que alguna de nosotras, en todos estos años, ha viajado a Europa, ha buscado allí datos nuevos.

—Pero ¿por qué? —pregunté—. ¿Es que esto no se acaba nunca? ¿No es insólito que hasta vuestros hijos anden peleando con el pasado?

—Pero tú también lo haces.

—Cierto. Y me pregunto continuamente si hago bien o debería dejar el asunto.

—¿Para qué? —dijeron ellas sin ánimo de burla, si bien se habían formulado la pregunta tan a menudo que se notaba que tenía para ellas algo de rutinario.

—Crecimos con la sensación —dijo Mirta— de que el pasado doloroso condiciona nuestra existencia actual. Es nuestra herencia. Siempre ha estado presente, en cada minuto de nuestra infancia, en cada hora de nuestra juventud, en cada día de nuestra vida.

Hice un gesto de comprensión y tuve que pensar en el lago que acababa de mostrarles en las fotos, en los guijarros de la orilla sobre los que forzosamente había que caminar para llegar al agua. Yo iba muchas veces a nadar allí con mis hijos y desplegaba las toallas de colores a la sombra de los árboles. A veces el prado se veía

sembrado de vilanos. Más tarde les compraba un bocadillo de salchicha asada, un helado; o sea, hacía exactamente lo que mis padres habían hecho con mis hermanos y conmigo cuando éramos pequeños. ¿Bastaba esto para considerarlo raíces? ¿Es algo que yo transmito a mis hijos o se trata de una mera trivialidad? Esa satisfacción cuando uno emprende cansado el camino de vuelta a casa después del baño, el sol en el pelo, el olor del bañador húmedo en la bolsa de plástico. Mirta y Marga tenían el Holocausto, al que se aferraban... ¿Qué tenía yo?

Brindamos. Les hablé de mí, de Rechnitz y de cómo había encontrado el diario de mi abuela. Ellas hablaron de su padre, Aron, el cual había estado casado antes de conocer a Agnes y había perdido a su mujer y a su bebé en Auschwitz.

—Al contrario que nuestra madre Agi, que nunca se ha desconectado de Hungría, Aron no quería saber nada de Polonia cuando en 1948 los dos llegaron en barco a Argentina.

Las dos hermanas, según dijeron, habían crecido en la pobreza. Ni siquiera tenían un cuarto de baño; eso sí, todo estaba limpio y ordenado.

—Muy europeo —añadieron.

Contaron que sólo poseían dos reliquias de los tiempos anteriores a ellas: la foto, cosida en Auschwitz a una caja de margarina, que de forma milagrosa Agnes había conseguido ocultar a los guardianes.

—Hoy cuelga enmarcada, cubierta por un cristal, en mi casa —dijo Mirta.

El otro objeto era el cinturón que Aron le quitó a un soldado alemán el día de su liberación en Auschwitz. No quería que se le cayeran los pantalones hasta las rodillas ahora que había acabado la guerra y había escapado a la cámara de gas. Un acto de dignidad.

—Mirta tiene la foto. Yo tengo el cinturón. Cuelga en mi casa de la pared —dijo Marga.

—¿Su cinturón?

—Sí.

—Naturalmente —dije en voz baja, como si fuera lo más normal del mundo fijar a la pared con clavos el cinturón de un guardián de Auschwitz.

—Hace diez años viajamos con Agi a Hungría a fin de buscar la tumba de los abuelos —dijo Mirta.

Les habían llegado noticias nuevas según las cuales todos los judíos de la zona de Sározd fueron obligados a abandonar sus casas a principios de 1944, también sus abuelos. Los apiñaron como a reses y los alojaron en establos del pueblo vecino.

—Los alemanes debieron de enviarlos desde allí al patio de la casa familiar de mi abuela, tal como pone en el diario —las interrumpí, al tiempo que pasaba las hojas en busca del pasaje—. Un momento, enseguida lo encuentro. *Desde aquel día* —leí en voz alta—, *llegaban cada mañana alrededor de veinte judíos al patio. Llevaban una estrella amarilla en la chaqueta. Los hermanos Goldner ayudaban donde los caballos; los Medak y los Mandl, en el jardín. El resto iban a trabajar al campo.*

Adecantaban los establos —dije—, arrancaban hierbajos, limpiaban el estanque de las carpas.

—Eran vuestros esclavos —dijo Mirta.

—¿Nuestros?

—De tu familia.

Seguí leyendo: *A algunos los conocíamos. Los saludábamos, nos saludaban. En cambio, aquellos que no nos conocían evitaban mirarnos a los ojos por miedo... ¿Qué les habíamos hecho?*

En aquel viaje a Hungría descubrieron el nombre y el motivo de su muerte en un archivo: Mandl, suicidio.

—Allí se podía leer, claro como la luz del día, y por primera vez teníamos un documento oficial que certificaba la existencia de nuestros abuelos... y la forma como habían muerto —dijo Marga, mirándome con ojos grandes—. ¿Entiendes hasta qué punto fue importante aquel momento para nosotras? Por primera vez no eran fantasmas, sino seres reales.

Y yo hice un gesto afirmativo, aunque no era sincero. En realidad no podía entenderlo.

Aquel día se pusieron muy nerviosas. En un extremo del cementerio, según contaron, entre los arbustos, donde todo estaba cubierto de vegetación, Agnes encontró una piedra abandonada, sin inscripción, y decidieron que aquélla era la tumba. Entretanto, el filete estaba en la mesa; yo corté la carne, serrando las fibras a través de la grasa; la sangre se acumuló en el borde del plato y se mezcló con la ensalada de patata.

—De buenas a primeras teníamos la seguridad de hallarnos muy cerca de ellos.

—¿Suicidio? —pregunté.

—Sí.

—Entonces ¿por qué pone otra cosa en este diario?

Y señalé la carpeta que ahora tenía sobre las rodillas, cubierta con la servilleta de paño.

—Eso mismo nos preguntamos nosotras.

Continuamos comiendo en silencio.

—¿Quién cometió el crimen? ¿Tu familia? —quisieron saber—. ¿Quién lo encubrió?

—Un soldado alemán de la Wehrmacht disparó. Un hombre joven, delgado, es todo lo que se dice de él. Mi abuela escribió que fue su padre quien encubrió el hecho. Para él fue un juego de niños: era poderoso, tenía contactos, inventó vuestra versión de la historia, así podríamos llamarla hoy. Bastó una llamada telefónica y el funcionario de turno escribió en el libro lo que vosotras encontrasteis en el archivo. Así debió de suceder aproximadamente, seguro, con toda probabilidad. ¿Había ya entonces teléfonos?

Acordamos vernos de nuevo al anochecer. Mirta me dijo que llevase el diario de

mi abuela y les leyerá algunos fragmentos. ¿No podría fotocopiar las páginas? Pasé la tarde expuesto a la lluvia. Diluviaba desde hacía días. En Paraguay había habido inundaciones. Vi las imágenes en televisión: había volcado un autobús y se había llenado de agua color marrón claro. Me habría gustado tomar asiento en un café, pero no acababa de decidirme. O había mucho ruido dentro, o era muy caro, o estaba abarrotado de gente. Así que seguía caminando, y cuando me miraba en los escaparates y veía mis greñas, los claros en el cuero cabelludo mojado, los ridículos zapatos con suelas de color que suelen llevar más bien los adolescentes, me entraban ganas de arrancarme a gritar. Hazlo. ¿Por qué no lo haces? Esta clase de pensamientos me resulta familiar desde la juventud. ¿Por qué no se ven seres humanos en la calle que de repente se queden parados y griten? ¿O que se desplomen y no sepan adónde ir? ¿De dónde sacan fuerzas para refrenarse? Cuando mi hija mayor vino al mundo y vi por primera vez cómo gritaba y alborotaba a la manera habitual de los niños, me llené de preocupación al modo de quien se acaba de estrenar como padre. Con el tiempo, perdía la paciencia, pero principalmente me asombraba. ¿No hacía ella lo que yo estaba deseando hacer, si bien mis gritos sonaban muy bajito?

A última hora de la tarde, me senté a la mesa con Mirta y Marga y sus respectivos maridos. Hablamos de todo: de Hungría, de Suiza, de la lluvia. Y cuando acabamos de cenar saqué los apuntes y empecé a leer, primero en alemán, después en inglés, para lo cual tenía que buscar en la cabeza la traducción adecuada. ¿Cómo se dice *castaño*? ¿*Gravilla*? ¿*Guinda*?

Con anterioridad no me había parado a pensarlo; sólo ahora me daba cuenta de lo importante que era cada palabra, por cuanto preexistía un camino al que todas se supeditaban. Lo que yo contaba les pertenecía a ellos y, sin embargo, era yo quien daba forma a su pasado. Yo elegía las palabras. Ahora yo escribía su historia y yo era quien tenía poder... ¿Qué clase de sensación era aquélla?

Alguien me puso un vaso de whisky en la mesa. Yo miraba los trozos de hielo que flotaban en la superficie mientras traducía el pasaje relativo a la tienda de sus abuelos, los estantes abarrotados, la balanza en la que el señor Mandl pesaba el azúcar, la harina y, en otoño, las manzanas. Al final siempre añadía una pequeña cantidad, de propina.

—Qué lindo oír que era generoso —dijo Marga, y sus ojos, ya secas las lágrimas, brillaban.

Leí unas líneas sobre el tren cuya cubierta espejeaba a la luz del sol. Mi abuela lo había visto un domingo desde el campo. «Dentro van los judíos», murmuraron algunos, y ella no podía dejar de mirar con fijeza en aquella dirección, hasta que el tren reanudó la marcha.

Leí el pasaje donde se cuenta que mi abuela fue a una cárcel de Hungría a buscar a Agnes, antes de que ésta fuera deportada a Auschwitz. Casi se encuentran, así lo ponía allí; sin embargo, el encuentro no se produjo. Después leí las diferentes



versiones de la tarde en que el matrimonio Mandl murió. Empecé por la más corta, seguí con la segunda, después con la tercera. Todos alrededor de la mesa tenían la atención puesta en mis labios. Podía sentir cómo mis palabras entraban dentro de ellos y les suscitaban imágenes. *El señor Mandl cogió a su mujer de la mano —leí—. Cruzó el patio a la carrera. «¡Deténgase!»*, gritó alguien por detrás; pero él no tenía intención alguna de obedecer y siguió corriendo en dirección al estanque. Pretendía cruzar el puente, decidido a llegarse tal vez a su tienda, cuando el soldado desenfundó la pistola. Mirta y Marga se llevaron sendos pañuelos a los ojos.

—Un hombre valiente —dijeron a través de sus suspiros—. No permitió que le dieran órdenes. En eso era igual que nosotras.

Tomé un trago largo de whisky. En la garganta noté un dolor agradable, una sensación caliente en el pecho y después en el estómago. Tras un prolongado silencio, me preguntaron por qué había emprendido el viaje.

—¿Por qué?

Me quedé un tanto sorprendido. Como algunos años antes, cuando el escritor Maxim Biller me preguntó en presencia de otros qué queda de mi tía Margit dentro mí. Margit, culpable de la matanza de ciento ochenta judíos en Rechnitz... ¿Y yo? Nada, le respondí, pero comprobando por la vergüenza que sentí que aquello no era toda la verdad, de igual manera que ahora notaba qué poco consistente sonaba mi respuesta:

—Sólo soy el mensajero —dije. Un portador.

Pero no era verdad, pues cuando me preguntaron si estaba dispuesto a dejarles las páginas del diario donde se contaba lo que le había pasado a su familia, asentí y dije que por supuesto, pero en realidad yo estaba en contra... Eran mis páginas.

—El matrimonio Mandl perdió la vida en vuestro patio —dijo el marido de Mirta—. ¿He entendido bien cuando has dicho que tu abuela pudo ayudarlos pero no lo hizo?

—Sí —confirmé. ¿Nuestro patio? ¿Mi patio? Así pues, ¿era algo más que un mensajero?—. Toda su vida sufrió por ello —me apresuré a añadir, y la frase sonó como una disculpa.

—¿Fue a buscar a Agi a la cárcel?

—Viajé a una ciudad llamada Kistarcsa y pregunté a un soldado si le permitirían hablar con Agnes Mandl. En honor a la verdad, yo también me pregunto si estuvo realmente allí o sólo fue un deseo que tuvo, puesto que para abandonar Sározd no le quedaba más remedio que dejar a su hijo con sus padres y, además, estaba embarazada, el país rebosaba de alemanes y la situación era de gran inseguridad.

Se había hecho el silencio. Marga lo rompió diciendo:

—Estuvo allí. —Y como sentía frío, se frotó los brazos—. Hace años, yo hacía compañía a nuestra madre en el salón, como todas las semanas, y de pronto se puso a hablar de cuando estuvo en el campo de tránsito. Le contaron que alguien había ido a buscarla, alguien que quería hablar con ella. «¿Quién?»», le pregunté. Pero no lo sabía.

Tenía mucho miedo entonces: aún era muy joven y se encontraba sola, sin sus padres ni su hermano. Ahora sabemos por fin quién era ese alguien. Tu abuela, una mujer valiente.

Nos miramos los unos a los otros como si acabáramos de resolver una especie de enigma.

—¿Y qué habría ocurrido si el encuentro hubiera tenido lugar? —me preguntaron—. ¿Qué le habría dicho tu abuela: lamento que tus padres hayan muerto en mi patio?

—No lo sé —respondí.

Y sin tiempo de seguir hablando, sonó el timbre de la puerta. Un sonido estridente sobresaltó a todos en torno a la mesa. Mirta y su marido arrugaron la frente; no esperaban a nadie. ¿Quién podría ser a esas horas, justamente hoy? Mirta se levantó, abrió la cerradura y retiró la cadena. Oímos que saludaba a varias personas. De pronto aparecieron a nuestra vista su hijo, la novia de éste y los padres de ella. El muchacho anunció que se casarían el año que viene, tras lo cual todos se miraron y acto seguido se pusieron de pie, pensando todavía en Agnes encerrada en el campo de prisioneros, y se abrazaron. Mirta lloraba de alegría en el momento de estrechar a su hijo entre los brazos. Ya tenía el rímel corrido por las lágrimas de un rato antes.

Lunes, 15 de octubre de 2013, 09.45  
Rererererererererere: Periodista de Suiza

---

Querido Sacha:

Puedes imaginarte cuántos pensamientos me pasaron anoche por la cabeza. La llegada de mi hijo y la feliz noticia de su compromiso matrimonial lo han revuelto todo. Tengo que dejar reposar un poco lo que hablamos justo antes de que él llamara al timbre. Nuestra historia está siendo escrita de nuevo. Esto es para nosotros una cosa muy grande. Recientemente pensé que, por ejemplo, las entradas de Google en las que se alude a mi pasado son inexactas. Cosas que dije hace años ya no valen. Quizá esto te parezca una pequeñez, y sin duda lo es, pero muestra las verdaderas dimensiones del asunto.

Cuando nos despedimos dijiste que te sorprendía sentir que toda esta historia te afectara tanto. Creo que empiezas a notar lo mucho que estamos condicionados, hasta la fibra más recóndita de nuestro cuerpo, por hechos sucedidos antes de nuestro nacimiento. A Marga y a mí nos ocurre de continuo. Es la herencia de la que hablamos. No temas.

Muchas gracias por haber venido a transmitimos esta historia que nos pertenece y que de alguna manera te pertenece a ti también, pues te decidiste a contárnosla. Nos veremos en casa de mi madre. ¿Quieres que vayamos a recogerte?

Lunes, 15 de octubre de 2013, 11.53  
Rererererererererere: Periodista de Suiza

---

Querida Mirta:

No hace falta que me recojáis. La casa no queda lejos del hotel... y antes de la cita habrá parado de llover, ¿verdad?

Lo primero que vi de la madre fue el andador con el que se desplazaba. Agnes salió de su dormitorio. Se había maquillado, arreglado el pelo y puesto guapa para mí. Mirta y Marga la flanqueaban. Se las notaba felices de ver así a su madre.

—Éste es el visitante venido de Europa —le dijeron—, el nieto.

—¿Quién? —preguntó ella en voz bastante alta.

—El nieto, ya sabes.

Pero Agnes no sabía nada. Yo lo advertí.

Nos saludamos y tomamos asiento a la mesa redonda del salón. Con idea de prepararla para mi llegada, le habían dicho que estaba de paso y que había encontrado información sobre ella en el diario de mi abuela.

—Sobre tus padres —le dijeron. Y agregaron que sobre acontecimientos de hacía setenta años, y que yo estaba allí para leerle algunos pasajes.

—Qué maravilla —dijo ella, volviendo hacia mí la mirada. Vaciló antes de proseguir con su voz fina—: ¿Eres el nieto de Maritta o de Lilly?

Se acordaba.

—De Maritta.

—¿Vive?

—No. Pero su hermana Lilly sí.

—¿Qué?

Estábamos sentados uno al lado del otro y casi nos rozábamos. Vi que su tatuaje de Auschwitz desaparecía entre las arrugas de su piel. Apenas podían leerse los números. 802... 6. ¿O éste era un 8?

—Lilly todavía vive —le dije.

—Eso está bien.

Agnes hablaba húngaro, español y alemán. A veces cambiaba de idioma dentro de una misma frase mientras hablaba de mi abuela, que había sido alta y esbelta y de pelo oscuro. De niñas se veían a diario, pero no hablaban mucho entre ellas.

—En aquel tiempo —dijo— no se podía hablar así como así con cualquiera.

Recordé que de víspera alguien había mencionado a la niñera alemana de Agnes y contado que se ocupaba de ella y le había enseñado alemán.

—Precisamente una alemana le salvó la vida en el campo de concentración.

Había dos clases de pastel *strudel*. Agnes contó que su padre se entendía bien con mi familia.

—Eran personas especiales —dijo—. Buenos vecinos.

Y a todos se nos cortó el aliento.

¿Buenos vecinos?

La tarde anterior convine con sus hijas en que me abstendría de decir la verdad. Agnes era demasiado mayor y muy frágil, su corazón no lo resistiría, así que hice un

poco de teatro delante de ella. Causaba un sentimiento por demás extraño ver cómo todos nosotros manteníamos el acuerdo y callábamos para que nada la entristeciese. Agnes había conocido Auschwitz y los hornos; había estado en la rampa delante de Mengele. Vivencias que llenan una vida entera. ¿Para qué tenía que averiguar con casi noventa años que a su madre y a su padre les habían disparado por la espalda?

—Tu querida familia se ocupaba de nuestras plantas en invierno —prosiguió Agnes, y sus hijas parecían asombradas, pues nunca habían oído a su madre contar nada al respecto—. Junto al palacio había un pequeño invernadero —se acordaba— y allí podíamos poner también nuestras plantas a buen recaudo para que no se murieran.

Calificó a mis antepasados, sin dejar de mirarme a los ojos, como personas dispuestas a ayudar.

—Había gente de otro tipo en el pueblo. Los que me llamaban *apestosa judía*.

La primera palabra la dijo en alemán, la segunda en español, ambas teñidas de acento húngaro, *stinkändä judía*, al tiempo que con ayuda del pulgar empujaba un trozo de *strudel* hacia el tenedor. Su padre llegó al extremo de cambiar el apellido Mandl por Merö porque éste sonaba más húngaro.

—Pensó que el cambio lo protegería de los nazis, que los alemanes nos dejarían tranquilos. Al final no sirvió para nada.

*Olor a judío* era una expresión que en aquel entonces ella oía a menudo.

—Pero no a la gente del palacio. Ellos eran distintos —dijo, y se volvió de nuevo hacia su plato mientras yo pensaba en los padres de mi abuela: ¿acogisteis las plantas de los Mandl en invierno para que no se congelaran? ¿Les ofrecisteis tierra fresca y un lugar adecuado entre las rosas y las begonias? Qué amable de vuestra parte.

¿Y qué pasa con los seres humanos?

Os suplicaron: «¡Ayúdenos!». Sus hijos ya iban en los trenes y vosotros fingisteis que no entendíais lo que os decían. ¿Por qué no hicisteis nada? Los podíais haber escondido. ¿Acaso no erais los dueños de todas aquellas puñeteras tierras? Los bosques, los establos... Habría bastado una palabra y el cura habría ayudado, y el campesino, y el cochero... ¿Por qué os quedasteis callados? ¿El riesgo era muy grande? ¿O estabais demasiado ocupados con vosotros mismos, con el progresivo desmoronamiento de vuestros privilegios sociales? ¿Estabais aletargados, vencidos por la indiferencia y el cansancio, como se lee en el diario?: *Madre se encontraba en un sanatorio, a todas horas enferma y de mal humor. Padre prefería ir de caza.*

No sólo a los Mandl se les podía haber auxiliado. Así lo pensaba yo. Y Mirta puso otro pedazo de *strudel* en mi plato. ¿Qué ocurrió con los demás que se mataban a trabajar en el palacio cada día para vosotros? ¿Cómo se llamaban? ¿Medak? ¿Goldner? ¿Qué fue de ellos? ¿Los gasearon a todos?

¿Nunca os preguntasteis qué suerte corrieron? ¿Os visitaban en sueños mientras dormíais? ¿Oíais sus gritos? Y más tarde, después de la guerra, cuando los comunistas os quitaron todo y fuisteis obligados a vivir en una pequeña granja, sin

cochero ni doncellas, sin posición social ni poder, ¿estaban junto a vosotros en aquella cocina de reducidas dimensiones y los llevabais como a una carga pesada sobre los hombros?

¿Pesaron después sobre los hombros de mis abuelos, sobre los de mi padre, y pesan hoy sobre los míos?

No. Eso sería muy simple. ¿O sí?

—Mami, ¿conociste a Goga, la doncella? —le preguntó a Agnes una de sus hijas. Resultaba extraño oír aquel nombre en el salón de una casa en Argentina... Goga, sobre la que yo había leído en el diario: *Goga se parecía al sol cuando lo pintan los niños*, y me gustaba esa descripción. Mi abuela tuvo que quererla, quizá más que a su propia madre.

—¿A quién?

—A Goga.

—No —respondió Agnes mientras yo me preguntaba si de los otros que fueron obligados a trabajar en el palacio quedaban tal vez supervivientes: nietos de los Medak, hijos de los Goldner. ¿Qué habría sido de ellos?

Durante una fracción de segundo vi ante mis ojos imágenes de aquellas vidas paralelas. ¿Quizá en algún lugar de América? Los imaginaba bebiendo café flojo en tazones, yendo a sus oficinas con aire acondicionado y celebrando el Día de Acción de Gracias. ¿Cuántas personas habrá en el mundo cuya vida habría transcurrido por derroteros distintos si hubieran recibido auxilio de los padres de mi abuela? Justamente me hallaba sentado en aquel salón ante una de ellas; pero ¿qué habría sido de las otras? Una red de personas repartidas por el mundo entero. Y en caso de visitarlas a todas, ¿se encontraría algún tipo de conexión entre ellas? ¿No formaba yo parte de aquel entramado?... Y un pensamiento me causó estupor: ¿no habría sido yo también un hombre distinto si mis antepasados hubieran hecho algo entonces en lugar de limitarse a mirar?

—¿Sabéis? —dijo Agnes—, mucha gente de la zona nos conocía, porque, claro, nosotros éramos los judíos de la tienda, aunque yo apenas conocía a nadie. Jugábamos poco en la calle con los hijos de los campesinos y muy rara vez con la gente del palacio.

Los aristócratas, según Agnes, no lo tuvieron fácil después de la guerra.

—También a ellos les tocó sufrir. Por supuesto que no como a nosotros, pero se lo quitaron todo. Yo sólo guardo buenos recuerdos de aquella familia.

Y de nuevo guardamos silencio y miramos avergonzados nuestros platos, aliviados, no obstante, de verla tan feliz. Mentíamos por una buena causa, en eso consistía nuestro pacto.

Cogí el diario. Por la mañana, en el hotel, había señalado los pasajes que me proponía leer. No me inventé nada, pero omití muchos detalles que habrían podido enturbiar la imagen que Agnes tenía. *La tienda de los Mandl era encantadora*, di

comienzo a la lectura. *Pequeña y débilmente iluminada, en la penumbra todo empezaba a despedir destellos.*

—¿Qué?

—Destellos, repetí en voz más alta.

*Más allá del mostrador hay paquetes de azúcar sobre las baldas. Del techo cuelgan higos, cebollas, embutidos. En el rincón hay sacos llenos de nueces y manzanas.*

—Manzanas, sí. De eso me acuerdo.

*Encima de una mesa amarilla, al lado de la caja registradora, se veían grandes recipientes de vidrio. Dentro habría caramelos de colores y guindas en almíbar. El aire tenía un olor ligeramente dulce. Olía también un poco a petróleo, pues los Mandl poseían la única gasolinera de la zona. El señor Mandl era un hombre cordial, un poco gordo, de mejillas coloradas...*

—Oh, sí, desde luego que era así como las tenía.

*... que todas las veces, después de pesar, añadía de propina un poco más. Los domingos, a la salida de la iglesia, pasábamos corriendo por delante de la tienda. Él nos regalaba un caramelo para el camino. El caramelo nos duraba exactamente hasta que llegábamos a la puerta de nuestra casa.*

—Es cierto —dijo Agnes—. Nuestra tienda permanecía cerrada los domingos, pero para la familia del conde él solía hacer una excepción. Mi padre hacía cualquier cosa por ellos.

Lo dijo mirándonos a todos, exultante. ¿No era un error lo que estábamos haciendo? Aun así, seguí leyendo. Leí el pasaje sobre el tren de Budapest, al que ya se veía venir de lejos por causa de su nube de hollín, y sobre las grullas a la entrada del pueblo. Leí las partes inofensivas; las otras me las salté.

¿Qué diferencia había entre los padres de mi abuela y tía Margit? Lo fui pensando de regreso al hotel, mientras caminaba junto a panaderías y bares sombríos con hombres que, de pie delante de máquinas tragaperras, no se daban cuenta de que les caía en el pantalón la ceniza del cigarrillo. Los unos observaron cómo los Mandl eran asesinados e hicieron todo lo posible por ocultar el crimen. Margit simplemente seguía bailando en Rechnitz poco antes del final de la guerra, al tiempo que ciento ochenta seres humanos caían en una fosa cavada por ellos mismos.

Entrada la tarde, cesó de llover. Ya se veían algunos corros secos en el asfalto. Yo llevaba puestos los auriculares y me pasé de largo el hotel. Fui y vine por las calles como quien siega la hierba con el cortacésped. Cuatro cuerdas a la izquierda, una hacia el fondo y cuatro de vuelta. Ellos no eran monstruos sanguinarios; mis parientes no torturaron, ni dispararon, ni causaron grandes sufrimientos. Se limitaron a mirar y a no hacer nada. Habían dejado de pensar y de existir como personas, aunque sabían todo lo ocurrido. ¿Consistía en esto la célebre banalidad del mal formulada por Hannah Arendt? Me lo pregunté mientras andaba y andaba, me habría gustado no parar nunca de poner un pie delante del otro. «Todos lo sabían», iba yo hablando a solas en voz baja. Los transeúntes que me miraban pudieron creer que musitaba una canción. En lugar de eso, pensaba en un pasaje del libro *Devorado por las llamas*, de la periodista Lilly Kertész, húngara de la ciudad de Eger deportada a Auschwitz en 1944. En él describe a los vecinos que miraban al patio y observaban cómo se llevaban a los judíos. «No vais a volver nunca», gritaban desde las viviendas, por cuyas ventanas salían música de baile y risotadas. Y la periodista se sorprendía: «Claro está que yo conocía a los moradores de la casa. Siempre había recibido de ellos un trato amistoso».

Los militantes húngaros de la Cruz Flechada no daban abasto con los asesinatos durante los meses de invierno de 1944. Como los trenes iban repletos, obligaban a miles de judíos y cingaros a emprender marchas de la muerte, azuzados por gendarmes húngaros que los hacían caminar a latigazos hasta treinta kilómetros diarios; uno de cada cinco sucumbía. Esto también lo vieron desde sus ventanas. Detrás de sus cortinas opacas, contemplaban aquellos desfiles. ¿Y qué sucedía a continuación? ¿Cocinaban sopa y se iban temprano a la cama?

¿Y qué fue de todos aquellos seres humanos que vieron cómo los judíos de Budapest (mujeres, niños y ancianos atados unos a otros con esposas) caían en el gélido Danubio? Sólo era asesinado de un disparo el primero de la fila, en su caída arrastraba a los demás. ¿Por qué los transeúntes no empezaban a pegar gritos de protesta? O las personas en sus hermosas viviendas, ¿por qué no se tiraban al suelo de espaldas y pataleaban como niños? ¿Por qué se refrenaban? ¿Por amor al orden? ¿Por miedo a perder el control?





Habría sido mejor pedir un taxi, lo pensé mientras circulábamos a gran velocidad entre los últimos rascacielos del centro urbano. Pero fui demasiado cobarde para decir que no cuando Marga y su marido se ofrecieron a llevarme al aeropuerto. Nada más acomodarnos en el coche, Marga se puso a hablar de su madre y de la tarde anterior en su casa.

—No habría resistido la verdad —dijo en tono ascendente para que la frase sonara como una pregunta.

Su marido le plantó una mano en la rodilla.

—Déjalo, Marga, ya lo tenemos hablado.

—¿No fue lindo verla como la vimos? —preguntó ella volviéndose hacia mí, sin ocultar las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

¿Qué podía responderle? Yo iba sentado en el asiento trasero y me apretaba contra el rincón. Como si me hubieran herido, así iba yo sentado. Como si estuviera huyendo.

Sostenía en la mano un libro delgado con el que me habían obsequiado las dos hermanas en el momento de la despedida. Agnes había conocido años atrás a un historiador en el Museo del Holocausto de Buenos Aires, al que preguntó si estaría dispuesto a ayudarla a poner por escrito sus recuerdos correspondientes a los años de la guerra. Yo tenía previsto leer el libro en el avión.

—Creo que hicimos lo adecuado —me oí decirle a Marga, y volví la mirada hacia la calle por no verle las lágrimas.

Nos pusimos los tres en la fila, delante del mostrador de facturación, y estuvimos hablando de la estrechez en las hileras de asientos de la clase turista, las películas malas y la comida. Yo me sentía como un niño que por primera vez en su vida se separa por un largo tiempo de sus padres. Lo que más me habría gustado es abrazarlos. Traté de imaginar cómo sería apoyar la cabeza sobre sus hombros huesudos; pero no pudo ser, apenas nos conocíamos. Más tarde tomamos café en el primer piso de la terminal. Marga tenía un pañuelo en la mano y volvió a pedirme una copia del diario. Se la prometí en varias ocasiones. Y cuando finalmente me dirigí al puesto de control de pasaportes y volví la cabeza por última vez, les hice adiós modosamente con la mano. ¿Por qué me empeñé en dejarle una impresión de hombre humilde en el recuerdo?

¿Porque son víctimas?

¿Qué soy yo, entonces?... ¿Un agresor?

Habían transcurrido siete años desde que leí en el periódico el artículo sobre Rechnitz, vi la foto de tía Margit y empecé a ocuparme de los asuntos de mi familia. ¿Y todo para qué?

¿Esto qué aporta? La voz de mi padre sonaba dentro de mí.

No, por supuesto que no aporta nada, le replicaba yo a gritos. En comparación con el descubrimiento de los antibióticos, esto no aporta nada.

¿Qué pasa, entonces?, me preguntaba como siempre me lo he preguntado, por lo general cuando estoy solo en los trenes, los cafés, durante los primeros minutos en la habitación de un hotel, cuando uno corre la cortina y aprieta la nariz contra la ventana. ¿Qué pasa? Viajaba en el avión, sentado junto a una ventanilla y bebiendo zumo de tomate. La lamparita de lectura iluminaba desde el techo la mesa plegable, sobre la que reposaban el diario de Agnes y el de mi abuela. Yo tenía una sensación de luz solitaria sobre el Atlántico negro, a diez mil metros por encima del mar. A mi lado iba sentada una pareja de suizos. Los dos vestían el mismo tipo de pantalón, un modelo a prueba de inclemencias del tiempo, con toda clase de cremalleras. Abajo, arriba, en todas partes se podía desplegar, recoger y levantar algo, según si lloviera o luciese el sol. Habrán escalado, pensé, dos o tres glaciares de Tierra del Fuego, después habrán pasado un par de días en la pampa y, como culminación, ¿una semana de holganza en las bodegas de Mendoza? En el dibujo de sus botas habrá tierra adherida. Y yo no podía apartar la mirada de ellos. Estudiaba con el rabillo del ojo el bigote de él, una delgada franja recortada al milímetro, similar al cierre de velcro de su chaqueta. Cada vez que ella llegaba al final de una frase, se daban un besito, razón por la cual les habría arrancado la cabeza. ¿Por qué, en realidad? ¿De dónde provenía mi rabia por tanta armonía? ¿De dónde mi desprecio infinito por esos pantalones, ese símbolo de esperanza que podía solucionar todos los problemas del mundo con sus cremalleras y cierres de velcro?

¿Por qué odio a esta pareja?, escribí en mi cuaderno de notas. Porque, de lo contrario, no sé qué hacer. ¿Qué te han hecho? Decidí abordar la pregunta con Strassberg.

¿Tienes envidia?, escribí. Pero ¿de qué?

Recordé que en cierta ocasión, hace años, fui de vacaciones a Italia con unos amigos. Apenas disponíamos de dinero. Dormimos a la intemperie, hicimos fuego, asamos carne, tuvimos una avería en el coche, no vimos una ducha en toda la semana, y cuando volvíamos a casa, atravesando el túnel de San Gotardo, y pasábamos junto a las montañas, los lagos de color verde botella con cisnes blancos, las granjas de gran tamaño y las vacas rebosantes de salud, uno dijo:

—Como en Suiza no se está en ninguna parte.

Lo podía haber estrangulado por esa frase. Ya entonces me sentía profundamente solo con mis cuitas, como ahora en el avión junto a los dos suizos felices que no esperaban a llegar a casa para abandonarse a su dicha.

¿Envidiaba la sensación de tener un lugar en el que reina un orden perfecto y uno no necesita dudar? ¿Era eso, entonces?

Sí, quizá. Y observé cómo daban mordiscos a su pan y cómo las migas se les quedaban pegadas a los pelillos de la chaqueta de vellón sintético, mientras abrían

fotos de las vacaciones.

—Éste es el Tupungato —le oí decir a él.

—¿Estás seguro? —preguntó ella, y lo volvió a besar.

—Pues claro, mira la línea tan reconocible de la ladera. —Él correspondió a su beso.

Me coloqué los auriculares y sintonicé el programa de música clásica. Chopin era una buena elección o al menos yo así la percibía. El cono de luz que caía de arriba sobre los diarios de las dos mujeres era ahora el foco de un escenario. De pronto, vi delante de mí un local atestado de personas de distintas épocas. Algunas llevaban zapatillas de deporte y auriculares; otras, uniforme. Wehrmacht, NKVD, gendarmes húngaros; había de todo. Vi a mi mujer y a mis hijos. Ahora ya no había escapatoria posible. Vi a Linda, la prostituta, y a su perro. A Strassberg fumando en pipa; su mirada era adusta y él parecía insatisfecho con todo aquello. Vi a Böhme y a Simanovski; sentados una fila por delante de Agnes, conversaban como buenos amigos. Alguien tosió, otro carraspeó. «Venga, suéltalo», dijo el escritor Maxim Biller lleno de desprecio: «¿Y qué tiene que ver esto contigo?».

¿Qué, pues?

Tiene algo que ver con la falta de franqueza. Hasta ahí lo veía claro. Tal es el elemento cohesionador... El fallo humano.

Me reconozco en el hambre de poder de mi tía Margit. No así en sus simpatías por el nacionalsocialismo. No me reconozco ni en la tristeza de mi abuela por el fin de la Hungría feudal, ni en su deseo anhelante de patria y orden. Pero en sus debilidades, sí.

¿Habría yo actuado de forma distinta de como lo hizo mi abuela aquella tarde? ¿Me habría rebelado contra mi padre por no haber intervenido? ¿Le habría atajado el propósito cuando ocultó los asesinatos? ¿Me he rebelado yo alguna vez contra algo? No, ¿para qué? En Suiza funciona todo perfectamente. Es la respuesta que me doy.

¿Es así?

Por supuesto que estaba en contra de que los norteamericanos invadieran Iraq. En contra de la política migratoria de los conservadores. En contra de la matanza de delfines en la bahía de Taiji. Y si las manifestaciones no hubieran empezado por casualidad siempre que iba a la guardería a recoger a los niños, habría participado más a menudo en las protestas. A cada hora estamos hoy en día a favor o en contra de algo en Facebook o en Twitter. Intercambiamos fotos sangrientas y análisis sesudos, compartimos vídeos de naufragios donde vemos ahogarse a refugiados enfrente de Lampedusa, y firmamos peticiones virtuales contra la mutilación genital en Sudán del Sur. Ahora bien, ¿cómo actuaríamos si los hechos se trasladaran de nuestro ordenador a la calle? ¿Si de repente fuéramos requeridos como seres humanos, no como usuarios de internet?, ¿si todo lo físico ya no fuera virtual?, ¿si apestara, doliera, hiciera ruido y nosotros no percibiéramos el mundo a través del diseño suavizador de

nuestro portátil de Apple? Si estallara una guerra como la de hace setenta años, ¿no tomaríamos todos parte en ella?

Naturalmente que no, gritarían los jóvenes, los de las zapatillas de deporte y las bolsas de yute. Todos hemos aprendido de aquello. No nos pasará de nuevo.

¿Ah, no?

¿No nos volvemos de pronto sumisos y obedientes cuando se trata de salvar el pellejo? ¿No somos acaso Simanovskis y Böhmens? ¿No llevamos por dentro un poco de Margit?

Claro que no somos guardianes ni realizamos interrogatorios. No mandamos fusilar a nadie, pero ¿cómo actuamos en caso de disputas que constituyen una amenaza mucho menor que las guerras? En la oficina, por ejemplo, cuando queremos quedar bien, ¿somos lo bastante sinceros para decir las verdades aunque sean incómodas? ¿Hemos protegido a personas que sufrían el acoso de nuestros jefes... o nos limitábamos a estar ahí al lado como los transeúntes de Budapest cuando los judíos se ahogaban en el Danubio? ¿Habríamos intervenido en su favor porque se les estaba haciendo una injusticia o habríamos callado como mi abuela? ¿Habríamos corrido el riesgo? ¿Asumimos en general algún tipo de riesgo? ¿Quién lo hace? ¿Para qué?

Nos sentamos en podios, escribimos blogs, cosechamos aplausos, estrechamos manos, hacemos donativos, acudimos a psicoanalistas y nos indignamos virtualmente por la destrucción de los manglares y la expulsión de refugiados nigerianos, lo que gusta a 107 personas y conduce a la invitación a nuevas redes sociales: Xing, Pinterest, LinkedIn, en las que hurgamos en los perfiles de nuestros amigos y nos asombramos, maldita sea, de todo lo que leen, maldita sea, de adónde viajan todos: Nom Pen, Detroit, conferencia TED, Burning Man y Art Basel. Tendré que darme prisa.

Pero ¿alguien ha publicado tuits sobre sus propias debilidades, ha compartido temores, ha escrito en un blog sobre sus dudas, sobre su falta de interés por la minoría musulmana en Myanmar, o que no quiere saber nada de los manglares y no tendría el arrojo suficiente de declararle su opinión al jefe?

¿Somos de verdad tan limpios como nos presentamos virtualmente? ¿Hasta qué punto somos íntegros? ¿Hasta qué punto soy íntegro yo?

Abrí el cuaderno de notas, leí la fecha que había escrito en la terminal del aeropuerto, antes del despegue, arriba a la izquierda, en una página nueva, escribí la frase: «¿Habrías sido capaz de esconder a los judíos?». Y debajo, la respuesta: «No».

Al cabo de una semana volví a tumbarme en el diván de Strassberg. Esperaba con ganas la primera sesión después de mi viaje a Argentina. Lo que más me habría gustado es que él me hubiese acompañado a Buenos Aires. Nos habríamos encontrado cada noche en uno de esos asadores típicos, habríamos bebido un Malbec fuerte, que deja rastros cárdenos en las comisuras de los labios, y hablado de todo. Ahora no sabía por dónde empezar.

—¿Sabe? —dije después de un rato—. Fue extrañamente armónico.

—¿Ah, sí?

—Ya lo había sido antes de vernos. Por teléfono y en los correos electrónicos se notaba familiaridad. Y cuando vi por vez primera, en un restaurante, a las dos hijas de Agnes, recalcaron que les parecía muy lindo aquel encuentro personal y que albergaban una sensación de proximidad, como si nos conociéramos desde hace mucho... A mí me ocurría algo parecido. Y sin embargo...

—¿Qué?

—Es difícil decirlo.

Strassberg callaba.

—Titubeé cuando me preguntaron si les podía fotocopiar las páginas del diario. No me apetecía. Todavía no. Aún no estoy preparado. Me parece que el asunto está demasiado crudo, demasiado verde. A fin de cuentas es también mi historia. No tengo ni idea de lo que ellas harán con las páginas.

—Ése es el nudo de la cuestión.

—¿Qué nudo?

—Se trata de ejercer el poder sobre la Historia. Ésa ya era la cuestión en el caso de su abuela y del padre, el que ocultó el crimen. Lo mismo está ahora en juego entre usted y las hijas de Agnes: quién hará prevalecer la versión que se impondrá al final.

—Mmm —hice yo.

—Adrede no se lo mencioné antes de que emprendiera el viaje, porque no quería influirlo —prosiguió—. Pero, en lo que respecta a su relación con las hijas de Agnes, se encuentra usted en un dilema. Sólo puede perder: si no hace exactamente lo que se le exige, quedará enseguida en el lado de los agresores. No me sorprendería que se acabara abruptamente la armonía esa de la que habla.

En abril volví a encontrarme con Linda, la prostituta a la que había conocido en el tren, la del perro. La vi por casualidad en una calleja lateral próxima a la estación. Al punto no estuve seguro de si era ella y la seguí a corta distancia un breve trecho. Iba acompañada de otra mujer. Los hombros de ambas se rozaban. Vestían chaquetones largos y negros de plumón hasta las rodillas, aunque hacía un grato calor. Yo caminaba ahora pegado a ellas. Las oía hablar en un húngaro que sonaba muy distinto

del de mi padre, más grave, más ronco, y dudé si dirigirles la palabra. ¿Qué quería de ellas?

—Linda —dije, después de todo. Ella se dio la vuelta y me miró sorprendida. Apenas llevaba maquillaje. Me pareció más baja de como la recordaba. Reparé en una ampolla de herpes reventada en su labio inferior—. ¿Te acuerdas de mí?

Negaron con la cabeza.

—Nos conocimos a finales del pasado año —dije— en un tren que iba a Budapest. Compartimos asiento. Tú llevabas un perro.

Entonces asintió. Su acompañante la miró con gesto interrogativo. Las dos fumaban esa clase de cigarrillos finos y largos con filtro blanco que de lejos parecen pajillas de beber. Yo sólo los he visto fumar a mujeres del Este.

—Qué alegría —dije, no por nada, sino porque no me vino la palabra *casualidad*. Pensé de pronto que quizá las estaba importunando—. ¿Tenéis tiempo de tomar un café?

No se me ocurrió una frase mejor.

Sacudieron la cabeza.

—¿Por qué? —preguntaron.

—No, por nada —respondí. Como entonces en el tren de Budapest, Linda no se mostró descortés, solamente cautelosa.

—Me gustaría hablar con vosotras.

—¿Sobre qué?

—Sobre vuestra vida y sobre Hungría.

Se miraron. Rompieron a reír y arrojaron a un tiempo sus cigarrillos encendidos, que desaparecieron rodando debajo de un coche. Sus vidas eran aburridas, según Linda, y Hungría, una mierda de país. De nuevo intercambiaron miradas.

—También podríamos picar algo —propuse.

—Por mí... —dijo Linda sin mirarme a la cara.

Cruzamos la calle y entramos en un local turco que olía a cebolla y a jabón, y tomamos asiento al fondo, en un rincón, junto a paredes recubiertas de espejos en los que las dos mujeres se contemplaban de continuo, alisándose el pelo. Colocaron los teléfonos a su lado, encima de la mesa, como si fueran pistolas.

—¿Por qué Hungría es una mierda de país? —pregunté al cabo de un rato.

Marika, la conocida de Linda, no hablaba mucho. Era más joven, no tendría ni veinte años. La melena negra le llegaba casi hasta los hombros y le cubría a la altura del cuello una mancha roja de nacimiento. Se reía cuando Linda reía y con frecuencia respondía lo mismo que ella.

—Porque en Hungría no hay trabajo. Porque la vida allí está muy mal —dijo Linda.

—Comprendo.

—¿Qué comprendes?

Nos quedamos callados.

—¿En qué trabajas? —me preguntaron.

—Soy periodista. Escribo.

—¿Qué hiciste en Hungría?

—Visitar a mi padre. Y estuve en una aldea llamada Sárosd. ¿La conocéis?

Acto seguido, empecé a contar detalles de mi viaje y del diario de mi abuela. El camarero trajo la comida. Yo mencioné el crimen cometido en el patio del palacio.

—Un matrimonio judío fue asesinado un año antes del final de la Segunda Guerra Mundial —dije al tiempo que veía a Linda y a Marika morder sus kebabs, de los que goteaba salsa de yogur. Yo debía de parecerles un anciano perturbado, no veía más que asombro en sus semblantes.

—¿Segunda Guerra Mundial? —repitió Marika con minuciosa pronunciación, como si se tratara de un concepto de la Antigüedad, de algo que hay que envolver con mucho cuidado en un paño de seda y resguardarlo de los rayos del sol.

—Sí —dije. Los trozos de cebolla que caían de su pan de pita al plato se quedaban pegados entre sus largas uñas, como prendidos con palillos chinos.

—Pero todo eso pasó hace cien años.

—Setenta —corregí en tono profesoral, pero qué más daba la diferencia.

Seguimos comiendo sin hablar mucho y yo me sentía ridículo, pues ellas, dentro de unas pocas horas, ocuparían sus puestos delante de las cabinas y esperarían a los clientes, y yo estaba ahí sentado contándoles una historia ocurrida décadas atrás en el patio de mi abuela, en un mundo desaparecido hacía mucho tiempo. Las ayudé a rasgar los envoltorios de las toallitas refrescantes que nos había traído el camarero. A nuestro alrededor se extendió un olor a limón. Después nos levantamos y salimos a la calle. Ellas querían fumar un cigarrillo con el café, se apostaron cerca de la entrada, junto a la fachada amarilla, y buscaron en sus chaquetones un encendedor. Les pregunté:

—¿Saben vuestros padres lo que hacéis en Zúrich? —Marika sacudió la cabeza—. ¿Trabajáis en las cabinas?

—¿Vas a escribir sobre nosotras? —preguntó Linda.

—¿Puedo?

Linda dijo:

—Mi padre se largó. Mi madre está en casa cuidando a mi hija. ¿Te basta?

Eché por la nariz el humo de la primera calada.

—Me vendría bien una foto —dije llevándome la mano al bolsillo.

—Te mato si sacas una foto —replicó Linda, evitando mi mirada—. No estoy maquillada y parezco un crep.

Me habría gustado decir algo amable a continuación, pero no se me ocurrió nada en húngaro.

—Hay mujeres que se lo cuentan a sus hijas —dijo ella.

—¿Tú no?

—No.

—La podrías prevenir.

—Que cada uno se ocupe de sí mismo.

—A mí, siendo niño, me habría gustado saber qué hacía mi madre.

—¿Qué puñetas dices?

Fumaba, miró al suelo y se arrancó a hablar de su pueblo y de las otras muchachas cíngaras que, al lado de la autopista, cuelgan botellas de plástico en las ramas de los árboles o trozos de papel de aluminio que centellean a la luz del sol para que los camioneros las vean desde lejos. En verano aguardan entre los arbustos, junto a la carretera, hasta que uno frena y se apea y jadea y paga y se pira. Algunos llevan en el camión a las chicas un par de kilómetros, avisan por teléfono a sus compañeros, les dicen que tienen a una delgada o a una rechoncha, a una morena o a una rubia, y de este modo unos conductores se las pasan a otros, como el testigo en una carrera de relevos con el que éste viaja hacia el oeste, aquél hacia el sur y todos de un lado para otro del país. A veces las dejan en un área de servicio como a chuchos molestos. Y si alguna se queda embarazada, allá ella.

—Así se empieza —dijo Linda con aplomo, al tiempo que hacía una seña a Marika para indicarle que ya era hora de irse. Nos despedimos. Les escribí mi número de teléfono en dos trozos de papel que encontré en el interior de la chaqueta.

—Si necesitáis algo, llamadme —les dije sabiendo que no lo harían.

Después nos dimos la mano.

—¿Qué es de tu perro? —pregunté cuando ya se iban.

Linda se limitó a sacudir la cabeza.

Una semana después, tendido en el diván, le dije a Daniel Strassberg:

—No le he contado que en mi viaje a Hungría el pasado otoño conocí a una prostituta.

—No —dijo él.

—Entablé conversación con ella en un tren y hace unos días me la encontré por casualidad. Fuimos a comer. Ella y su amiga proceden de una aldea húngara. Ahora se ponen delante de las cabinas de sexo público y esperan la llegada de clientes. Les hablé del diario, de los Mandl y de mi viaje al palacio.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Quería contarles algo de mí. Quizá me apetecía ver su reacción. Siempre me ha fascinado la doble vida que llevan algunas personas como Linda. ¿Qué les cuentan en casa a sus madres? ¿Qué responden a las preguntas de sus hijas? ¿Con qué frecuencia se paran a pensar en lo que realmente ocurriría?

—¿Qué tiene que ver la doble vida de esa prostituta con usted?

—A decir verdad, nada —contesté, y vi, pasando la mirada sobre Leibniz y Lacan, que alguien había dado la vuelta a la figura de madera de la estantería. Ahora veía su trasero, sus caderas grandes y anchas—. O, en realidad, sí. La cuestión está



relacionada con lo que uno revela de sí mismo. ¿Qué historias permite uno que se conozcan? ¿Qué clase de verdad se forja? ¿Qué se transmite y sobre qué es mejor guardar silencio? Mi abuela no decidió sincerarse sino hasta el final de su vida. Las hijas de Agnes se reservan la versión verdadera sobre la muerte de sus abuelos, del mismo modo que Linda no contará nada de las cabinas ni de lo que se siente cuando se coloca de nuevo en la fila después de haber bajado de un coche aún con restos de esperma en la boca.

Strassberg callaba.

—Queda la cuestión...

—¿Sí?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué cuenta mi relato? ¿Qué difundo y qué me guardo para mí?

—Usted se decidió por el psicoanálisis. Se diría, pues, que está dispuesto a afrontar sus debilidades.

—Iluminar mis parcelas oscuras. Pero ¿de veras lo hago?

—¿Cómo reaccionaron las dos mujeres cuando les mencionó el diario de su abuela?

—Me tomaron por loco. Comíamos kebabs y yo hablaba de la Segunda Guerra Mundial. Era absurdo. Yo tenía la sensación de ser la mar de viejo puesto que todo aquello había sucedido hacía mucho, y al mismo tiempo muy joven e ingenuo y mimoso, como uno de esos estudiantes pálidos de una universidad inglesa de élite que sólo conocen la vida por los libros. Desde hace años me tumbo en este diván y me rompo la cabeza con asuntos del pasado, mientras Linda y Marika luchan a diario por su sustento.

Callé porque no sabía cómo seguir. Por espacio de varios minutos permanecí tumbado sin decir una palabra.

—¿No debería desprenderme sencillamente de este lastre y de esa vida pasada, como hacen los pilotos de globos aerostáticos? —pregunté. Él se abstuvo de responder y de nuevo tuve la sensación de estar soltando necedades—. Entonces seguiría mi propio rumbo —continué, a pesar de todo—. Iría más ligero, ganaría en altura. ¿Recuerda la cinta de que hablaba mi abuela, la cinta entre ella y nosotros, entre los abuelos y los nietos?

—Sí.

—No estoy seguro si no habría que pararlo todo. Se podría empezar de cero, sin arrastrar ninguna carga antigua. Ahora bien, ¿cómo se logra esto? No es posible negar las propias raíces ni tirar el pasado a la basura. ¿O sí se puede? Probablemente habría que entender primero de dónde venimos y quiénes somos antes de intentar un nuevo comienzo. La cinta sólo podrá cortarla quien la vea brillar ante sí como las marcas de las pistas de aterrizaje de los aeropuertos por la noche. En fin, dejémoslo por hoy. Tampoco tiene demasiada importancia.

—Ahí está nuevamente la frase.

—¿Qué frase?

—Yo sí creo que todo esto es importante; de lo contrario, no estaría usted aquí. Debería tal vez dejar de considerar insignificantes sus asuntos. Cuando los aborda no traiciona a nadie.

—No lo entiendo.

—Tampoco yo lo entiendo completamente, pero aún disponemos de tiempo.

En septiembre me senté por fin al escritorio y corrí las cortinas. En el vuelo de regreso desde Buenos Aires hasta Zúrich había dibujado un diagrama con objeto de procurarme una visión de conjunto. Intenté consignar en él mis viajes y averiguaciones, con flechas y rayas y símbolos para las distintas personas: mi padre, la luna; mi abuela, el círculo; Agnes, un pájaro..., y Margit era la cruz gamada. Recorté el diagrama y lo fijé en la pared, coloqué la silla en posición y empecé a escribir. Lo hacía cada día, sin descanso. El primer mes la cosa fluyó bien: pulsaba las teclas sin notar que los días cada vez eran más cortos, las primeras hojas cayeron de los árboles, mis hijos necesitaban botas nuevas de goma. El segundo mes echaba pestes contra mí mismo. El tercero me percaté de que no se puede escribir sobre el propio psicoanálisis si éste se lleva a cabo de forma simultánea, pues había que traer a colación sesiones anteriores, con lo que todo cambiaba; no se puede expresar mediante palabras lo que sucede en esas horas y, sin embargo, uno lo hace, desmenuzándolas delante de sus propios ojos. El cuarto mes nevó durante varios días, las botas de goma dejaron paso al calzado forrado de piel, y yo llegué a la conclusión de que debía emprender un último viaje.

Había un pasaje en el diario de mi abuela sobre cuya veracidad yo abrigaba dudas. Poco tiempo después de los disparos contra el matrimonio Mandl, ella, según escribió, se puso en camino hacia el campo de prisioneros donde se encontraban Agnes y Sándor. A sus padres les dijo que se iba a Budapest a despachar unos asuntos, no les reveló el verdadero motivo del viaje.

Pocos meses antes, las tropas alemanas habían ocupado Hungría. Los camiones de la Wehrmacht atravesaban el país de lado a lado. Los militantes de la Cruz Flechada patrullaban. El gobierno húngaro de Döme Sztójay, nuevo primer ministro y simpatizante de los nazis, anunció la creación de guetos. Los judíos fueron obligados a llevar la estrella amarilla. Eichmann también se estableció en Budapest y trajo a su equipo de colaboradores. Su comando de operaciones especiales estaba compuesto por hombres experimentados, como Franz Novak y Dieter Wisliceny; Hitler había intervenido en la selección. Eichmann se alojó en una suite del hotel Astoria, donde tuvo una primera reunión con el Consejo Judío de Budapest el día 31 de marzo. «¿Sabéis lo que soy?», dicen que preguntó al grupo de los reunidos, entre ellos el presidente del Consejo, Samuel Stern, y esperó a que éste hubiera negado con la cabeza antes de responder: «Un perro sanguinario». En los meses siguientes envió a 437 402 judíos, varones y mujeres, niños y ancianos, a Auschwitz. La mayoría pasaron directamente de la rampa a la cámara de gas.

Así pues, mi abuela viajó por aquellos días en tren desde su aldea hasta Budapest y de allí a Kistarcsa, donde se hallaba el campo de prisioneros. Tenía veintidós años y estaba embarazada de su segundo hijo, el que no sobreviviría a la primavera siguiente. A su primer hijo, mi padre, lo dejó en casa. Tuvo que hacer transbordo en Budapest, pasar por delante de soldados y heridos que merodeaban por la estación del Este, donde el hollín y el vapor de las locomotoras saturaban el aire. Una vez hubo llegado al andén, se sentó en un banco y esperó. Una mujer joven de provincias y de casa pudiente como su atuendo delataba. Seguro que no muy elegante, a fin de cuentas estaba de camino hacia una cárcel. Y no era de las que concediera especial importancia a la ropa. ¿Llevaría tal vez un sombrero? Puede que tuviera un bolsito; dentro, una libreta en la que escribió a lápiz lo que iba a decirle a Agnes. A todo esto, una voz, al fondo, anunció por el megáfono la llegada de su tren.

Las hijas de Agnes me contaron que verdaderamente había sucedido así. Que mi abuela había viajado, en efecto, a Kistarcsa para ver a Agnes y a Sándor. Entonces ¿por qué me costaba tanto creerlo?

Porque no la consideraba capaz. Por eso. No era cuestión de valentía, era más bien su firmeza lo que me causaba sorpresa, su fuerza de ánimo y la fe en sí misma. En su diario se había descrito a sí misma en más de un pasaje como topo *con la cabeza bajo tierra, siempre agazapado*.

Mi padre me había contado años antes que un desconocido provisto de una maleta

con ruedas solía tocar el timbre de casa de mi abuela y cada vez le endosaba un extintor de incendios. Ella los amontonaba en el sótano. Lejos de padecer demencia senil, sabía que el tipo la engañaba. Sin embargo, no lo mandaba a la porra por no considerarse con derecho a desairarlo. Mejor esfumarse como ser humano que defenderse, mejor soportar una disertación sobre las ventajas de la nueva espuma extintora que sacudirle con la puerta en las narices al extraño vestido con un traje que le quedaba mal, y el representante sin duda se percataba de ello y se aprovechaba. La habían educado de manera que se ponía siempre a sí misma y a sus necesidades en un segundo plano. Prefería masticar pan duro en vez de comprarse uno tierno. Y cuando había que pillar un asiento libre o abrirse paso en el supermercado a codazos, se echaba atrás. Su idea de lo que es la categoría humana radicaba en el comedimiento.

De ahí que llamase doblemente la atención su viaje secreto al campo de prisioneros hacía setenta años. Que yo sepa, fue la única ocasión en que no se doblegó a las circunstancias. Todo lo que la caracterizaba y cuanto arrastraba consigo, su timidez, el dolor por el hundimiento de una época, la indolencia de su clase social, todo lo dejó aquel día de lado. Superó la fatiga que se había apoderado de Hungría entera, así como la resignación que afectaba al país desde el final de la monarquía y que se había inoculado en la sangre de los ciudadanos. Con el viaje al campo de prisioneros se opuso asimismo a su padre y al cura; ambos habían ocultado el asesinato de los Mandl. Ella apartó de sí al topo, su segunda piel; se sentó desnuda en aquel tren y miró por la ventana, impelida por la voluntad de tomar por fin la iniciativa.

Por eso decidí viajar yo también a la ciudad donde estuvo el campo de prisioneros, para rendir tributo a mi abuela, para sentirme a su lado en aquel momento. Y sí, puede que quisiera recibir algo de la fuerza que la rodeó entonces.

Una lata de cerveza de medio litro vino rodando hasta mis pies no bien el tren se hubo puesto en movimiento en Budapest. Dejamos atrás el Ikea y el McDonald's, paredes con anuncios publicitarios y bloques de viviendas en las afueras de la ciudad... ¿Qué habría visto ella antaño? Campos en los que persistían restos de nieve, un caballo enganchado a un arado, una amapola solitaria en el borde de un camino, un carro blindado en un cruce y soldados, por todas partes soldados. La lata de cerveza siguió rodando hasta la parte de atrás y volvió a mí en la primera parada. Era la mañana fresca de un sábado de diciembre. Del sol sólo se distinguía una corona clara; el resto estaba oculto detrás de las nubes gruesas. Debajo de mí zumbaba la calefacción. Enfrente tenía a dos mujeres algo mayores que se quejaban del impuesto sobre la renta. Haciendo caso omiso de ellas, me fijé en la tapicería azul turquesa de los asientos, que tenía un extraño dibujo, un ovillo de distintos colores y bordes dentados, rayos que se expandían en todas direcciones. ¿A quién se le ocurre semejante diseño?, pensé mientras las mujeres hablaban del comportamiento del precio del gas en los últimos años. Alguien tuvo que esbozar el dibujo, la dirección de las líneas; alguien debió de pasar sentado noches enteras delante de un ordenador.

Habría reuniones, presentaciones y, en un momento dado, a la persona en cuestión le debieron de confiar el encargo, lo que le causaría una gran alegría. Detrás de cada decisión hay personas, ya se trate de la tapicería de los asientos o de la confección de cabinas de sexo; de todas todas hay alguien que dice: «Así se hará». Siempre me ha fascinado este pensamiento.

Pasamos junto al pequeño aeropuerto de Mátyásföld. ¿Habría aquí en aquel entonces aviones con la cruz gamada? ¿Se imaginaba ella cómo sería encontrarse ante las puertas del campo de prisioneros? ¿Preparó una frase para la ocasión? ¿Llevaba dinero para sobornar a los soldados? ¿Se proponía comprar la libertad de Agnes... o más bien liberarse de su propia culpa?

El campo de prisioneros de Kistarcsa existía desde los años veinte. En su origen fue una fábrica textil con más de mil trabajadores, para los cuales se construyeron dormitorios al otro lado de las vías del ferrocarril. Sin embargo, la crisis económica mundial de 1929 supuso un duro golpe para la fábrica, y el Ministerio del Interior se quedó con ella y la transformó en cárcel. En aquel tiempo prevalecía en Hungría la idea del pueblo sano al que hay que mantener apartado de cualquier influencia dañina; la idea, pues, de que había que vivir en zonas separadas: los buenos a un lado y los malos detrás de los barrotes. Hasta la Segunda Guerra Mundial metieron aquí a comunistas, criminales, homosexuales, enfermos psíquicos; esto es, a personas que representaban un incordio y no encajaban en el esquema. El lugar fue comparado con Dachau; los dos, antiguas fábricas fuera de grandes centros urbanos, conectados con la vía férrea... Qué práctico. Aparte de unos cuantos campesinos, que hacían como si no se dieran cuenta de nada, no había nadie por allí, no había apenas testigos ni posibilidad de fuga. Hoy lo llamaríamos una *black site*. Kistarcsa era un sitio que nadie conocía.

Con la invasión de los alemanes el 19 de marzo de 1944, el campo de prisioneros cayó en poder de las SS. Lo llenaron de judíos que debían ser trasladados a Auschwitz. Y cuando los comunistas tomaron el poder en 1948 y Mátyás Rákosi se dedicó a cumplir lo que le ordenaba Stalin desde Moscú, fueron los adversarios políticos del régimen, unos cuantos aristócratas y numerosos eclesiásticos quienes ocuparon las mismas celdas donde años antes estuvieron encerrados Agnes y su hermano Sándor. Los guardianes y los prisioneros llegaban y se iban, Kistarcsa permaneció. Antes del levantamiento contra los rusos en 1956, miles de personas dormían en estos suelos (no había camas ni apenas mantas), sin esperanza de tener un juicio justo. Entre los prisioneros estaba el cardenal Mindszenty, máxima autoridad de la Iglesia católica húngara, que tuvo la valentía de criticar desde el púlpito al régimen de la Cruz Flechada, y más tarde al sistema igualmente inhumano de los comunistas. Pero, a diferencia de Mindszenty, Kistarcsa sobrevivió.

A comienzos de los ochenta se habilitaron algunos recintos para la formación de

policías, otros permanecieron vacíos. Fueron tal vez los años más tranquilos del lugar, un tiempo congelado detrás del Telón de Acero, hasta que el cambio histórico puso todo otra vez patas arriba y algunos se acordaron de la verdadera función de Kistarcsa. Las celdas no tardaron en llenarse de nuevo, los vigilantes llevaban las llaves colgadas de la pretina y una porra en la mano, en la cantina te volvían a aplastar una ración de puré de patatas contra el plato como se había hecho siempre. Kistarcsa revivía..., ahora era una de las mayores cárceles de Europa para personas pendientes de expulsión. Después de los judíos, después de los adversarios del comunismo, les había llegado el turno a los negros, las personas sin recursos y los hambrientos, parásitos a los que convenía mantener apartados..., también a ellos. Alrededor de veinte mil personas, la mayoría procedentes de África, fueron recluidas pocos meses antes de su expulsión en aquellos recintos en los que se reflejaba toda la Historia de la brutalidad europea del siglo pasado.

Los últimos reclusos del centro penitenciario fueron dieciocho ruandeses. Habían llegado huyendo por las montañas de la antigua Yugoslavia, donde casi perecen de frío, después de perder a amigos y familiares durante la travesía por el Mediterráneo, y huelga decir que ignoraban adónde habían ido a parar. Los dormitorios y comedores estaban vacíos. Allí no había nadie salvo unos cuantos vigilantes sin más tarea que dejar pasar el tiempo y empleados de una organización de refugiados, que traían fruta y prohibían al atónito cocinero usar carne de cerdo para su *gulasch* aguanoso. Hacía tiempo que el revoque se caía a pedazos, los retretes no funcionaban, las raíces de los árboles asomaban en el camino asfaltado que unía los distintos módulos. Los ruandeses hacían lo mismo que los reclusos antes que ellos: esperaban, fumaban, dormían mal. Eran los sobrantes, los últimos de una cadena de cautivos. Y así hasta el día en que también a ellos los fueron a buscar y los devolvieron a Serbia, de donde habían venido. Quizá los metieron esposados en un avión que los llevó de vuelta a Kigali, quién sabe.

Los edificios estaban vacíos desde hacía diez años. Algunos fueron derribados, otros reconstruidos. Abrieron una guardería. Donde antaño encerraban a seres humanos antes de transportarlos a Auschwitz, ahora había una escuela financiada con fondos de la Unión Europea. *Magyarország megújul*, Hungría se renueva, podía leerse con letras grandes en un panel delante de la entrada. La pintura resplandecía, las ventanas eran de vidrio doble, tras ellas se veían niños sentados en mesitas bajas.

Deambulé por las calles de esta pequeña ciudad, quizá como mi abuela en su día, y busqué un portón, una entrada. Llamaron mi atención los monumentos repartidos por todas partes, seis o siete: una placa de mármol por las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, un tronco de madera por las víctimas del comunismo, una estrella blanca en recuerdo del Tratado de Paz de Trianon del año 1920. En Hungría el mal siempre viene de fuera, ya sean los alemanes, los rusos o los aliados; es lo que se le explica a cada visitante de los museos de Budapest: Hungría fue siempre víctima,

Hungría fue siempre inocente. Ahora bien, este campo de prisioneros, ¿no era el auténtico monumento de la región? ¿No habría que conservar al menos un par de muros para que no caigan en el olvido las atrocidades que en el transcurso de cien años cometieron los guardianes húngaros? El país creía haberse renovado como afirmaba el panel de la guardería, pero ¿qué conservaba del pasado? ¿Qué clase de historia se estaba contando aquí?

En un cruce trabé conversación con una señora mayor, que me habló del aspecto que tenía este sitio hace sesenta años. Señaló con su bastón las diferentes casas.

—Ésta, ésta y ésa —dijo— no existían. Y ésta y ésa...

—En su lugar estaba el campo de prisioneros —la interrumpí.

—Eso, el campo.

Bajó la mirada al suelo.

La ayudé a llevar su bolsa de la compra, por cuyo borde asomaban unos puerros. Anduvimos calle adelante hasta su casa.

—Conozco a alguien que estuvo en el campo —dije pronunciando con detenimiento cada sílaba. Ella asintió, pero sin desperdiciar una palabra ni preguntarme—. ¿En qué parte estaba el portón? —quise saber.

—Eso queda lejos.

Detrás de la estación de ferrocarril, lo menos a media hora de camino. Deposité la bolsa ante la puerta de su casa, le di las gracias, me calé la gorra hasta las orejas y eché a andar. A los cinco minutos ya había llegado. ¿Cómo se podía haber equivocado a tal extremo la señora mayor? ¿Sería porque no hay otro modo de apartar de sí el campo de prisioneros? Cada año un trecho más lejos hasta que un día desaparece, de la misma manera que en Alemania hay personas que viven junto a antiguos campos de concentración y colocan geranios en las ventanas, y si les preguntan si allí nada les molesta, responden: «¿Qué me puede molestar?».

Me agarré al enrejado verde que rodeaba el edificio. ¿Habría estado mi abuela también aquí? Por el diario no se averigua gran cosa. Debió de sentirse inquieta y asustada, y probablemente pasó frío a la sombra de los grandes árboles, pues era muy friolera incluso en verano. Aun así, no había quien la parase, como si todo dependiera de aquel encuentro: *Tenía que hablar con Agi*, escribió. Cuánto me habría gustado ver sus facciones en aquel instante. Sus ojos, su boca. ¿Fumaba? ¿Respiraría violentamente antes de acercarse a los soldados? Qué va, no puede ser, estaba embarazada, y además la moral de entonces no admitía que las damas jóvenes fumasen en la calle. Ya, ¿y qué? ¿Acaso no había renunciado a muchas cosas desde el momento en que había emprendido el viaje hasta allí? Aquel día no era una dama. Eso es. Era por fin un ser humano.

*El campo de prisioneros se hallaba próximo a las vías del tren. Recuerdo los prados de los alrededores y un portón vigilado por un militar con uniforme, ignoro de qué rango, me faltaba práctica para reconocer distintivos. Le pregunté si los*

*hermanos Agnes y Sándor Mandl estaban en aquella cárcel y si podía hablar con ellos, pues era importante. Él tomó nota de mi solicitud. No se mostró en modo alguno descortés; antes al contrario, muy amable.*

Desde el enrejado pude distinguir en el interior de algunos recintos, a través de las ventanas con los vidrios rotos, garabatos en las paredes; había grafitis también en las paredes exteriores del edificio, y pensé en Simon y sus amigos, sobre los que había escrito algunos años antes, un grupo de jóvenes británicos que se metían los fines de semana en fábricas clausuradas, en sanatorios abandonados para enfermos psíquicos o en palacios deshabitados que se iban desmoronando poco a poco. No entraban como ladrones, sino que estaban bien preparados y huían del vandalismo. Se agenciaban planos en el Registro de la Propiedad y conocían las galerías de la canalización por las que luego reptamos durante toda la mañana, avanzando entre las ratas, con linternas en la frente, a fin de penetrar en el sanatorio por el conducto de la calefacción de la lavandería. Allí hojearon las viejas actas, se tumbaron sobre colchones mohosos e hicieron fotos de las celdas acolchadas. Se pasaron el día hablando de lo que experimentarían los depresivos y los esquizofrénicos a los que se aplicaba terapias electroconvulsivas. Yo estaba la mar de a gusto con Simon y sus amigos; entendía su afición por los olvidados y compartía la atracción que sentían por la estética de la descomposición. Todo ello me vino al pensamiento estando delante de aquel muro del campo de prisioneros, con su color amarillo de nicotina.



## DIARIOS VI

Maritta

*Estuve esperando por lo menos dos horas ante el portón del campo. Di algunos pasos pensando en lo que les diría a Agi y a Sándor en caso de verlos.*

Agnes

*Un día se acercó un policía y dijo que alguien quería hablar conmigo. Sin embargo, yo no me fiaba de él y sentí miedo de acompañarlo. «Pero ha venido alguien», aseguró. Sacudí la cabeza y él salió del cuarto.*

Maritta

*Seguro que se sorprenderán de verme, pensé.*

Agnes

*¿Vino de verdad alguien que me andaba buscando? ¿Quién podía ser?*

Maritta

*A su vuelta, el militar me dijo que en el campo no había nadie con aquel nombre, así que me marché a casa. En Budapest tuve que hacer transbordo. En la plaza, delante de la estación, había una barahúnda de soldados y perros y ambulancias. Los tejados del centro de la ciudad refulgían a la luz del sol poniente y en el aire danzaban partículas de polen. Vi de pronto a una mujer cuyo rostro me resultó familiar. No la reconocí hasta pasados unos instantes, cuando ella casi había llegado a mi altura. Era la propietaria de la perfumería más distinguida de Budapest, una dama ya entrada en años a la que hasta entonces sólo había visto con bata blanca en su puesto detrás del mostrador. Ahora llevaba en su chaqueta oscura una estrella de David. Y cuando hice ademán de dirigirme a ella, pasó de largo desviando la mirada. A este punto, corrí al puesto de flores más cercano... Algo tenía que hacer, estaba tan excitada... Compré un narciso amarillo que me prendí en un ojal. Un alemán vino hacia mí. Lo miré con tanto odio como pude; en cambio, él, un oficial, por lo visto de alto rango, dijo: «Maravilloso...». Y, sonriente, hizo una reverencia.*

*Vaya manifestante ridícula que era yo. Un narciso amarillo en lugar de una estrella judía. ¿Fue eso todo lo que fui capaz de hacer? Sí, eso fue todo.*

Aceptando que mi abuela hubiera podido hablar con Agnes, ¿cómo habría dado principio al diálogo? ¿Qué le habría contado? Yo ya había mantenido una conversación al respecto con las hijas de Agnes en Buenos Aires.

¿Habría pedido disculpas? «Lamento haber estado presente sin hacer nada cuando dispararon por la espalda a tu madre y a tu padre.»

¿Habría dado explicaciones? «Fuimos demasiado cobardes. Yo, mi padre, mi familia, la nobleza de mierda. Éramos personas demasiado satisfechas e indiferentes, ¿no lo entiendes? No podíamos esconder judíos ni ser humanos. Decidimos no correr riesgos. No formamos una familia de héroes. Somos topos.»

¿Y cómo habría reaccionado Agnes a la noticia? Era más joven que mi abuela e ignoraba lo que se le venía encima. Estaba sola después de que la hubieran separado de su hermano. Llevaba consigo una foto de su familia y aún le resonaba en el oído la última frase de su padre: «¿Y qué va a ser de vosotros?».

Así pues, ¿qué habría hecho después de que mi abuela la hubiese puesto al corriente del crimen? Seguro que se habría ido a criar malvas. Su voluntad de vivir, que no ha dejado de mantener hasta hoy y sobre la que hablaba de continuo a sus hijas, habría saltado por los aires. Sin la esperanza de volver a ver a sus padres no habría sobrevivido a Auschwitz. Agnes escribió que ella, a diferencia de la mayoría de las prisioneras, conservó durante más tiempo sus fuerzas y, como por milagro, estuvo libre de enfermedades. Sólo consiguió sobrevivir porque los alemanes la consideraban apta para el trabajo. ¿Qué habría ocurrido si mi abuela, por medio de su confesión, la hubiera privado de sus fuerzas? ¿Se lo pensó mi abuela antes de venir hasta aquí? *Tenía que hablar con Agnes*, escribió, pero ¿qué significaba esta frase? ¿En quién había pensado más, en Agnes o en sí misma?

Sin la menor duda, mi abuela se habría sentido mejor, más aliviada, después de aceptar su culpa. ¿Acaso no va uno a confesarse movido por dicho propósito? ¿Era eso lo que buscaba, la absolución de Agnes? Después le habría dicho a su padre que no estaba dispuesta a seguir colaborando en su maniobra de ocultación y quizá habría andado algo más erguida (un grado, dos, no más) por la vida. Con todo, ello habría servido para que hubiera empezado antes con la escritura, que es lo que siempre quiso hacer, como lo dice en el diario: *Escribir es mi única pasión en la vida*. Sólo escribiendo, esto lo sabía bien, podría combatir su propia desaparición. Kistarcsa habría podido suponer un punto de inflexión en su vida. De este fuego nuevo que sentía por dentro le podía haber transmitido a mi padre unas cuantas chispas, más tensión en el cuerpo, más autoestima. Y él me las habría transmitido a mí. Desde hace años no hablaba yo de otra cosa en el diván de Strassberg, de existir por fin, de dejar por fin huellas de pisadas en la nieve. Esa tarde en Kistarcsa, ¿me concernía también a mí?

La confesión de mi abuela habría insuflado ánimo a mi familia pero habría

destruido a la familia Mandl. Lo primero se habría logrado tan sólo a costa de lo segundo. Y por eso fue una suerte que el militar afirmara que ni Agnes ni Sándor Mandl se encontraban en aquel campo de prisioneros.

Mi abuela debió de esperar en la estación al tren con la cabeza gacha por no haber conseguido hablar con Agnes y porque la hubieran frenado en su empeño. Ahora no le quedaba más remedio que volver con su padre al palacio, volver a la madriguera del topo con la cabeza bajo la tierra. Así pasó resignada los años siguientes... mientras Agnes sobrevivía.

Di una vuelta completa alrededor del edificio, siempre pegado al enrejado, junto a árboles y arbustos. Bajo mis pies se oía el crujido de la hojarasca helada. Confiaba en encontrar un sitio desde el que pasar sin dificultad a la otra parte, deseaba echar un vistazo a los dormitorios del campo y, como años antes en el sanatorio de Inglaterra, tocar los retretes, las paredes. ¿Se podría aún sentir el miedo a la muerte de miles de seres humanos cuando yo pasease por las salas vacías? Traté de imaginar cómo sería si los ruidos hubieran quedado grabados para siempre en el interior del campo. ¿Qué se oiría? ¿Cien años de gritos? ¿O todos permanecían entonces callados por miedo? Después me paré y contuve la respiración, como si me estuviera mirando fijamente un reno, el cual, al menor movimiento por mi parte, se escaparía dando un salto. ¿No había yo emprendido el viaje a Argentina por el mismo motivo por el que mi abuela había venido a Kistarcsa setenta años atrás? Los dos quisimos comunicar a Agnes la verdad sobre la muerte de sus padres. La idea de que abrigamos el mismo propósito y fracasamos era nueva para mí. Ella no entró en el campo de prisioneros; yo me detuve ante las hijas de Agnes, convencidas de que le habría causado a su madre el mismo dolor que le habría podido causar en aquel entonces mi abuela.

«¿Por qué has venido a Buenos Aires?», me preguntó Mirta la primera tarde, apenas hube leído unas líneas del diario. En ese momento me pareció una pregunta embarazosa y me pilló de sorpresa. Estábamos todos tan excitados que pensé si ella no pretendía otra cosa más que romper el silencio incómodo. Ahora me daba cuenta de que detrás se escondía algo más... Sí. ¿Por qué, en realidad? Yo era un mensajero, respondí en aquella ocasión, que se había propuesto llevarles su historia, pero ¿lo hacía de veras por Agnes y su familia? ¿No sería que lo hacía más bien por mí?

Ahora, todavía paralizado, me daba cuenta de que no les había transmitido nada. No les di nada. No, la verdad era que yo me había procurado algo para mí. Un trozo de existencia. Tal es el pacto secreto de nosotros los descendientes, lo mismo si somos nietos de los agresores que nietos de las víctimas. Todos nos procuramos algo. Excavamos en busca de ello, como si fueran minerales de tierras raras, y lo asimilamos. A todo esto, el reno huyó de un salto.

Aún estuve un rato merodeando por la zona. Pasé junto a una piscina y un puesto de comida china. Llovía con fuerza. Traté de imaginar cómo habría sido si mis hijos me hubieran acompañado en este viaje. Mi hija mayor aún no había cumplido un año la primera vez que fui a Rechnitz; tenía cuatro cuando visité a Agnes en Buenos Aires. Pronto cumplirá seis.

—Papá, tenemos frío —les oí decir.

—Pero tenemos que mirar todos los monumentos —les respondí—. Quizá nos hemos saltado alguno.

—¿Para qué? —dijeron—. Ya no podemos más.

Y condescendí, cómo no. Para llegar a la estación tuve que caminar otra vez junto al campo de prisioneros, siguiendo las vías del tren. Ante mí se desplegaban los últimos cien años. Siempre me ha fascinado de Hungría el que la Historia del país se puede encontrar en las calles. Puede uno establecer su propia imagen, tocar la Historia con la mano, andar por ella sin necesidad de visitar los museos, donde la conservan detrás de vitrinas, donde hay lamparitas y, en el rincón, una silla para descansar.

—¿Lo entendéis? —pregunté a mis hijos en pensamiento, pero ellos negaron con la cabeza.

Vi a mi abuela delante de mí mientras esperaba al tren en el andén. Y tendí la mirada en derredor... En algún lugar por aquí cerca metieron a Agnes en un vagón con destino a Auschwitz.

Las lágrimas brotaron sin previo aviso, simplemente me salieron y se mezclaron con las gotas de lluvia que caían en mi cara. Me volví a un lado para que nadie me viera llorar, levanté las solapas del abrigo y me calé la gorra los más abajo posible. Estuve así durante varios minutos y no hice nada por detener las lágrimas, hasta que por último me entraron unas sacudidas como si tuviera que vomitar, lo cual me causaba una grata sensación. Después llegó el tren.

De nuevo tomé asiento sobre la tapicería con los rayos de colores sobre el fondo azul turquesa. Estaba feliz sin poder decir por qué, con el convencimiento repentino de que debía destruir el diario de mi abuela, justo lo que ella, en su lecho de muerte, le había pedido a mi padre. El libro, según pensé, ya había cumplido su función. Esperaré al día apropiado. Llevaré conmigo a mis hijos y a mi mujer. Ya nos veo de pronto en un campo, el cielo gris, unos cuantos cuervos en el aire, y a nosotros lanzando al viento las páginas garabateadas por mi abuela que me había costado semanas descifrar. Las confiaríamos al viento como quien echa a volar una cometa. Algunas hojas sueltas quedarían esparcidas por el suelo; otras se prenderían a las ramas de los árboles. Nosotros las seguiríamos con la mirada y nos reiríamos hasta dejar vacía la carpeta. Cuando el tren se puso en marcha, se encendió debajo de mí la calefacción. El aire caliente se deslizó dentro de mi abrigo mojado.



## AGRADECIMIENTOS

Doy las gracias a la Fundación Cultural UBS, a la Fundación Goethe de Zúrich y al programa de fomento de la literatura del cantón de Zúrich por su apoyo generoso a la redacción de este libro.

Mi agradecimiento se hace extensivo a Martin Breinfeld, mi editor, que tuvo que fustigarme para que avanzase en el trabajo y al que le salieron algunas canas por mi culpa. Agradezco a Silke Pfeiffer su incansable colaboración en el cuidado del texto, a Dieter Bacher que me facilitara las actas rusas y a Ritva Hämäläinen la traducción de las mismas. Agradezco a Paul Gulda sus consejos al principio de las pesquisas; a Daniel Strassberg, tantas cosas; a la familia Kupfermenc, su calor humano; a Bruno Augsburger, el piso más hermoso del mundo, y a Finn Canonica, del MAGAZIN del *Tages-Anzeiger*, en el que apareció un reportaje sobre mi tía Margit, el concederme un tiempo de dispensa laboral para dedicarme al libro. A Christoph Zürcher del *NZZ am Sonntag* agradezco sus valiosas recomendaciones relativas a la narración de historias, y a Miklós Gimes, su mirada a los verdaderos dramas de la vida. Agradezco a mis padres todo, y no lo puedo expresar con palabras, y a mis suegros, su ayuda inestimable durante los últimos años no exentos de agobio. Por último, agradezco a mis dos hermanos estar siempre ahí y que haya podido escribir esta historia que también es la suya.

Mi mayor agradecimiento y mi amor sin límites es para Suleika, que me soporta incluso en los días en que no soy capaz de pronunciar más de cinco palabras y sin la cual este libro no existiría.

# NOTAS



[1] Ilona Tóth fue acusada injustamente de haber envenenado a un agente de la policía secreta húngara. Murió en el año 1957 en la horca a la edad de veinticinco años. <<

[2] Mi abuelo vivía obsesionado con los datos meteorológicos desde la época de su cautiverio y sobre todo con la temperatura. El tiempo era con frecuencia el único tema de conversación en el campo de prisioneros, según escribió Varlam Shalámov en sus libros sobre la vida en el gulag. Hasta el día de su muerte, mi abuelo acostumbraba cerciorarse a diario de la temperatura que hacía a cada instante en el exterior. <<

[3] El año 1958, Ivan y Margit encargaron al conocido abogado Ferruccio Bolla, consejero nacional y miembro del Partido Liberal Radical, que se ocupase de su nacionalización. El primer obstáculo fue la nacionalidad uruguaya de Ivan, que él deseaba conservar.

La Gendarmería de Castagnola visita al matrimonio en su villa, donde se lleva a cabo un largo interrogatorio durante el cual se toca, entre otros, el asunto de los recursos financieros. Al principio hablan de 500 000 francos. Sin embargo, la suma no cesa de aumentar en el curso del trámite de solicitud, hasta alcanzar primero los tres millones de francos suizos; más tarde, los treinta y uno.

La Gendarmería considera que los lazos sentimentales con Suiza son reducidos, ya que el *signor* Batthyány se pasa la mayor parte del tiempo de viaje. <<

[4] En el examen, Ivan contesta de manera ejemplar a las preguntas sobre temas políticos. De poco le sirve. Las autoridades de Berna no acceden a su petición de la nacionalidad. Todavía no. Dos años después, el abogado Ferruccio Bolla vuelve a intentarlo. De nuevo insiste en el amor de Ivan y Margit por Suiza. Ivan aduce que está suscrito al *Neue Zürcher Zeitung* y al *Corriere del Ticino*, y que es, además, miembro del Club de Golf de Lugano, del Club Corviglia de Esquí de St. Moritz y de la Sección Bernina del Club Alpino Suizo, pero no le sirve de nada. Una anotación del acta, donde consta el rechazo, dice: «Tenemos la impresión de que Batthyány pretende nacionalizarse con el fin de obtener ventajas. A nuestro juicio, el reclamante representa el tipo exacto del extranjero cosmopolita que tan pronto vive en un país como en otro, dependiendo de sus intereses y de su fantasía, y que, a fin de cuentas, en todas y en ninguna parte se siente en casa. Las personas de esta condición, por lo general adineradas, tienden a pensar que pueden comprarlo todo, incluso una nacionalidad, ya sea con dinero, ya sea con la influencia que proporciona el dinero».

Doce años más tarde lo consiguen. Los funcionarios siguen considerando a Ivan un «elemento en gran medida cosmopolita»; así y todo, dan luz verde. Ivan y Margit Batthyány-Thyssen se convierten en junio de 1970 en ciudadanos suizos.

Hay dos cosas extrañas en este proceso de nacionalización que se alarga durante doce años. Los funcionarios no hacen una sola alusión a la matanza de Rechnitz, ni en el curso de los interrogatorios directos ni en las consideraciones del acta, a pesar de que la Policía Federal estaba al corriente de lo ocurrido allí. Es asimismo curioso que Margit —al revés que en la vida— se mantuviera a la espalda de Ivan en este asunto. La esposa a la sombra de su marido. ¿Acaso tenía algo que ocultar? <<

[5] El hermano de Margit, Hans Heinrich Thyssen, amplió la colección de arte de su padre y la abrió al público en el año 1949 en Lugano, en la Villa Favorita, ubicada en el mismo barrio de Margit. En 1993 vendió a España la colección que contenía obras de Rodin, Tiziano y otros muchos. Hoy se encuentra en el Museo Thyssen-Bornemisza de Madrid. <<

[6] Mi padre permaneció en St. Gallen hasta concluir el bachillerato y más tarde estudió Química en Zúrich. <<

[7] Eduard von der Heydt, hijo multimillonario de un banquero, fue miembro del NSDAP durante seis años. El 28 de abril de 1937 adquirió la nacionalidad suiza. Dos años después abandonó el partido. Von der Heydt compró el monte Verità en Ascona, protegió a artistas y escritores e ingresó en la Liga de los Confederados Leales, cercana al nacionalsocialismo. En Lugano hizo negocios durante la guerra para los nazis, lo que a nadie molestó. Las autoridades de Tesino no emprendieron serias investigaciones. Más tarde, reunió obras de arte, sobre todo de China y África. Las donó a la ciudad de Zúrich y hoy pueden contemplarse en el Museo Rietberg. <<

[8] Y es lo que sucedió. Mis abuelos se instalaron en Dinslaken, una pequeña localidad cercana a Düsseldorf, donde mi abuelo Feri trabajó de apoderado en una acería Thyssen. <<